

# ESTRELLA ROJA SOBRE MÉXICO



# LUIS HERNÁNDEZ NAVARRO



© Luis Hernández Navarro

Impreso en México, 2026

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.

Diseño editorial y portada: Daniela Campero.

Descarga este libro y 300 más de manera gratuita desde:  
[www.paraleerenlibertad.com/libros](http://www.paraleerenlibertad.com/libros)

# ESTRELLA ROJA SOBRE MÉXICO

Luis Hernández Navarro



A Rebeca Monroy, Rosa Estela Reyes  
Teresa Márquez y Miguel Ángel Romero  
amigas, amigos excepcionales y  
entrañables

“Conocemos más del hombre del Pedregal que de  
los orígenes del socialismo en México”.  
Gastón García Cantú



## INTRODUCCIÓN

Fecundado al calor de la solidaridad con la República Popular China y la labor para que esta nación fuera reconocida diplomáticamente por México y se integrara a la Organización para las Naciones Unidas (ONU), el maoísmo se convirtió en una corriente política diferenciada del comunismo mexicano, a partir de la ruptura chino-soviética de 1963.

Sin embargo, más que como registro de la lucha de ideas de una corriente política, el estudio de los grupos que han actuado guiados por el pensamiento Mao Tse-Tung en México sólo tiene sentido si se mira como parte de la historia de los movimientos populares a los que ha dado vida y conducido. El archipiélago maoísta mesoamericano y apache no es la única expresión de izquierda que incidió y dirigió las grandes oleadas de lucha de las clases subalternas de los últimos 60 años, pero sin su impronta éstas resultan incomprensibles. Su sello distintivo son los movimientos populares que construyó desde la Línea de Masas y un estilo de trabajo que tienen como eje el servir al pueblo.

Su diversidad organizativa fue siempre una constante. El maoísmo mexicano ha sido siempre una constelación desarticulada de asociaciones, protopartidos y personalidades. Nunca ha estado agrupado en una sola organización. En ciertas coyunturas, han pro-

liferado grupos de activistas locales (muchos sin nombre) que han terminado fusionándose con las agrupaciones más grandes e influyentes o funcionando como satélites de planetas mayores. En el horizonte de muchos de ellos se divisaba la formación de un gran partido desde abajo, que nunca cuajó. En cambio, han estado a la orden del día, sus escisiones, reagrupamientos y disoluciones.

Muchos de los movimientos sociales que son su principal legado político son resultado de la confluencia de viejos y nuevos actores políticos que emergen en coyunturas específicas con organizaciones o cuadros de extracción maoísta. Como si fueran ríos que fluyen por debajo de la tierra, en la historia profunda del país corren caudalosas expresiones de resistencia popular que, de cuando en cuando, afloran a la superficie en forma de vigorosas insurgencias plebeyas. Esas protestas, aparentemente espontáneas, tienen como punto de partida para verse a sí mismas y leer el mundo en el actúan desde un alfabeto político aprendido en sus luchas previas, al que se añaden, en una etapa posterior, la intervención de líderes y corrientes que tejen su trama asociativa, la guían y representan, colocándolas más allá de las periferias en las que emergen, para incidir en la arena pública regional o nacional.

*Estrella Roja sobre México* es un álbum de fotos de algunos personajes de esta corriente y sus circunstancias, acompañado de paisajes en los que se formaron y referencias a libros claves, poco conocidos. Por supuesto, una colección de imágenes y paisajes no es un mapa,

ni puede sustituirlo, pero ayuda a comprender los avatares de una fuerza política y social. No están todos los que son, pero sí algunos que permiten comprender momentos claves de nuestra historia reciente.

Este libro tiene una enorme deuda con Carmen Lira, Jaime Ortega, Roberto Fernández, Adriana León, Roberto Rico, Severiano Sánchez, Jesús Vargas, Francisco González, Raúl Romero, Ana de Ita, Jovita Crispin, Magdiel Sánchez, Jorge Herrera, Miguel Ángel Romero, Uriel Velázquez, Zoilo Ramírez y Diego Prieto. A todos ellos, muchas gracias.



# CAPÍTULO I

## LA NUEVA NAO

### **China, el gigante que avanza a zancadas**

Se acaban de cumplir 100 años de la fundación del Partido Comunista Chino (PCCH), el partido que dirigió exitosamente una revolución campesina, derrotó a las potencias extranjeras invasoras, ganó una guerra civil, fundó una república popular y puso de pie a un gigante planetario.

Casi 28 años después, el 1º octubre de 1949, se proclamó el nacimiento de la República Popular China. Vicente Lombardo Toledano fue el primer mexicano en visitarla. Estuvo ahí junto a su esposa, Rosa María Otero, del 16 de noviembre al 1º de diciembre de ese año, para participar en la Conferencia de los Trabajadores Asiáticos. Era entonces vicepresidente de la Federación Sindical Mundial.

Lombardo quedó profundamente impresionado por el coloso asiático y su dirigente Mao Tse-Tung. Desde esa nación anunció: “Hoy tendré el privilegio de dar a conocer al pueblo mexicano y a los demás pueblos de América Latina, a la China nueva”. Se dedicó a ello con entusiasmo hasta 1963, cuando tomó partido

por la Unión Soviética en el conflicto que dividió al movimiento comunista internacional.

El triunfo chino impactó profundamente en los países coloniales y sus luchas por la liberación nacional. En la conferencia, Li Shaoqui anunció los planes de Moscú y Pekín para promover la Revolución china como modelo general de revolución en los países desarrollados.

Lombardo Toledano coincidía, al menos verbalmente, con este propósito. A Mao –a quien ubica como uno de los grandes hombres de nuestro tiempo– le explicó la similitud, existente en su origen, entre la Revolución mexicana de 1910 y la Revolución china. Y, en un discurso pronunciado en un banquete con el primer ministro, Chou En-Lai, hizo votos por el regreso de la nao a Acapulco, “no sólo para llevarnos y para traer mercancías valiosas, sino para comunicar a México los ideales de la República Popular de China y recoger las aspiraciones más altas del pueblo de México”.

El integrante del grupo de Los Siete Sabios seguía teniendo entonces una influencia relevante en la política mexicana y en los movimientos obrero y campesino. Apenas un año antes había fundado el Partido Popular. De manera que, al volver a su país, divulgó la experiencia revolucionaria de la nación asiática a través de sus amplias redes y relaciones. Escribió *Diario de un viaje a la China nueva*, narrando sus experiencias; dio conferencias y entrevistas, y difundió la propaganda y literatura revolucionaria de aquella nación.

El 9 de septiembre de 1953, en la Casa de Michoacán, con la participación de 200 personas –él

entre ellas–, se anunció la fundación de la Sociedad Mexicana de Amistad con China Popular (SMACHP), en aras de promover el reconocimiento diplomático de esa nación por parte del gobierno mexicano y Naciones Unidas, estrechar relaciones entre sus pueblos y difundir su cultura y arte.

La iniciativa fue hija de la Conferencia de Paz de las Regiones de Asia y el Pacífico, realizada en Pekín en 1952, con la participación de médicos, literatos, artistas, y líderes sindicales y campesinos mexicanos.

Allí, el doctor Ismael Cosío Villegas, responsable de la delegación azteca, propuso formar institutos culturales para promover la comprensión entre los pueblos y combatir la visión distorsionada de la revolución asiática.

Aunque no fue parte del grupo que viajó originalmente a Pekín, Miguel Covarrubias participó activamente en la naciente sociedad. Como narra Jorge Octavio Fernández, de su consejo directivo formaron parte figuras como Diego Rivera, el general Heriberto Jara, Eulalia Guzmán y Fernando Benítez. La presidencia ejecutiva para los tres primeros años estuvo integrada por Elí de Gortari, el mismo “Chamaco” Covarrubias y el muralista Xavier Guerrero. La filósofa Paula Gómez Alonzo fue la secretaria general.

La sociedad promovió activamente charlas y ponencias, como las impartidas sobre la dialéctica en Mao por el doctor Elí de Gortari, futuro rector de la Universidad Nicolaita; intercambios artísticos en el que participaron muralistas como David Alfaro Siquei-

ros, y viajes de personalidades culturales y líderes sociales. Diez años más tarde, la sociedad se fracturó, y surgió otra, mucho más radical y comprometida con las luchas emancipatorias, conducida por la doctora Esther Chapa, microbióloga y feminista.

En parte gracias a la labor de Lombardo, el maoísmo se divulgó en México durante la década de los 50 y comienzos de los 60, e influyó en líderes rurales, como el sonorenses Álvaro Ríos, quien a lo largo de 50 años fundó decenas de ejidos, impulsó la autogestión campesina y gestionó la entrega de cerca de un millón de hectáreas sobre todo en Durango y Chihuahua.

Gran importancia en la difusión de la Revolución china en México, tuvo también la participación en 1952 de Pekín, de una delegación en la Conferencia de la Paz de las Regiones Asia y Pacífico. Asistieron, entre otros, el doctor Ismael Cosío Villegas, extraordinario especialista en enfermedades respiratorias, participante en el movimiento médico de 1964; la arqueóloga Eulalia Guzmán; Ruth Rivera, hija del gran muralista; la filósofa Paula Gómez; Mario Pavón Flores, asesor de la huelga general del SME en 1936 y petrolera un año después, y del paro de 25 mil jornaleros de la Comarca Lagunera, que dio inicio a la reforma agraria cardenista, y el poeta cubano Nicolás Guillén.

El escritor Fernando Benítez se fascinó con la travesía, en la que encontró un hecho histórico de dimensiones colosales: la rebelión de los pueblos coloniales. Quedó tan impactado, que pasó los tres primeros meses de su llegada a México hablando sin cesar de lo que había visto allí.

Pensar en esa nación –escribió en su crónica *China a la vista*– “es pensar en un gigante que después de estar dormido durante siglos se ha puesto de pie y trata de recuperar los pasos perdidos entregándose a una actividad portentosa”. Añadió: su vida es ahora dinámica; se superan constantemente; inventan evolucionariamente.

Como ocurrió a Lombardo, Benítez halló grandes similitudes entre los pueblos chino y mexicano. “Lo que hace la grandeza de China, las pequeñas y fuertes manos de sus artistas y campesinos, es también lo que le da a México su fuerza”, escribió.

Y al analizar la matriz ideológica de esa revolución, concluyó: “La miseria no es la que inclina a los hombres al comunismo, sino la conciencia de que el capitalismo no es capaz de solucionar sus problemas”.

En el aniversario de los 100 años de fundación del PCCH, cuando el coloso chino sigue avanzando a zancadas en todo el mundo, vale la pena recordar cómo sus hazañas fueron anticipadas por los primeros intelectuales mexicanos que se asomaron en aquellas tierras.

## **Fernando Benítez y la China de Mao**

El 21 de febrero de 2000, falleció el periodista y escritor Fernando Benítez. Por la importancia, actualidad y pertinencia de su obra, se le homenajeó en Bellas Artes.

Autor de más de 30 libros de distintos géneros, algunos referencia obligada sobre la historia o la cuestión étnica en México, Benítez escribió uno, rela-

tivamente poco conocido, publicado por Cuadernos Americanos, que ha ganando cada vez más actualidad con el paso de los años: *China a la vista*. Diario de viaje elaborado con magnífica prosa, narra su travesía de más de 100 días, 150 mil kilómetros y unas 200 horas de vuelo en 1952, para cruzar al otro lado de la cortina de hierro, y explicar cómo China Popular, apenas con tres años de vida independiente en ese entonces, era “Gulliver, pasando de Liliput a la tierra de gigantes”.

Benítez viajó a la patria de Mao Tse-Tung, entre el 13 de septiembre (cuando salió de la Ciudad de México) y el 28 de diciembre (fecha en la que tomó el avión en Praga para volver a su país), como parte de la delegación mexicana que asistió a la Conferencia de Paz de las regiones de Asia y el Pacífico. Formaban parte de ella, entre otros, el doctor Ismael Cosío Villegas (años después solidario con el movimiento de las batas blancas de 1965 y al estudiantil-popular de 1968); el escritor Rafael López Malo; la arqueóloga Eulalia Guzmán; Mireya Huerta; el periodista Ernesto Álvarez Nolasco, y el dirigente obrero Felipe Sánchez Acevedo.

En el lejano oriente, el autor de *La vida criolla en el siglo XVI* vivió de cerca una reforma agraria, basada más en la conciencia de los campesinos que en la ley. Estuvo en Pekín, Shanghái, Hanchow, Manchuria, aldeas y campamentos. Observó grandes obras para domar el río Huai. Fue a grandes fábricas que producían maquinaria y conversó con los obreros. Asistió a los más hermosos espectáculos artísticos.

La experiencia lo impactó profundamente. Los tres primeros meses de su llegada a México los pasó

hablando sin parar de lo que había visto, hasta que la fatiga lo obligó a detenerse. Encarrerado, apoyándose en los apuntes tomados sobre las rodillas, le dio forma a *China a la vista* entre mayo y septiembre de 1953.

El libro, según la reseña en la *Voz de México*, de la pluma del filósofo Joaquín Sánchez Macgrégor, integrante del Grupo Hiperión y dirigente de la Juventud Comunista, es una obra de altos vuelos democráticos, una de las muy contadas de la literatura mexicana de la posguerra. Y de acuerdo con otra del poeta Enrique González Rojo, aparecida en la *Revista de la Universidad*, da cuenta del nacimiento de “un régimen social con una planificación distinta, con un nuevo espíritu”, de un nuevo país al que ve con los ojos de la sensibilidad y la emoción.

A pesar de la distancia y las diferencias culturales, Benítez se siente en casa en la nación asiática. “Para nosotros, los mexicanos, estar en China suponía atar de nuevo el viejo lazo que nos mantuviera unidos, durante siglos, al Extremo Oriente –escribe–. El mexicano no se siente extranjero en China. China es nuestra quizá porque los orientales, los africanos, los latinoamericanos pertenecemos al ‘mundo’, a todo lo que no es Occidente, a la humanidad que ha vivido al margen de la cultura occidental. México, como nación, se inclina naturalmente a la órbita de los orientales”.

Encuentra, fascinado, que lo que hace la grandeza de China, las pequeñas y firmes manos de sus artistas y campesinos, es también lo que da a México su fuerza y coherencia.

Impactado por la experiencia china y los movimientos de liberación nacional en Vietnam y Malasia, anticipándose a lo que fue la firma de los 10 principios de Bandung, que darían origen a la formación del Movimiento de Países No Alineados en 1961, el autor de *La ruta de Hernán Cortés* asegura: “Estamos frente a un hecho histórico de incalculables consecuencias: la rebelión de los pueblos coloniales”.

Según él, la base de este acontecimiento se encuentra en que “la miseria no es la que inclina a los hombres al comunismo, sino la conciencia de que el capitalismo no es capaz de resolver sus problemas. Americanos, ingleses, franceses y holandeses están empeñados en mantener su hegemonía política y económica por la fuerza”.

En frase que podría haber sido enunciada muchos años después por algún integrante de la teología de la liberación, sentencia: “A los que creen tener su monopolio, debemos decirles que si Cristo está hoy en alguna parte, se encuentra con los campesinos mexicanos, chinos o vietnamitas, del lado de los que tienen hambre y sed de justicia, del lado de los que desean la paz y aman al hombre y tratan de elevarlo a la luz del bienestar y conocimiento”.

El 30 de septiembre, el escritor contempló a cinco metros de distancia a Mao Tse-Tung, “el cerebro organizador de un nuevo sistema político tendiente a dar el poder a los campesinos y a buscar el respaldo del pueblo”. Benítez lo consideraba un poeta admirable. Le impresionó su solidez, su frente despejada, el pelo

negro y corto, su ancho rostro en el que se mezclaban serenidad y dulzura, su cara llena y bondadosa. Era, escribió, un hombre sin vicios, sencillo. En él se fundían armoniosamente un sistema de pensamiento occidental, el marxismo y un sentimiento poético de la más pura estirpe china. Era un orador y pensador ordenado y claro; “el medio para realizar las aspiraciones de su pueblo”.

*China a la vista* es el testimonio de un gran momento histórico. De un tiempo en que el coloso se ponía de pie y sentía cómo en su interior había el júbilo y la fuerza para salvar al mundo. Basta observar lo que es hoy la República Popular China para ver lo atinadas que resultaron algunas de las predicciones de Fernando Benítez.

### **Paula Gómez Alonso, la visionaria**

Cuando la maestra normalista y filósofa Paula Gómez Alonzo viajó a China por primera ocasión en 1952, tenía 56 años de edad. Como otros prominentes intelectuales, artistas y académicos, formaba parte del Consejo Mexicano de los Partidarios de la Paz, integrante del Consejo Mundial por la Paz (CMP), fundado en 1949 por la Unión Soviética y sus aliados.

Tenía tras de sí una larga trayectoria en la docencia y la defensa de las mejores causas. Según describe en la *Semblanza* que escribió sobre ella el filósofo Elí de Gortari, quien fue su alumno, la doctora Gómez Alonzo destaca en “la lucha activa por la consecución de los grandes anhelos de la humanidad: la paz, la jus-

ticia, la libertad, la amistad entre los pueblos, el acceso universal a la cultura, la educación popular, el mejoramiento de las condiciones de la vida humana, la difusión de las expresiones artísticas, la liberación de la mujer y la supresión de la violencia en todas sus formas”.

La profesora titular universitaria formó parte del grupo de cinco mexicanos que, en junio de 1952, en el marco de la guerra de Corea, preparó el envío de una delegación mexicana al otro lado de la Cortina de Bambú, para la realización de la Conferencia por la Paz de los países de Asia y del Pacífico. Viajaron también en aquella ocasión, Elí de Gortari, Rafael Méndez Aguirre, Edelmiro Maldonado y el periodista José Rogelio Álvarez.

Desafortunadamente, la maestra Alonzo y otros dos integrantes del colectivo mexicano, no pudieron llegar a tiempo a los trabajos. El larguísimo viaje a través de Siberia, fue obstaculizado por las autoridades cubanas, que pusieron todo tipo de trabas a su salida de la isla. Igual, los cinco connacionales firmaron el documento final preparatorio, y ella pudo viajar dentro del coloso asiático.

La experiencia la marcó de por vida y trazó un camino que recorrió hasta el final de sus días. Entrevistada a su regreso sobre las impresiones de su travesía por *La Voz de México* (periódico que me facilitó Jaime Ortega), contó: “La visita al gran país de Mao Tse-Tung, a la China nueva y progresista, ha sido para mí la mejor enseñanza y el mayor aliento en la lucha por la paz.

“Ver realizados los más caros ideales de la humanidad; conocer de cerca el espíritu de superación

del pueblo chino; la sabiduría con la que ha procedido al efectuar sus profundas y trascendentales reformas; el cuidado con que sus leyes protegen los aspectos centrales de su tradición y de los tesoros del pueblo: monumentos, arte junto con los más nuevos procedimientos políticos, pedagógicos y sociales, es algo de lo más sorprendente para cualquier persona culta.

“Las afinidades que nos unen a China son tan potentes, que más que nunca lamentamos la extraña omisión de nuestras relaciones con este pueblo grandioso, que ha sido secularmente amigo nuestro y esperamos que muy pronto sea corregido este error inexplicable, para bien de ambas naciones”.

La Conferencia se efectuó meses después en Pekín, del 2 al 12 de octubre. Participaron 378 delegados de 37 países, incluidos un numeroso número de mexicanos, entre quienes estaban Mireya Bravo de Huerta, Eulalia Guzmán, Luis Rivera Terrazas, Xavier Guerrero y la misma Paula Gómez.

Un año más tarde, el 9 de septiembre de 1953, se fundó la Sociedad Mexicana de Amistad con China Popular (SMACHP), con el objetivo de hermanar a los pueblos de ambos países, trabajar por la inclusión de la República Popular China en la Organización de las Naciones Unidas y por el establecimiento de relaciones diplomáticas y comerciales entre México y aquella nación.

Como señala Jorge Octavio Fernández: “La primera mesa directiva de la SMACHP nombró como integrantes del Consejo Directivo Nacional a Fernando

Benítez, Ismael Cosío Villegas, Juan Manuel Elizondo, Eulalia Guzmán, Guillermo Haro, Heriberto Jara y Diego Rivera. La presidencia ejecutiva, que se definió para los tres primeros años, será ocupada sucesivamente por Elí de Gortari, Miguel Covarrubias y Xavier Guerrero. Paula Gómez Alonzo fungirá como secretaria general”.

Como integrante de la Sociedad, la doctora Alonzo trabajó incansablemente por divulgar en México la Revolución china y las obras de Mao Tse-Tung, e impulsar la diplomacia ciudadana. Junto con Elí de Gortari tradujo del inglés *Sobre la práctica, Sobre la contradicción e Intervenciones en el foro de Yenán sobre arte y literatura*.

Simultáneamente, siguió adelante con su propia obra. En 1955 publicó el libro *Filosofía de la historia y ética* en el que desarrolla tres postulados centrales: convivencia con la naturaleza y no su destrucción. Igualdad de todos los hombres en la moral, la política, la vida artística y el disfrute de los bienes colectivos. Y la actitud ética, consistente en aprovechar su cumplimiento para mejorar las condiciones de la especie humana. En 1962, la Universidad Nicolaíta le otorgó un doctorado honoris causa.

Su caminar en los senderos que unen México con China Popular puede seguirse en las huellas que dejó su participación en la Sociedad. Su firma aparece lo mismo en escritos demandando al gobierno mexicano el establecimiento de relaciones diplomáticas con el Dragón de Oriente y el fin de la interlocución con Tai-

wán, que en quejas por la prohibición de la entrada al país de la Ópera de Pekín.

El último de los textos que escribió y expuso, unas semanas antes del deceso, en 1972, fue *El pensamiento filosófico de Mao Tse-Tung*. Como escribió su biógrafo, Erick Eduardo Rodríguez Ballesteros, “en términos poéticos, murió hablando sobre China”.

Allí, la doctora Alonzo explica cómo “pocas veces en la historia se han podido lograr las aplicaciones prácticas de la doctrina, tan científica y tan felizmente como lo han logrado Mao, sus colaboradores, y el pueblo chino en general, pues una de las más valiosas realizaciones ha consistido, como se ha proclamado calurosamente, en que la filosofía ha salido a la calle”.

Al igual que en tantos otros temas más, en el de China, la obra y el quehacer de Paula Gómez Alonzo se anticiparon a su tiempo.

## **Miguel Covarrubias y el dragón**

El artista mexicano Miguel Covarrubias fue, a lo largo de su corta vida (apenas 52 años) ilustrador, dibujante, pintor, diseñador teatral, museógrafo, muralista y arqueólogo. No tuvo formación académica. Viajero incansable, visitó China, según Marisa Peiró, en cuatro ocasiones, entre junio de 1930 y octubre de 1933. Esa civilización en lo general, y China Popular en lo particular, fueron parte de sus grandes pasiones. En su obra hay huellas profundas de esta influencia.

Además de efectuar diversidad de dibujos y folletos sobre personajes y la vida artística y cultural del

*gran coloso de Oriente*, ilustró tres libros cuya temática está relacionada con esta nación. La crónica socio-política *China*, de Marc Chadourne, con 28 dibujos de Covarrubias. La sobrecubierta de *Madame Flowery sentiment*, de Albert Gervais. Y la traducción al inglés de Pearl S. Bubck del clásico *Todos los hombres son hermanos*, con estampas que parecen trazadas por un chino.

Al menos en dos ocasiones representó a Mao Tse-Tung. La primera es una caricatura con lápiz y papel, de 1933, con anotaciones manuscritas en chino a los lados. La segunda es un poderoso retrato-homenaje, centrado en el rostro del líder chino, realizado en óleo sobre masonita (tablero de madera contrachapada), en los años 50. A sus espaldas, banderas carmesí, emblema del Ejército Rojo, ondean en el cielo.

Miguel Covarrubias aprendió el idioma chino. Tradujo del inglés al español obras de Mao Tse-Tung que fueron publicadas en México, y escribió un ensayo sobre la arquitectura de ese país.

En el mundo cultural mexicano soplaban vientos de abierta simpatía a esa revolución de la periferia. En su ensayo “La cuestión del arte en México”, publicado en la revista *Índice*, N.º 3, de enero, febrero, marzo de 1952, Diego Rivera expone esta convicción. “La China gigante y maravillosa ha despertado, despertado a la luz solar de la revolución, y sus millones de soldados del pueblo y de la paz, con el maestro maravilloso Mao Tse-Tung, marchan hacia el porvenir humano e histórico que Marx previó para entregarlo en usufructo a la humanidad entera. La hora del fin del capitalismo ya llegó.

“Nada importan los accidentes de la lucha o las derrotas parciales (...) a condición, claro está, de que siguiendo las enseñanzas del maestro Mao Tse-Tung, nueva luz de Oriente, sepamos hacernos carne de la carne y sangre de la sangre de nuestro pueblo”. Su mural *Pesadilla de guerra, sueño de paz* da cuenta de estas corrientes de aire. Covarrubias encarnaba el espíritu de esta época.

No en balde se manifestó contra el franquismo y favor de la república española, y Estados Unidos le negó la visa, a pesar de haber desarrollado exitosamente buena parte de su carrera artística en ese país.

Su amigo Fernando Gamboa le contó a Elena Poniatowska: “El amor y apasionado interés que Miguel había sentido siempre por China, país que le parecía estar muy cerca de México por sus ligas culturales y raciales; se aunó el entusiasmo que experimentaba por los progresos que la China nueva estaba llevando a cabo. Con el valor civil que lo caracterizaba, dio su abierto y activo apoyo a la causa, poco cómoda, de lograr el reconocimiento, por parte de México, del gobierno popular de China.

“Y como Miguel no se dividía en compartimentos de ser político y ser artístico, quiso dar a conocer, en su afán de despertar la amistad de México para China, las grandes manifestaciones culturales de ese país: su teatro, ópera, pintura, literatura, música.” (Elena Poniatowska, *Miguel Covarrubias. Vida y mundos*).

El pintor participó activamente en la Sociedad Mexicana de Amistad con China Popular (SMACHP).

Fue parte de su presidencia ejecutiva. No la tuvieron fácil el *Chamaco* y sus compañeros, al frente de la SMA-CHP. El gobierno mexicano no sólo los espió, se negó a reconocer diplomáticamente a China Popular y a votar a favor de su incorporación en la ONU.

También prohibió la entrada de médicos de ese país a un congreso de fisiología, de escritores, de la ópera y del Circo Chino de Pekín, por aquello de que no se debían aceptar visitantes que practiquen doctrinas ajenas al régimen constitucional.

En junio de 1955, convencido de que la Doctrina Estrada estaba siendo ignorada, y crítico implacable del Kuomintang, defendido por la VII Flota estadounidense, el *Chamaco* emplazó públicamente a las autoridades: “México no puede ignorar la existencia de la verdadera China y no puede estar del lado del despotismo y la traición contra el pueblo chino representada por Chiang Kai-shek”.

Hoy, es importante recuperar de cuerpo entero a ese extraordinario artista que fue Miguel Covarrubias. Y hacerlo, no puede dejar de lado su profundo amor a China Popular y al pensamiento de Mao Tse Tung, a cuya causa dedicó los últimos años de su vida.

## **Las andanzas del general Cárdenas**

El 26 enero de 1959, el general Lázaro Cárdenas llegó a Pekín, invitado por Mao Tse Tung. El mariscal Chan-Yi le había expresado al periodista portugués asentado en México, Antonio Rodríguez, colaborador de *Siempre!*:

“Le pido que transmita mis saludos y los del gobierno de la República Popular al general Lázaro Cárdenas. Dígale, por favor, que el presidente Mao le invita a visitar China”.

México no tenía entonces relaciones diplomáticas con China (se formalizaron hasta 1972). Del lado mexicano, el vínculo entre ambos países se alimentaba, básicamente, de iniciativas de intelectuales, artistas, médicos y militantes de izquierda, en mucho coordinadas por la Sociedad Mexicana de Amistad con China Popular.

A lo largo de los años, en la Sociedad participaron figuras tan prominentes como el filósofo Elí de Gortari, el escritor Fernando Benítez, el pintor Xavier Guerrero, la doctora Paula Gómez. El organismo funcionó en un algún momento –como ha recordado Jesús Vargas– en casa de Esther Chapa, comunista, feminista y sufragista.

El viaje del general estuvo precedido de visitas previas de intelectuales y periodistas que dieron a luz libros y reportajes narrando sus experiencias. En septiembre de 1958, Elí de Gortari dio a conocer sus Estudios filosóficos de Mao Tse-Tung, remarcando la importancia del revolucionario chino como filósofo. Años antes, había divulgado en *Cuadernos Americanos* sus vivencias sobre el terreno y estudios sobre esa nación.

Antes de recibir la invitación a Pekín, el ex mandatario había declarado públicamente que China tenía derecho a recuperar todo su territorio y expresado su rechazo a la bomba atómica. “Nosotros le agradecemos

mucho su apoyo” –le dijo el mariscal Chan-Yi a Rodríguez, en referencia al michoacano–; “el nombre de Lázaro Cárdenas es conocido de todos los chinos. Sus palabras adquieren una importancia particular, por ser pronunciadas por un antiguo presidente de la República Mexicana, que es actualmente general del Ejército”.

El mexicano voló en compañía de su hijo Cuauhtémoc, Alejandro Carrillo Marco y César Buenrostro. Recuerdo –señaló Buenrostro– “que le dijeron a Lázaro Cárdenas que viajara como funcionario, lo rechazó y pagó de su bolsa sus gastos e incluso los míos”. Los asiáticos realizaron un documental que da cuenta del cálido recibimiento de que fueron objeto los mexicanos.

El 4 de octubre de 1959, la Sociedad Mexicana de Amistad con China Popular y la Universidad Obrera de México efectuaron un acto de solidaridad hacia el pueblo chino, con motivo del décimo aniversario de la fundación de su República e invitaron al general.

Cárdenas informó allí sobre su viaje: “Observamos y admiramos el extraordinario esfuerzo que esa nación está realizando para superarse y eliminar la miseria en que han vivido, durante siglos, sus grandes mayorías”.

“Es unánime la opinión acerca del progreso espectacular que se advierte en la China de nuestros días. Ello es el resultado de una profunda y larga Revolución, que tuvo su primera victoria en 1911 y que ha pasado por varias etapas. Se trata de un movimiento social, surgido de la entraña del pueblo chino, tan auténticamente suyo, como profundamente nuestra es la

Revolución Mexicana. Quienes somos partidarios del derecho de autodeterminación de los pueblos, la aceptamos y la respetamos como tal”. Añadió: “Es innegable el derecho inalienable que el pueblo chino tiene a regir sus destinos nacionales, por sí mismo, ejerciendo su soberanía sobre todo su territorio, continental e insular”.

Cuando, en 1963 se produjo la ruptura chino-soviética, el general le escribió a Mao y a Nikita Krushev, y les advirtió que esas diferencias perjudicaban seriamente la unidad de los comunistas en el ámbito internacional, repercutiendo desfavorablemente entre las luchas por la liberación de los pueblos y por la paz mundial.

El general Cárdenas fue un activo defensor de la tesis de una sola China. El ingeniero Jorge Tamayo, presidente de la Sociedad Mexicana de Amistad con China Popular en su segunda época, escribió en el periódico *El Día* una anécdota del ex presidente mexicano al respecto.

“Hace muchos años, viajando con Lázaro Cárdenas, el gran mexicano amigo de China, por el centro de la Cuencua del Balsas, un viejo ejidatario le planteó esta consulta, en una escala e nuestro recorrido:

“General –le dijo el ejidatario– no entiendo eso que dicen los periódicos. Que hay dos Chinas y que nosotros tenemos relación con una.

Con sencillez, el general Cárdenas le contestó:

“Tú que fuiste soldado de la Revolución Mexicana podrás entender esta comparación supuesta que voy a hacer: Imagínate que cuando derrotamos a Huerta, en lugar de que huyera dejando a sus seguidores,

con algunos batallones se hubiera ido a las Islas Marías para establecer el gobierno según él, legítimo de México. Que al cabo de dos años Huerta hubiera seguido en esas islas sostenido económica y militarmente por el gobierno de los Estados Unidos. Mientras tanto el gobierno creado por la Revolución Mexicana actuando por muchos años seguiría siendo el mismo ante el mundo, ilegítimo y no representativo de la nación”.

Como sucedió en muchos países, al calor del conflicto chino-soviético emergieron los primeros maoísmos mexicanos. Después de ser expulsados del Partido Comunista Mexicano en el XIV Congreso, Camilo Chávez, Edelmiro Maldonado y Samuel López, se propusieron, junto a Tereso González, reconstituir el partido en marzo de 1964, respaldando la línea china. Poco antes, en la Liga Leninista Espartaco, Francisco González y Enrique González Rojo defendieron las posiciones de Pekín, en contra de José Revueltas, que se negó a debatirlas. Otros desprendimientos del PCM se inclinarían también por los maoísmos.

Años después, militantes del Partido Revolucionario del Proletariado Mexicano, dirigido por el ingeniero Javier Fuentes, y del Movimiento Marxista Leninista mexicano se trasladarían a China a recibir formación política y militar, y prepararse para organizar una revolución armada en México. Pero eso ya es otra historia.

## CAPÍTULO II

# LA PRIMERA GENERACIÓN

### La mirada de Eduardo Galeano

En septiembre de 1963, el periodista uruguayo Eduardo Galeano aterrizó en Pekín. Tenía apenas 23 años y era secretario de redacción del semanario *Marcha*, en el que colaboraba desde hacía cuatro. Eran tiempos convulsos dentro del bloque socialista. Las diferencias entre los comunistas chinos y soviéticos habían derivado en cisma. El mito de su armonía se había esfumado. Las páginas de su revista estaban abiertas a la intensa polémica entre los dos colosos rojos. Lo que él vio y escribió ilumina también lo sucedido en la izquierda mexicana.

El 1° de octubre, Galeano asistió a la celebración del 14 aniversario de la instauración de la República Popular China, fecha en que el gigante se puso de pie. Durante casi dos meses visitó fábricas, comunas y espectáculos culturales, y se encontró con dirigentes políticos. Conversó con Puyi, el último emperador (cuya vida Bernardo Bertolucci llevó al cine), que nació tres veces, y al primer ministro Chou En-Lai.

Lo que allí sucedía era una novedad que merecía ser contada. Y el cronista quería llegar más lejos y más

hondo. Entrevistó a muchas personas, elegidas al azar, en rincones muy distantes entre sí, buscando conocer la opinión de la gente común. Interrogó al campesino que nace y muere arraigado a la tierra y al operario que conoce las mañas de la máquina que maneja. Evitó a los cuadros del partido. Encontró que los trabajadores que le respondieron fueron alfabetizados por la revolución. Comprobó que una misma pregunta generaba respuestas idénticas.

Se sumergió de lleno en el reto de narrar la revolución de los suburbios del mundo, al rojo vivo. De esta aventura nació su primer libro de crónicas, a un tiempo esclarecedor y anticipatorio: *China 1964: crónica de un desafío*. Fue redactado, alerta el escritor a sus lectores, por alguien que “no es, ni sombra, y quizás esté de más aclararlo, un experto en el problema chino. Ni siquiera es un experto a secas, en nada. Se trata, simplemente, de un periodista, por definición testigo de ojos abiertos y oídos atentos”.

El libro se empalma con una serie de magníficos reportajes, escritos por viajeros latinoamericanos. Pero, a diferencia de estos y otros testimonios, el del uruguayo fue redactado en plena pugna chino-soviética.

Redactado en primera persona, la crónica-ensayo, buscó dar respuesta a preguntas sobre el diferendo: ¿Qué se propone Mao Tse-Tung? ¿Qué hondas razones mueven a China, símbolo de la rebelión de los pobres, a enfrentar a la Unión Soviética? “Me interesaba –escribe– sobre todo tratar de penetrar una verdad muy importante: ¿es el pueblo chino el protagonista real de

la polémica que amenaza provocar un cisma, o el gobierno está obrando a sus espaldas?”

El punto de partida de Galeano para contar lo que ve en 1963 en el pueblo milenario que inventó la pólvora y el papel, la brújula y el sismógrafo y la tipografía, son tres claves. Primera: “el mundo empezó a girar el día de la revolución. Todo queda dividido por el meridiano del 49; todo antes y después”. Segunda: “esta masa que accede al mundo moderno estaba, hasta ayer, sumergida en el analfabetismo y la superstición, mordida por las enfermedades, aniquilada periódicamente por las hambrunas; es hazaña suficiente, creo, para 14 años de gobierno comunista, haber proporcionado a todos un nivel de vida, aunque bajo, humano”.

Y tercera: el pueblo actúa dinamizado “por el orgullo nacional después de tantos años de humillación y sometimiento ante las potencias occidentales, el país por fin es dueño de su destino”.

Sobre su liderazgo político, Galeano advierte: “los trabajadores chinos arden de fe cuando proclaman, como propósito, los puntos de vista del gobierno de Mao. Un régimen policial, montado un aparato de terror, puede lograr la obediencia, imponer al pueblo el silencio de sus rebeldías. No puede, eso, sí, obligar a la euforia”. Y explica: “no por casualidad la palabra *tong-yé*, camarada en chino, significa todas las voluntades en una”.

El escritor sostiene en su crónica que “no existe en China la atmósfera irrespirable de terror y represión de las épocas de Stalin en la Unión Soviética”. En ese

país, “han sido evitados los aspectos más lamentables del régimen terrorista del émulo de Iván “El Terrible”.

Muy lejos de la incondicionalidad, el escritor responde extensa e implacablemente a la idea de los comunistas chinos de aquellos años, de que José Stalin cometió algunos errores, pero desmerecen ante sus méritos. “Ignoro si Stalin puede ser considerado un mal necesario –dice–. Sus abusos perdieron todo punto de contacto con las justificaciones que la historia puede, en perspectiva, proporcionar”.

Al fin y al cabo, periodista de barricadas, hace un demoledor recuento de algunas barbaridades del georgiano. No reconoció al gobierno de la República Popular China hasta 13 días después de su proclamación. Mantuvo hasta el último momento relaciones diplomáticas formales con el gobierno de Chiang Kai-shek. Cortó las piernas de la revolución griega. Su manejo de la guerra española fue terrible. Los países de Europa oriental eran mantenidos, en régimen de ocupación por los soviéticos, y sus riquezas se transferían a manos rusas a través de las sociedades mixtas y los acuerdos comerciales desventajosos.

A pesar del tiempo transcurrido desde su publicación, *China 1964: crónica de un desafío* es una obra de enorme utilidad para comprender algunos comportamientos del coloso de Oriente en los tiempos que corren. En “Últimas palabras”, capítulo final del libro, Galeano advierte con sorprendente actualidad: “China: vibran los sismógrafos cuando se pronuncia la palabra. La gran nación asiática es hoy el centro resplandeciente de todas las miradas –mitad pánico, mitad asombro–.

El gigante, puesto de pie, exige su sitio al sol". ¿Así o más claro? Ojalá muy pronto se reedite.

## **La jefa Esther Chapa Tijerina**

La doctora Esther Chapa Tijerina es una fulgurante estrella roja en el firmamento de quienes dedicaron su existencia a luchar por la causa de las mujeres y por un país mejor. Aunque murió a los 66 años, su vida fue muchas vidas, vividas todas, con pasión, congruencia e intensidad.

Entre ellas destaca una, menos conocida que otras: la de ser nodo del archipiélago de los maoísmos mexicanos, la difusión del pensamiento de Mao Tse-Tung y la promoción de la amistad entre China y México.

Su labor fue tan versátil como fructífera. Nacida en Tampico, Tamaulipas, el 22 de octubre de 1904, estudió medicina, se tituló en 1928, obtuvo una cátedra de microbiología y se especializó en laboratorio clínico. El presidente Lázaro Cárdenas la comisionó para dirigir el Comité de Ayuda a los Niños del Pueblo Español, rescatados de las garras del franquismo. Dirigió la Escuela Nacional de Enfermería y Obstetricia.

Fue también fundadora del Frente Único Pro Derechos de la Mujer y presidenta del Consejo Nacional del Sufragio Femenino. Se desempeñó como jefa de Prevención Social de la Penitenciaría Federal. Y hasta su expulsión por apoyar a Pekín en el diferendo contra Moscú, militó en las filas del Partido Comunista Mexicano (PCM).

En 1928, contrajo nupcias con el doctor Ismael Cosío Villegas, jefe de la delegación mexicana en la Conferencia de Paz de las regiones Asia y Pacífico, en 1952, realizada en China. Divorciada en 1931, la médica fue parte del presidium de la jornada por la paz, efectuada en febrero de 1953 en el Teatro Arbeu, en la que los delegados informaron sobre su travesía.

Se casó por segunda ocasión con el periodista Rosendo Gómez Lorenzo, quien estuvo en la primera línea en el enfrentamiento contra las fascistas Camisas Doradas del 20 de noviembre de 1935, y en un fallido intento de asesinato de Trotsky. Según Óscar de Pablo en *El capitán Sangrefrío*, su matrimonio terminó entre 1940 y 1941. Años después, en junio de 1947, el periódico trostkista *Lucha Obrera* (facilitado por Jaime Ortega) la acusó de ser “una miserable sirvienta de la GPU” (servicio de inteligencia y policía secreta de la URSS), por los privilegios que tenía Ramón Mercader en la penitenciaría.

También fue, según el historiador Jesús Vargas, “la persona mejor relacionada y la que recibió la mayor confianza de los chinos; la que más contribuyó a que los mexicanos interesados viajaran a ese país, recibiendo las mejores facilidades que podía otorgar el gobierno” del dragón asiático.

No es exageración. Desde el 10 de septiembre de 1953, cuando se anunció el nacimiento de la Sociedad Mexicana de Amistad con China Popular (SMACHP), fundada, según su primer boletín, para “promover la amistad de China y México mediante el intercambio

cultural en artes y ciencias y obligar al reconocimiento de la China Popular por el gobierno mexicano”, hasta su fallecimiento, el 14 de diciembre de 1970, al frente de la SMACHP, su dedicación a esta causa de la revolución fue infatigable.

Ella dio vida en 1964 e instaló en su casa en la colonia Narvarte a la nueva asociación, para acercar la revolución china a la sociedad mexicana y mostrar la actualidad del maoísmo, en el marco de la lucha contra la rígida hegemonía del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Como expresó al regresar de Oriente –en un texto recuperado por Jorge Octavio Fernández–: “El pensamiento del presidente Mao es un arma ideológica sin igual, y una vez que los pueblos de América Latina tengan un dominio total de esta arma, entonces dejarán de tener miedo y marcharán hacia adelante para siempre, comenzando una lucha a muerte contra el imperialismo estadounidense”.

Aunque la doctora Chapa fue maoísta de primera generación (la que surge de las rupturas al interior de los partidos comunistas), mucha de su labor al frente de la SMACHP se efectuó con los de la segunda, jóvenes impactados por la Nueva Izquierda, radicalizados por los movimientos estudiantiles e influidos por la Revolución Cultural.

Escribe Plutarco Emilio García en *Memoria en el tiempo y un poco de historia*: “Durante la segunda mitad de esa década (los 60), cuando yo militaba en la Liga Comunista Espartaco (LCE), recibía de la doctora gran

cantidad de literatura marxista y maoísta, que era devorada por nuestros compañeros”.

Emilio recuerda las largas pláticas en su lecho de enferma de cáncer, en las que ella le contaba sus experiencias como militante del PCM por más de 25 años. Sus dirigentes –aseguraba– eran comunistas de discurso, pero en su práctica tenían muchas actitudes deshonestas y burguesas.

Según Ezequiel Flores, integrante de la Seccional Ho Chi Minh y ex preso político del 68, la doctora fue la pionera del maoísmo en México. Gracias a ella teníamos gran cantidad de materiales de difusión sobre la Revolución y china y el pensamiento de Mao.

De acuerdo con Uriel Velázquez, la doctora se convirtió en el puente para que el ingeniero Federico Emery Ulloa, fundador del Movimiento Marxista Leninista de México (MMLM), viajara en febrero de 1964 a China durante seis meses, para prepararse política y militarmente. La invitación –escribe– se hizo en una cena en la Ciudad de México con integrantes de la delegación china a la Exposición Económica, Industrial y Comercial de la República Popular.

Emery –puntualiza Roberto Fernández– es el primer militante mexicano en conocer a fondo la experiencia política, ideológica y militar del Partido Comunista Chino. Hasta sus últimos días –le contó el ingeniero–, la relación de la doctora con el MMLM fue muy estrecha y de gran simpatía. Ella les acercaba posibles simpatizantes.

La médica ayudó al escritor Sergio Pitol y a la traductora Adelia Harrel a ser los primeros expertos

extranjeros de México que colaboraron en la enseñanza y aprendizaje del español en China. Su papel para que la agencia noticiosa Xinhua se estableciera en nuestro país fue clave.

Personaje de película, la vida y trayectoria política de la doctora Esther Chapa Tijerina bien merece recuperarse y estudiarse.

### **Enrique González Rojo, el tatuaje chino**

China está en el centro del interés internacional. Y no sólo por la guerra comercial en marcha entre EU y ese país. El futuro de la humanidad está asociado a esa civilización. Para algunos, esa curiosidad no es nueva. Desde la fundación como República Popular, el 1° de octubre de 1949, artistas, médicos, escritores, intelectuales, científicos, políticos, estudiantes y revolucionarios en México han estado atentos a sus transformaciones y a sus propuestas de acción, y se han identificado con ellas.

Una de esas personas fue el poeta, filósofo y revolucionario anticapitalista Enrique González Rojo Arthur. La Revolución china atravesó su vida, al menos desde 1957, cuando a los 28 años visitó al coloso de Oriente, hasta que partió de este mundo a los 92. Si “el peligro amarillo” daba miedo, a él le entusiasmaba. Intuyó que aquello era un laboratorio que anticipaba el porvenir.

Se inspiró en ella para escribir hermosas coplas como “Oda a la China joven”, donde contrasta dos idio-

mas: el del capitalismo, que cultiva todas sus frases a la sombra del “yo”, y el de la patria del “nosotros”. Pero, también, para estudiar y analizar la construcción de un mundo nuevo nacido de una revolución campesina socialista, que enfrentó creativamente el reto de resolver las contradicciones entre campo y ciudad, y trabajo manual e intelectual.

Convencido por su amigo Joaquín Sánchez McGrégor, Enrique se incorporó a la célula Carlos Marx del Partido Comunista Mexicano (PCM), en mayo de 1956.

Vivía en la calle de Berlín 108, Coyoacán, y trabajaba en la UNAM. Tenía una sólida formación filosófica. Conoció allí a quien sería una especie de padre y guía político: José Revueltas. Tanto así que el autor de *Para deletrear el infinito* se definió como revueltiano crítico.

En 1957 recorrió durante un mes distintas ciudades del dragón asiático junto a su amigo y cómplice, Eduardo Lizalde. Se reunió fundamentalmente con escritores. Esa experiencia fue fundamental para él. A su regreso, dio charlas sobre sus vivencias. Cerca de 23 años después, en Zacatecas, reconstruiría esa travesía, entre otros, con su entrañable amigo Jesús Pérez Cuevas, dirigente del Movimiento Obrero Campesino Estudiantil Revolucionario, mientras reflexionaban sobre la Revolución Cultural desde la óptica del debate entre Charles Bettelheim y Paul Sweezy.

Antes de visitar China, el escritor había publicado en la *Revista de la Universidad de México* (Revista

UNAM) una reseña de la crónica de Fernando Benítez, *China a la vista*, en la que, según Enrique, se “ve el nacimiento de un nuevo país con los ojos de la sensibilidad y la emoción... un mundo tan diferente bajo todos los aspectos al mundo en el que vivimos”. Había leído, además, *Diario de un viaje a la China nueva*, de Vicente Lombardo Toledano; *La Chine du nationalisme au communisme*, de Jean Jacques Brieux, y el clásico de Hewlett Johnson, el decano rojo de Canterbury, *China's New Creative Age*. En 1958, escribió en *Cuadernos Americanos*, un extenso y elogioso comentario al trabajo de Salomón Adler, “La economía china”, uno de los ensayos más completos realizados hasta ese momento sobre esas tierras, que consideraba a la reforma agraria en ese país, “la mayor revolución en la historia”.

Siempre con su propio sello, Enrique atravesó tres generaciones de pro chinos. La de los intelectuales y artistas que en los 50 promovieron la amistad de los pueblos y el reconocimiento diplomático de China Popular, y fueron arrastrados por el torbellino de las luchas ferrocarrileras y magisteriales de Demetrio Vallejo y Othón Salazar. La de la ruptura con los soviéticos en los 60 y la lucha contra el revisionismo. Y la de la Revolución Cultural, los movimientos populares entre el 68 y el 88 y la fallida apuesta por construir un partido desde abajo, sepultada por la ola cardenista.

Aunque no todos los espartaquismos fueron pro chinos, y el pensamiento Mao Tse-Tung se materializó en muchas fuerzas políticas distintas a las de quienes sostenían la teoría de un proletariado sin cabeza, los

espartaquismos fueron una de las vías en que varios maoísmos mexicanos encarnaron. Conductor de algunos de estos trenes protopartidarios, González Rojo se movió en ambas vías y, a su manera, elaboró una síntesis entre ellas.

Cuando en 1963 se oficializó la ruptura entre China y la URSS, González Rojo, en ese momento uno de los dirigentes de la Liga Leninista Espartaco, apoyó a los orientales, enfrentándose a su maestro Revueltas y a su amigo Eduardo Lizalde. Años después, la reivindicó en otros proyectos.

Su visión *althusseriana* de la teoría de la historia encontró receptividad en militantes maoístas. En 1971, Enrique entró al plantel Vallejo del Colegio de Ciencias y Humanidades y fue nombrado coordinador del área del método histórico-social. Allí era notoria la influencia del Movimiento Marxista Leninista de México, con dirigentes formados política y militarmente en China. Según Roberto Fernández –integrante de esa agrupación– la propuesta del autor de *Para leer a Althusser* fue bien recibida por “mamelucos” y otras expresiones de la corriente Línea de Masas.

A comienzos de los 80, entabló estrecha relación con el Frente Popular de Zacatecas y fue fundador de la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas. Sus ideas, luminosos rayos en la oscuridad de la tormenta, estaban a kilómetros de repetir mecánicamente a Mao, pero, tenían como sustrato profundo una erudita y original reflexión sobre hazañas y errores de la Revolución china (y de la autogestión yugoslava). Sin ir

más lejos, consideró a la Revolución Cultural de 1966-69 el equivalente de la comuna de París del socialismo.

Más allá de las diferencias que Enrique tuvo con la Revolución china, la trajo siempre tatuada en su corazón. Hoy, cuando tantos ojos miran desconcertados al país de la estrella roja, vale la pena repasar sus enseñanzas sobre esa epopeya.

### **Camilo Chávez, el metalúrgico rojo**

Desde hace años la prensa nacional reporta regularmente conflictos dentro del sindicato minero y luchas de sus trabajadores. De la tragedia de Pasta de Conchos a las huelgas de Cananea y Lázaro Cárdenas, los obreros del sector y sus familias han protagonizado una resistencia ejemplar contra la voracidad patronal y la injerencia gubernamental en la vida de su sindicato.

Esa lucha tiene dentro del gremio antecedentes muy importantes y sobresale un dirigente excepcional, injustamente condenado al olvido por la mayor parte de la izquierda mexicana: Camilo Chávez Melgoza. Jornalero agrícola, bracero, obrero metalúrgico, organizador de fábrica, líder sindical y dirigente comunista, su biografía parece sacada de una novela de realismo socialista.

Camilo Chávez nació en Coeneo, Michoacán, el 13 de agosto de 1913. Fue el menor de una familia de seis vástagos. Hijo de Agustín Chávez, indígena y escribano, y de Rebeca Melgoza, quedó huérfano de padre a los 73 días de nacido. Su vida siempre fue de trabajo.

Comenzó a laborar a los seis años, cuidando vacas en el monte, recogiendo leña y carbón para vender y acarreando agua. Fue alizador en las escardas, atajador de recuas y ayudante de carrero.

Tuvo su primera experiencia de lucha siendo un muchacho en el aserradero de Las Canoas. Junto a 100 trabajadores se sublevó para pedir el pago completo de salarios atrasados. Esta vivencia lo marcó para el resto de sus días.

En 1926 emigró a California, Estados Unidos. Allí fue a la escuela, donde aprendió rápidamente a hablar y leer inglés. A pesar de que en México sólo había cursado hasta segundo de primaria, obtuvo las mejores calificaciones. Durante las vacaciones, cuando cumplió 15 años, trabajó en la cosecha de fruta o aseando corrales y gallineros.

Consiguió su primer empleo industrial en la Columbia Steel Company. Aprendió a conducirse como obrero de línea en trabajos agotadores y peligrosos. Estuvo afiliado a la Unión Mundial de Trabajadores de la Industria Siderúrgica, el célebre sindicato anarquista. Allí le nació la conciencia de clase.

En agosto de 1929, junto a su madre, se trasladó a vivir a Nueva York. En el trayecto vivió en carne propia el racismo y la discriminación. En Kansas un tendero que se negó a venderle comida le espetó: “Cerdo ignorante, ¿no sabes leer inglés?”, mientras le señalaba un letrero con la leyenda: “No se vende a gente de color”.

En la ciudad de los rascacielos consiguió trabajo en Long Island Carpet Clean Company. Sin embargo,

dos meses después Wall Steet quebró y el país se hundió en la gran depresión. Gracias a su conocimiento del inglés y a su iniciativa tuvo diversos empleos con los que sostuvo a su familia. Cuando la fábrica de tapetes volvió a abrir fue contratado. Pero al poco tiempo él y su hermano, molestos porque la empresa no pagaba horas extras, organizaron un paro que nadie siguió y fueron despedidos. Él fue boletinado como un peligroso agitador.

Desempleado, aprovechó el programa de repatriación de braceros de Lázaro Cárdenas. Ya en México, entró a trabajar en Cartonajes Estrella, donde organizó un movimiento para exigir el pago de horas corridas. El sindicato le aplicó la cláusula de exclusión. Poco después, consiguió empleo en una fábrica nacional de clavos mediante un contrato con el sindicato minero. Desató con éxito nuevas protestas y extendió la organización a otras fábricas.

En 1943 se enganchó de bracero con el propósito de traer a México a su madre, quien vivía en Nueva York. Trabajó en California en la poda y cosecha de uva. Armó la lucha por un salario y vivienda dignos. Durante la protesta, el jefe de la policía les advirtió: “No están en México, sino en un país civilizado”. El movimiento triunfó.

De regreso a tierra mexicana ingresó a La Consolidada, donde fue funcionario sindical y como tal estableció una nueva forma de gestión: recorrer los departamentos y turnos para que los trabajadores le expusieran sus problemas y promover la firma de con-

venios departamentales. Nuevamente fue despedido, pero logró ser reinstalado después de una huelga exitosa en 1945.

En 1946 dirigió un paro laboral en Charcas, San Luis Potosí, y un año más tarde encabezó una jornada de protestas en Palau, Coahuila. Participó en 1948 en la formación de la Unión General de Obreros y Campesinos de México. Cuando el gobierno de Miguel Alemán intervino directamente en la vida del sindicato minero, el organismo se dividió entre una dirección espuria, que resultó triunfadora, y otra auténtica. En 1951 Camilo Chávez fue cesado de la empresa y expulsado del sindicato.

A pesar de su afinidad política, durante años se resistió a ingresar al Partido Comunista, pues los estatutos del sindicato minero prohibían que sus dirigentes pertenecieran simultáneamente a partidos políticos. Sin embargo, una vez fuera del gremio se sumó a las filas rojas. Fue integrante de la célula Stalin, integrada por obreros de La Consolidada. Pidió como condición que su formación se diera conforme a los principios del marxismo-leninismo. Su carrera política fue meteórica. A dos semanas de su ingreso fue designado secretario sindical del partido en el DF y en 1954 pasó a formar parte de la comisión política, aun sin tener la antigüedad requerida. En 1952 fue herido durante la marcha del Día del Trabajo en la que fueron asesinados dos militantes comunistas.

En 1962 realizó su último viaje a la Unión Soviética. La pugna chino-soviética se había abierto. En

Moscú los seguidores de Mao Tse-Tung, quienes le simpatizaban, le propusieron reunirse, pero el representante del PCUS se lo prohibió. Finalmente, la gira se cortó y se adelantó la fecha de regreso a México. Ya aquí, la comisión política no sólo lo despojó de sus responsabilidades, sino que lo expulsó de ésta, del comité central y lo excluyó de las filas comunistas junto con Edelmiro Maldonado y Tereso González.

Enfermo de diabetes trabajó en la Compañía de Luz y Fuerza del Centro. En los años 70 creó e impulsó la formación de círculos marxista-leninistas, con la idea de avanzar en la reconstitución del Partido Comunista. Decenas de militantes, muchos de ellos maestros de primaria, se formaron en ellos.

Hombre de trabajo, organizador sindical audaz y revolucionario inquebrantable, Camilo Chávez es una figura injustamente olvidada por la mayoría de la izquierda contemporánea.

## **Edelmiro Maldonado, el eslabón**

En el santoral laico de la izquierda mexicana, el maestro Edelmiro Maldonado Leal debería ocupar un lugar destacado. Su vida parece extraída de una novela del estilo de *Así se templó el acero*. Su trayectoria es un eslabón relevante entre las luchas por la transformación del país de la segunda mitad del siglo pasado y la realidad actual.

Incorruptible y congruente, Edelmiro fue, a un tiempo, profesor democrático, organizador obrero, in-

telectual revolucionario y comunista hasta el final de sus días. A contracorriente, educó a varias generaciones de militantes magisteriales y populares en Nuevo León, formó docentes, organizó huelgas en un estado con una de las oligarquías más retrógradas, luchó por la renovación del Partido Comunista Mexicano (PCM) hasta su expulsión, recuperó y divulgó la historia del movimiento sindical y militó durante el último tramo de su vida en la izquierda radical.

Nacido en Los Ramones, Nuevo León, en 1926, en el seno de una familia de docentes, fue maestro normalista. Ingresó a las filas del PCM en 1948. Participó en el Movimiento Mexicano por la Paz y viajó a China como su representante en 1952. Dos años después fue integrado a la dirección del partido. En 1959, en lo que fue una especie de golpe de Estado a Dionisio Encinas (emblema de lo que José Revueltas llamaba el estalinismo de huarache), se substituyó el puesto de secretario general por un secretariado de cinco miembros, entre los que estaban Arnoldo Martínez Verdugo y el mismo Maldonado.

En 1954, Edelmiro contrajo matrimonio con una mujer excepcional: Sandra Arenal. Pionera del feminismo en Nuevo León, militante de la Juventud Comunista y sobrina política del muralista David Alfaro Siqueiros; Arenal escribió libros claves sobre la explotación obrera, entre los que están *Sangre joven: las maquiladoras por dentro* y *En Monterrey no sólo hay ricos*.

Maldonado viajó a la URSS siendo dirigente del PCM. La última, en 1960, como delegado a la Conferen-

cia de Partidos Comunistas y Obreros, en la que afloraron las contradicciones entre soviéticos y chinos. A diferencia de sus camaradas mexicanos, él defendió la posición en favor de la unidad del movimiento comunista internacional en lugar de inclinarse por los rusos.

Se acercó entonces al maoísmo y terminó chocando con la mayoría de los dirigentes del PCM. En la “crisis de los misiles” de 1962, defendió el derecho de Cuba a decidir soberanamente su futuro. En julio de 1963, el duodécimo Pleno del Comité Central lo suspendió por un año como militante y lo excluyó de la dirección. Finalmente, en diciembre fue expulsado junto a Camilo Chávez, Samuel López y Tereso González, en lo que fue la primera ruptura de esa organización como expresión de la pugna chino-soviética. Los proscritos se propusieron, sin fortuna, reconstituir el partido.

El profesor Maldonado regresó en 1963 a vivir a Monterrey. Allí comenzó a dar clases en la Secundaria Federal Reforma y se incorporó a las movilizaciones populares. Junto a Roberto Benavides, dirigente del Movimiento Espartaquista Revolucionario, impulsó la formación del Frente Magisterial y la lucha en la Normal Superior Moisés Sáenz Garza, epicentro de la resistencia al charrismo en la sección 50.

Siendo Pedro Ramírez Arreola dirigente estudiantil de la escuela, Edelmiro llevó allí a dar conferencias a figuras como Elí de Gortari y Renato Leduc. En 1971, fue electo delegado al noveno congreso nacional del SNTE, en Nuevo Laredo. A escala nacional, acompañó la formación del Frente Magisterial Independien-

te Nacional (FMIN). Fundó en 1973 la Normal Popular, Dr. Salvador Allende, de donde egresaron centenares de maestros.

Durante años, financió sus actividades políticas vendiendo obras de Siqueiros, donadas por la familia de su esposa. A partir de 1970, junto a Benavides, impulsó la formación del Frente Obrero Democrático Estudiantil. Edelmiro exponía a grupos obreros la historia de las luchas de los trabajadores en el país. Allí tomó forma su libro *Breve historia del movimiento obrero mexicano*.

El frente trabajó con el grupo Regeneración, de la sección 67 del sindicato minero, que ganó el comité seccional; con los vallejistás del Movimiento Sindical Ferrocarrilero; con los telefonistas agrupados alrededor del periódico *El Guajolote*, y en el movimiento de la maquiladora Medalla de Oro.

Ameno conversador, Edelmiro no tomaba alcohol ni fumaba. Vivió en un modesto departamento en los condominios Constitución. Allí se reunían círculos de estudio de marxismo y del pensamiento Mao Tse-Tung, en los que también participaba su esposa, donde se formaron numerosos líderes magisteriales y sindicales, como José Cárdenas. A los jóvenes les recomendaba ser buenos estudiantes.

Procurado políticamente por Carmelo Enríquez y Antonio Martínez, ingresó a la Organización Revolucionaria Compañero en 1977, en la que militó hasta su muerte el 16 de enero de 1980.

Fue, en el mundo de las movilizaciones y protestas obreras y populares en Nuevo León, una figura

respetada, incluso por quienes diferían de él. Era el dirigente de mayor edad, el más experimentado. No faltaban jóvenes que, literalmente, lo veneraban.

### **Salvador Infante, el puente**

Salvador Infante Salgado tenía 22 años cuando, el 23 de septiembre de 1965, el Grupo Popular Guerrillero (GPR) asaltó el Cuartel Madera. Días antes de esa fecha, como parte de una avanzada de seis hombres, encabezada por Pedro Uranga, documentó la magnitud del arsenal y el número y los movimientos de la tropa allí acantonada.

Salvador nació el 13 de febrero de 1943, en Morelia, Michoacán, y ante el abandono de su padre, se va a vivir con su madre, pobre y enferma, en Ario de Rosales. Se incorporó a la política en 1958, cuando un amigo de secundaria en la Ciudad de México, lo invitó a participar en una marcha de maestros othonistas. Nunca había estado en una. Se impactó al ver en el Zócalo a los profesores ensangrentados y a los policías golpeándolos. En 1960 se sumó a la Juventud Popular (Socialista).

Estaba en apogeo la revolución cubana. *Chava* recuerda sus primeros años de militante: “Era muy bonito porque se cantaban canciones revolucionarias. Roberto Jaramillo nos las enseñaba. Nos hablaban de la revolución soviética y del socialismo. Ahí me enseñaron *La joven guardia*”.

Decepcionado con una dirigencia rodeada de lujos, que no permitía más lecturas que las de la obra

del maestro Lombardo, que guardó silencio ante el asesinato de Rubén Jamillo, que renunció a defender sus triunfos electorales y apoyó a los candidatos a la Presidencia del PRI, dejó la organización en 1965. Pensaba que había que preparar la revolución y el partido no hacía nada.

Infante comenzó a conocer un poco más de política, a través del dirigente rural Álvaro Ríos, y de los compañeros de Chihuahua, que rechazaron respaldar a Gustavo Díaz Ordaz. La labor de Álvaro fue clave para que los campesinos perdieran el temor a los caciques.

*Chava* conoció a Arturo Gamiz, Saúl Chacón y Guillermo Rodríguez. Posteriormente, al doctor Pablo Gómez y al profesor Becerra. Interiorizó lo que era el movimiento campesino, la represión y las tomas de tierras, marchas y protestas en el norte.

Rememora: “Cuando conozco a Arturo –que ya había estado preso– dijo que nunca lo iban a ver volver a pisar la cárcel. Fue cuando empezó a organizar el levantamiento armado, porque los caciques, a diestra y siniestra, asesinaban, despojaban de sus casas, de su ganado, de sus tierras a los campesinos. Hacían toda clase de fechorías”.

“Arturo celebró el primer encuentro en la Sierra, en Madera, donde analizaron la situación que se estaba dando allí. Posteriormente, se hizo el encuentro Heraclio Bernal II, en Torreón de Cañas, Durango. A ese encuentro, los de la juventud me comisionaron para asistir a mí”. Allí acordaron levantarse en armas “porque en todas las gestiones, trámites y demás, se ha-

bían burlado del campesinado, de la ley y de nosotros. De hecho, ya había compañeros alzados”. En la reunión, Salvador, que en ese entonces entrenaba en el Pentatlón y llegó a tener el grado de cadete, se encargó de poner en orden a un agente de Gobernación infiltrado.

*Chava* fue comisionado por el grupo para contactar al capitán Lorenzo Cárdenas y buscar su instrucción militar. Después, sospecharía de él. Unos 20 futuros guerrilleros participaron en una escuela de formación en la Ciudad de México y, a las faldas del Ajusco, se entrenaron en tiro al blanco y manejo de explosivos.

Tras documentar los movimientos en el cuartel Madera, la avanzada se retiró a dormir al campo. Habían quedado de encontrarse con el resto de los combatientes el 17 de septiembre de 1965. Pero amaneció el 19 y no llegaron. Uranga ordenó regresar a Chihuahua. Infante lo objetó, pero se disciplinó al mando. El 23, día del ataque, Salvador Gaytán no pudo llegar con las armas.

En Chihuahua, *Chava* y sus compañeros estuvieron escondidos varios días. Hasta que en la primera plana de los diarios, vieron la foto de sus compañeros, todos destrozados, principalmente Arturo y Salomón, y los demás finados.

“Fue un golpe durísimo –cuenta Infante–. Eso me marcó para siempre. Fue muy doloroso. Pienso que algo hubo. Por lo menos una delación por parte de Cárdenas. Algo estaba preparado para cuando llegara el grupo. Sorpresivamente aparecieron más de ciento y tantos soldados, más los que estaban en el cuartel. Llegaron desde afuera y rodearon. Y eran sólo 13 compa-

ñeros. Se vieron cercados y lanzaron varias granadas. Una ya no la pudieron aventar. Les explotó. Partió en dos a Salomón Gaytán y a Arturo le rompió el cráneo”.

Empezó la persecución por todos lados y el repliegue. Rememora *Chava*: “*Lolita* y yo nos salimos de Chihuahua por el ferrocarril. Llegamos a Guadalajara y agarramos un autobús a la Ciudad de México. Nos escondimos en Playa Vicente, Veracruz, gracias a Rafael Estrada Villa. Ahí, estuvimos un mes ocultos. Luego, poco a poco, nos fuimos contactando de nuevo y regresando a la Ciudad de México”.

El grupo inicial se fracturó. Salvador se integró, gracias a Jesús Ríos Bañales, bibliotecario de la Universidad Obrera, al Movimiento Marxista Leninista de México, de corte maoísta. Con la intención de formar una base de apoyo, se vinculó a los luchas campesinas en Durango, conducidas por Álvaro Ríos. Participó en el movimiento estudiantil de 1968. Estuvo el 2 de octubre en Tlatelolco. Como parte de los *mamelucos*, en diciembre de 1969 viajó a China durante seis meses, a recibir formación política y militar.

En 1972 fue detenido junto a 15 compañeros más. Secuestrado, desaparecido y torturado por Miguel Nazar Haro, fue presentado gracias a la presión de Ríos Bañales, Jesús Ibarra, *Quico* Sampere y la mamá de *Chava*. Fue liberado bajo fianza por el abogado Joaquín Ortega Arenas. Visitó constantemente a sus compañeros presos hasta 1976.

Ejemplo excepcional por su constancia, sencillez y pertenencia de clase, a sus 80 años, Salvador si-

gue fiel a las convicciones que lo llevaron a participar aquel 23 de septiembre de 1965 y en tantas aventuras más. A sus 86 años, vive humildemente de su trabajo en una pescadería en la Central de Abastos.

## **Judith Reyes, mujer de fuego**

Ave de tempestades, la cantante, periodista y militante de izquierda radical, Judith Reyes, hizo de su existencia una enorme hoguera para iluminar la condición y lucha de los parias de la tierra. Guitarra en mano, compuso y entonó incansablemente un arcoíris de cantos invocando a la liberación. En ella, lo popular encarna a un tiempo arte y pedagogía.

Nacida hace un siglo en lo que hoy es Ciudad Madero, dueña de una poderosa y afinada voz, se convirtió desde los 14 años en exitosa cantora, conocida como *La Tamaulipeca*. Ataviada de china poblana, su fama caminó de la mano de la radio. Su amigo Jorge Negrte haría famosa su composición *La parranda larga*.

Artista con alma de guerrera, en su *Autobiografía* describe su niñez: “No jugaba a las muñecas. Prefería corretear con los muchachos del rumbo, jugar beisbol, escurrirme en los árboles, atrapar caraballos en el día y luciérnagas en la noche, bailar el trompo y ponérmelo en la palma de la mano hasta que se quedara dormido; y jugar rayuela, canicas y a la guerra”.

Al llegar a Chihuahua a inicios de los 60 para una gira artística, fue contratada por el periódico El Monitor de Chihuahua para vender publicidad. Entró

en contacto, mediante el periodista Jesús González Raizola, con el vigoroso movimiento campesino que dio lugar a las caravanas y campamentos dirigidos por Álvaro Ríos y al Grupo Popular Guerrillero, que organizó el asalto al cuartel Madera del 23 de septiembre de 1965. La experiencia la marcó para toda la vida.

“¡Sí, señor! Voy a escribir sobre sus problemas. Y... ¡Lo voy a cantar! ¡Voy a escribir canciones sobre todas las cosas que veo de ustedes”, prometió a los campesinos en lucha. Fue así como, primero en *Monitor* y luego en *Acción, Voz Revolucionaria del Pueblo*, del que fue directora, se convirtió –en palabras de Jesús Vargas– en dirigente agrarista y parte del movimiento revolucionario en el norte.

Su nexa con Álvaro Ríos se estrechó. Álvaro nació en Sonora y, desde muy joven, se asoció a la lucha de Jacinto López, con quien comenzó su formación como dirigente rural. En la Universidad Obrera de la Ciudad de México estudió abogacía (recuerda Roberto Fernández), impulsado por Jesús Ríos Bañales, bibliotecario de la institución y futuro militante del Movimiento Marxista Leninista de México, expulsado de la célula Francisco Javier Mina junto a Juan Ortega Arenas, conoció la Revolución china y el pensamiento Mao Tse-Tung. María Teresa Rivera Carbajal, compañera de vida de Jesús, tuvo una estrecha amistad con la cantante.

Álvaro salió a Madera, Chihuahua, a darle seguimiento a los trámites por la tierra pendientes a raíz del asesinato del profesor Francisco Luján Adame a manos de los caciques. Encarcelado Álvaro en 1964, Judith le escribió una carta (recuperada por José de la

O Holguín) en que le cuenta cómo ella colocó en las oficinas de *Acción* una fotografía del dirigente comunista chino, donde antes se encontraba colgada la imagen de Ramón Danzós Palomino.

Desde entonces, narra Liliana García Sánchez en su más reciente, documentado y apasionante libro *Cantar de fuego*, la vida de Judith devino un verdadero huracán que arrasó con lo que se le pusiera enfrente. Todo su ser se fundió, a un tiempo, sin pactar concesión alguna, con las más disímolas luchas revolucionarias que irrumpieron por el país y las expresiones de un nuevo (viejo) canto popular que relató los avatares de las pugnas de la gleba. Lo hizo mientras llevaba una vida franciscana, de penurias y precariedades.

El canto y la militancia de *La Tamaulipeca*, acompañaron al Movimiento Revolucionario del Pueblo de Víctor Rico Galán; al movimiento estudiantil-popular de 1968; a Lucio Cabañas y Genaro Vázquez; desde Saltaices y Saucillo, en Chihuahua, hasta El Mexe, en Hidalgo, a las luchas y jornadas pedagógicas de la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México, alimentadas por la pluma de José Santos Valdés, en las que las enjundiosas y combativas exhibiciones de la trovadora dejaron profunda huella en no pocos egresados normalistas; las aventuras con Cleta; su domicilio en el Campamento 2 de octubre de Iztacalco (que hizo de la vieja lucha de los precaristas en la Ciudad de México un punto de inflexión), y su acompañamiento a las protestas de la Unión de Comuneros Emiliano Zapata de Michoacán, encabezadas por el inolvidable Efrén Capiz y Evita, su compañera de vida.

Como se documenta en *Cantar de fuego*, la cantautora vernácula fue, simultáneamente, una internacionalista en toda la extensión de la palabra. Del movimiento chicano de Reies López Tijerina a las FARC colombianas; de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional venezolanas de Douglas Bravo a los sandinistas; de la Guatemala de Árbenz a los Tupamaros uruguayos, Reyes tuvo siempre la palabra precisa y comprometida, la rima fiel, la canción-homenaje generosa para acompañar e ilustrar a sus audiencias en un hecho básico, señalado por José de Molina: “Pues del Río Bravo hasta la Patagonia / Nos une la raza, nos une la sangre, nos une la gloria”. Todavía, al final de su días, Judith tuvo fuerza y convicción para brindar solidaridad y apoyo al pueblo de Perú.

Judith Reyes, nos dice Liliana García, fue “una mujer que vivió con su espíritu la caída de grandes esperanzas de una nación en la que ella creyó hasta el final. Fue partícipe y cronista de las caídas cruentas, de las pérdidas irreparables, las partidas sin regreso, los incansables peregrinajes, el olvido, el exilio, la marginación.” Su herencia “es un registro que se suma a la crónica contemporánea de la resistencia y la defensa de la dignidad humana”. Recordarla a ella y a las causas que enarboló, escuchar su música y traerla a los nuevos tiempos, es tarea obligada.

## **Juan Ortega Arenas, ave de tempestades**

Juan Ortega Arenas fue, en la izquierda mexicana, un ave de tempestades. Invisibilizado, menospreciado y

vilipendiado por otras corrientes y la academia, que optaron por juzgarlo antes de comprenderlo, prefirieron caracterizarlo como expresión de un supuesto neocharrismo, dejando de lado el enorme peso e influencia que tuvo en la forja y el protagonismo del sindicalismo independiente durante más de seis décadas y el papel como uno de los elementos constituyentes del maoísmo mexicano.

La biografía de Juan Ortega Arenas es asombrosa. Nació en Puebla en 1920. Con tan sólo 13 años fue encarcelado por primera vez, al apoyar el paro de los trabajadores de la Pasamanería Francesa. A los 16 años fue comisionado por el Partido Comunista Mexicano (PCM), para asesorar a los tranviarios en huelga. Un año más tarde, participó en la organización del sindicato petrolero, obtuvo la credencial número 8 de la gremial y fue nombrado por la asamblea, su director general jurídico, cargo en el que duró hasta 1949.

Fue reclutado a la Juventud Comunista por Raúl Álvarez Encarnación. Junto a David Alfaro Siqueiros, militó en la célula Francisco Javier Mina, integrada por obreros de la Cervecería Modelo, Goodrich Euzkadi y Consorcio Industrial. El organismo fue disuelto por la dirección del partido en 1942 y Ortega Arenas expulsado de sus filas. Denunció el stalinismo en el partido encabezado por Hernán Laborde.

Aunque comenzó su labor como abogado obrero en 1942, organizó luchas fabriles desde varios años antes. Entre 1935 y 1947, acompañó la lucha de los trabajadores textiles, de Ceras Águila y otras más. Participó en

la creación del Consejo Revolucionario Obrero Campesino (CROC), integrado por la Federación Única de Camioneros, el Consejo de Colonias Populares, y trabajadores de la Cervecería La Modelo, Euzkadi, Cerillera La Central, La Imperial y Jabón Castillo. En 1961, acompañó la salida de la CTM de los obreros de la Dina.

A raíz de su expulsión del paraíso comunista, emprendió una larga marcha por distintos y breves proyectos que él encabezó: Partido de la Liberación Nacional; Frente de Lucha de Emancipación de la Clase Obrera; en 1952 el Frente Obrero, fundado con aproximadamente mil 500 obreros de los sindicatos petrolero, minero, electricistas y telefonistas, que se convertiría a comienzos del 61 en el Frente Obrero Comunista Mexicano (FOCM), y en 1966 el Partido Mexicano de los Trabajadores (en formación). El 1º de Mayo de 1952 se publicó el primer número de *La verdad obrera*, órgano de esta corriente, que circuló casi dos décadas.

Promovió la formación de círculos de estudio de marxismo-leninismo en las fábricas, comisiones obreras y comités de unidad de acción. En el PMT dio cobertura al trabajo conspirativo de los militantes maoístas radicales como el ingeniero Javier Fuentes y sus camaradas, antes de la fundación formal del PRP. Con ellos mantuvo una larga relación de respeto.

En coautoría con el refugiado español, Julio Luelmo, escribió varias obras, que firmó con el seudónimo de Mauro Olmeda. Criticó el Giro de Salerno de Palmiro Togliatti. Se opuso a la teoría de la coexistencia pacífica que siguió al XX Congreso del PCUS. Y apoyó a China en su enfrentamiento con la URSS.

Presente de manera marginal en las grandes movilizaciones vallejistas, othonistas y telegrafistas de 1956-1960, y en las del Movimiento Sindical Ferrocarriero y la Tendencia Democrática de los electricistas de 1970-1976, la presencia del asesor sindical y su grupo se implantó y creció en el mundo fabril entre esos dos periodos, primero a partir de 1965 y luego desde 1972, hasta convertirse en la corriente más arraigada y representativa de la insurgencia proletaria. La ascendencia que el Frente Obrero llegó a tener a finales de los 50s en las secciones 34 y 35 del sindicato petrolero se desvaneció, según el periódico *La Verdad Obrera* de septiembre-octubre de 1958, cuando sus dirigentes, los hermanos Alcalá, viejos militantes de esta corriente, rompieron “con los verdaderos principios de la lucha revolucionaria y actuaron a la cola de la espontaneidad”.

Reivindicándose a sí mismo como pro chino desde 1963, Ortega Arenas construyó una fuerza político-sindical con una incidencia en el mundo laboral que no tuvo ninguna otra agrupación marxista en el último medio siglo. En 1965, 21 sindicatos asesorados por él, dieron vida al Movimiento Independiente Sindical (MIS). Clandestinamente, fue parte del intento de formar una guerrilla llamada Movimiento 28 de marzo, al lado de Othón Salazar y los jaramillistas.

Según cuenta Joaquín Ortega Esquivel, sus tíos Joaquín y Juan, distribuían el *Pekín Informa*. El almacén más grande la revista, conservada en grandes librerías, estaba en el piso inferior del elevador del despacho de Joaquín.

En abril de 1963, en un artículo publicado en este medio, titulado “La justa posición del Partido Comunista de China”, el FOCM tomó posición a favor de los asiáticos y en contra de las orientaciones del Partido Comunista de la Unión Soviética, con quien ya había expresado desacuerdos con el krushevismo.

“Ha sido –señala allí– el Partido Comunista de China el que, en defensa de la unidad comunista, en defensa del marxismo-leninismo y en defensa de las dos Declaraciones de Moscú (1957-60), ha puesto de relieve el alcance del revisionismo contemporáneo, cuyas tesis han sido usadas en México por la camarilla burocrática gobiernista que se autotitula ‘comunista’ del ‘PCM.’”

“La valerosa actitud comunista de los camaradas chinos, hace circular en el mundo nuevamente el aliento revolucionario de Lenin y exhibe las posiciones anti-marxistas, anti-leninistas y anti-proletarias en que han caído quienes se han apartado de los principios y, copiando a los viejos revisionistas (Bernstein, Kautsky y otros), embellecen al imperialismo y paralizan la acción de las masas obreras y campesinas, creándoles ilusiones sobre las tesis deformadas de la ‘competición económica entre sistemas sociales distintos’ que hace innecesaria la lucha de los pueblos, según los revisionistas”.

Y establece: “En el pleno del Comité Central del Frente Obrero Comunista de México, celebrado el presente año, unánimemente se acordó hacer nuestras las justas posiciones del Partido Comunista de China”.

Años después, en agosto de 1965, la Liga Comunista por la Construcción del Partido Revolucionario del Proletariado y Unión Reivindicadora Obrero Campesina (UROC), anunciaron la expulsión de Ortega Arenas del FOCM, acusándolo de caudillismo y control personal de las direcciones sindicales desde la asesoría legal, además de criticarlo por su negativa a reconocer la existencia de la Revolución mexicana y su visión de la historia del país en la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, él ya había sentado las bases para el nacimiento del PMT.

En noviembre de 1967 Ortega Arenas fue encarcelado por penúltima ocasión en su vida, acusado del ataque a un retén militar en Guerrero, con los cargos de conspiración, invitación a la rebelión, ataques a las vías generales de comunicación, terrorismo, homicidio y uso de armas reglamentarias del ejército. A final de cuentas, fue absuelto.

Según cuenta su sobrino Joaquín, “mi tío Juan, empezó a cerrar sus vínculos con la guerrilla pero lo ligaron con la explosión de un convoy militar en La Unión, Guerrero. A él lo acusaron de esa acción. Salió libre porque, en los interrogatorios, los demás compañeros se deslindaron de tener relación con lo que ya entonces llamaban oportunismo sindical. También porque Febronio Díaz Figueroa acusó a mi tío Enrique de falsedad en el interrogatorio pericial que le formuló la Policía Federal de Caminos. Dijo que Enrique era un ignorante que se atrevía a afirmar que en un Chevrolet podía cargarse media tonelada de armas y trasladarlas

en un día a la Unión Guerrero. Mi tío sólo preguntaba si eso era posible, pero la furia de Figueroa resultó mejor que cualquier defensa”.

La influencia de Ortega Arenas en el movimiento sindical es inseparable de su papel como abogado obrero. La complejidad de la lucha legal en la dinámica gremial le dio a los asesores que conocían y sabían moverse en los vericuetos del laberinto jurídico un enorme peso entre los trabajadores que buscaban escapar al control charro de sus organizaciones. Desde ese punto de vista forma parte del mundo de figuras como Armando Castillejos, Jesús Campos Linas (quien participó en el FOCM), Carlos Fernández del Real o Juan Manuel Gómez Gutiérrez. Sin embargo, ninguno de ellos llegó a tener la ascendencia de Ortega Arenas.

Como abogado, construyó una importante red de relaciones interpersonales. Trabajó en el despacho de Rodolfo Brenda Torres, donde también colaboraba Adolfo Ruiz Cortínes. Desde su paso por San Ildefonso, tenía buena relación con Adolfo López Mateos. Su trato con José López Portillo se agotó al tercer año, cuando el mandatario se cansó de las múltiples denuncias de Juan.

Una de sus expresiones asociativas más relevantes construidas por Juan fue la Unidad Obrera Independiente (UOI), fundada en abril de 1972, con el lema “Unidad e independencia proletarias”. Surgió originalmente con 13 sindicatos, especialmente con los de DINA Nacional, la hulera Euzkadi y Acros, a los que se sumaron posteriormente los de Nissan y Volkswagen,

en un momento en el que la mano de obra calificada escaseaba. Al efectuarse su Segundo Pleno Nacional de febrero de 1976 contaba con 86 sindicatos (varios de ellos nacionales de industria) y 24 comisiones activas, de diferentes ramas productivas, destacadamente en automotrices, huleras, metamecánicas y aviación. Su influencia se extendía en el Valle de México, Puebla, Tlaxcala, Hidalgo y Morelos.

En la UOI confluyeron o se aliaron, intermitente y conflictivamente, otras expresiones protopartidarias del pensamiento Mao-Tse-Tung como el Comité Obrero M-L (los “hormigones”), el FAR poblano, MMLM, AP-ML, desprendimientos del FMIN, Línea Proletaria (con la Unidad de Acción, Campesina, Obrera y Popular, entre 1980 y 1983) y una parte del PPFV. En 1984 se separó de sus filas el sindicato de Ruta 100 para formar el Movimiento Proletario Independiente

Desde la lógica de Ortega Arenas, el maoísmo proporcionaba una forma de garantizar la vigencia de la operación democrática de las asambleas a través de recomendaciones tipo ético-político, indispensables para el funcionamiento de cualquier tipo de organización revolucionaria. El pensamiento Mao Tse-Tung permitió entender la forma de organización social que existía en China con una amplia diversidad de culturas, formas de asociación comunitaria y niveles de participación político, que resultaba de gran utilidad para la experiencia mexicana.

Dentro de la UOI se impulsaba la formación de círculos de estudio y escuelas de cuadros marxista-le-

ninistas y maoístas. Estudiaban a Mao, especialmente el “Informe sobre las comunidades de Yunan”, las *Citas* y los escritos militares. El dirigente magisterial Ramón Couoh desempeñó un papel muy relevante en ellos. Formaba células de unidad de acción o grupos de unidad de acción. Entre los primeros que se constituyeron en la última etapa fue en Aceros Solar y en Tlanepantla.

El filósofo peruano José W. Lora Cam (fallecido en noviembre de 2018), se exilió en México en 1989, acusado de pertenecer a Sendero Luminoso. Su tesis de 1975, convertida en el libro *Marxismo-leninismo-maoísmo*, teorizó la tesis sobre las tres etapas del marxismo. Fue promotor de la revista *Escena* contemporánea e impartió conferencias y escuelas de cuadros con obreros de la UOI. Volvió a Perú en 2003.

Los trabajadores afiliados a la UOI ocuparon fábricas. De enero del 79 a febrero del 80 se independizaron 20 sindicatos por medio de este método de lucha. La lista es numerosa: Laminadora Kreimerman, Implementos Petroleros, Cobre de México, Acero Solar, Herramientas Greenfield, Aceros Esmaltados, Kimex, Forjamex, Oerlikon Italiana, Lartel, Mexicana de Autobuses, Dikona, Nissan Motores en Lerma Estado de México. Adicionalmente, construyó en el sur de Hidalgo, junto a la ACR y otras 25 organizaciones más, la Asamblea Obrera y Popular. En el municipio de Apán se instaló una asamblea popular para gobernar el municipio.

La UOI aprovechaba la figura de coalición, y huelga por coalición, para demandar la titularidad de

contrato. En enero de 1980, las reformas a la Ley Federal del Trabajo limitaron la libertad de asociación gremial y huelga. No se podía ya emplazar a huelga sin tener la titularidad del contrato. La táctica de la UOI entró en crisis. En oposición a la nueva legislación, el 1° de mayo de 1980 marcharon 200 mil trabajadores hasta el Zócalo.

La ofensiva contra la UOI fue demoledora. Se le negó el registro de nuevos sindicatos. Empresas como Mexicana de Autobuses, Babcock and Wilcox, Acros, Renault de México, Diesel Nacional, Siderúrgica Nacional, Van Beuren, Forjamex, Acero Solar, cerraron. Se corrompió a los líderes sindicales en Aeroméxico y Volkswagen. Amada Contreras, figura clave del Sindicato Nacional de Trabajadores de Aviación y Similares, fue asesinada.

En 1985 apareció públicamente el MPI. La ruptura entre el sindicato de Ruta 100 y la UOI se oficializó. Entre otras diferencias entre ambas convergencias, sobresalía el que el movimiento dirigido por Ricardo Barco se organizaba a partir de grandes asambleas masivas en enormes auditorios y Ortega Arenas reivindicaba la toma de decisiones en asambleas departamentales y consejos de delegados. Juan denunció a Barco en la revista *Por Esto!* Criticó que el movimiento se había convertido en una fuerza clientelar de transporte público para ofertar nuevas rutas, gestora de vivienda y regularización de tenencia de la tierra.

Ave de tempestades, iconoclasta de las imágenes sagradas de una importante parte de la izquierda mexi-

cana (de la Revolución mexicana a Lázaro Cárdenas), se le reconozca o no, Juan y las organizaciones a las que dio vida fueron pilares tanto del otro maoísmo mexicano como del sindicalismo independiente. De hecho, como corriente de pensamiento Mao Tse-Tung es la única, junto a la del ingeniero Javier Fuentes, que atraviesa viva y actuante desde 1963 hasta pasado 2003.

El 4 de junio de 2010 murió en su casa, sin seguro social ni de gastos médicos mayores. Su único ingreso era una iguala que le proporcionaba el Sindicato Nacional de Trabajadores de Transportes, Transformación, Aviación, Servicios y Similares (SNTTTASS).

## CAPÍTULO III

### EL 68 Y EL PAISAJE

#### **La nueva *intelligentsia*, la nacionalización del marxismo y la marcha al pueblo**

El movimiento socialista en México padeció crónicamente, hasta 1968, tres enfermedades básicas: el desencuentro con los sectores populares, su subordinación al nacionalismo revolucionario y la dificultad para explicar la realidad nacional. La penetración del pensamiento socialista en sindicatos obreros y organizaciones campesinas fue, durante décadas –y con excepción de sus vínculos con el agrarismo radical en la década de los veinte y el periodo cardenista–, un hecho marginal y superficial, y estuvo usualmente subordinado a la hegemonía de la ideología de la revolución mexicana.

Ello fue resultado, en primer lugar, de un conocimiento tardío, limitado y básicamente oral de la obra de este pensador y de sus continuadores de la III Internacional. Pero, también, fue producto de la dificultad de los socialistas por insertarse de manera autónoma y creativa en una sociedad y un Estado surgidos de una revolución popular vital.

A pesar de la existencia de un partido comunista y otro progresista, la izquierda socialista mexicana

realmente existente hasta 1968 fue, en lo esencial, un conglomerado de fuerzas grupusculares, aisladas de amplios sectores de la población, derrotada políticamente y, salvo excepciones notables, con grandes limitaciones teóricas y atada a los vaivenes de la política estatal.

El movimiento del 68 comenzó a cambiar esta composición. Miles de jóvenes dejaron las universidades y la vida en la Ciudad de México para trabajar políticamente en ejidos, fábricas y barrios populares en provincia. Formados en una cultura política generada desde su participación en brigadas estudiantiles, asambleas de masas, movilizaciones callejeras, enfrentamientos con la policía y desconfianza en la prensa comercial enmarcadas en la lucha por la revolución socialista, se integraron a luchas populares históricas o incipientes trasladando su concepción y experiencia organizativa. Esta visión societal y asamblearia de la política terminaría fundiéndose, no sin choques y malentendidos, con las tradiciones y la cultura política popular. La tradicional crítica intelectual del poder fue sustituida por la contestación política de la cultura.

Esta integración siguió, también, otras rutas. Desde la Iglesia Católica, de manera destacada desde su vertiente jesuita, una parte de los jóvenes encontraron en la educación popular y la formación de ONG el método y la instancia organizativa para vincularse al pueblo. Otros se quedaron en las universidades e hicieron de la transformación de las instituciones educativas y el extensionismo universitario su terreno principal de acción política.

Muchos de estos improvisados activistas complementaban su formación con una visión manualesca del marxismo. Aunque esta “ida al pueblo” estuvo, en lo central, conducida por las corrientes de origen maoísta –fuertemente influenciadas por la versión francesa de la revolución cultural china–, participaron en ella también otras fuerzas políticas asociadas con la izquierda revolucionaria y con el trotskismo.

De manera simultánea, se produjo una formidable reinterpretación de la realidad nacional inspirada tanto por el pensamiento marxista como por una intelectualidad fuertemente influida por el movimiento del 68. Muchas de las nuevas aportaciones teóricas apuntaban el carácter plenamente capitalista de la economía mexicana y la necesidad de considerar que la próxima revolución sería básicamente socialista.

De la conjunción de esta integración de sectores de la intelectualidad con lo popular, la difusión masiva de elementos de una teoría revolucionaria, la nacionalización del marxismo y el análisis permanente de la coyuntura surgiría una nueva izquierda y un nuevo movimiento de masas.

Las primeras brigadas de estudiantes que buscaban vincularse con el pueblo muy pronto se encontraron con una naciente insurgencia sindical entre los trabajadores ferrocarrileros y electricistas y entre los obreros automotrices y de la pequeña y mediana industria. La clase obrera existía, aunque no fuera al paraíso. De la misma manera, se toparon con viejas luchas campesinas por la tierra, y amplias movilizaciones de precaristas urbanos por viviendas y servicios.

Ni el movimiento del 68 ni los estudiantes que abandonaron las universidades “fabricaron” el ascenso en la lucha popular. Éste se produjo en cada sector, por factores endógenos que no podían ser resultado de la agitación política de los nuevos actores. La presencia de los activistas modificó, sin embargo, las viejas culturas organizativas y de lucha existentes en estos sectores y facilitó su proyección regional y nacional.

Los nuevos organizadores ideologizaban fácilmente las luchas reivindicativas en las que participaban. Apostaban a que detrás de cada huelga crecía la “hidra de la revolución”, aunque los obreros que participaban en ella persiguieran solamente aumentar sus salarios o depurar su sindicato. Estaban seguros de que, en cada colonia popular organizada, se estaba creando un contra poder aunque sus habitantes buscaban tan sólo techo y servicios. Y no obstante que los resultados prácticos de su intervención política distaban mucho de las utopías que las animaban, su presencia construyó organizaciones y movimientos que de otra manera no habrían surgido.

Estos nuevos movimientos sociales, muchos de los cuales sobreviven hasta nuestros días, tuvieron como característica básica el de ser movimientos socio-políticos que desempeñaron un papel de enorme importancia en la erosión del viejo corporativismo y en la construcción de un nuevo tejido social. En ellos se gestó tanto una parte de una clase política emergente de origen popular como la base de masas de los nuevos proyectos de centro-izquierda. Pero además,

fueron una de las fuentes centrales del reclutamiento de las “bisagras” sociales de los proyectos de “modernización” social impulsados más tarde desde el Estado mismo. Con mucho, heredaron una parte del acervo político-cultural del movimiento estudiantil del 68: la independencia del Estado, el funcionamiento basado en la democracia asamblearia y las formas federales de coordinación, la reivindicación de las acciones de masas como instrumentos principales de lucha. Su propuesta política basada en torno a posiciones clasistas, antiestatistas y de democracia directa son, en parte, un legado de aquel movimiento.

La acción de muchas de las organizaciones de masas nacidas del encuentro entre estudiantes politizados y sectores populares quedó con frecuencia atrapada en los marcos de un economicismo radical, de un gremialismo estrecho y del desinterés por la democracia política.

La oleada del movimiento cardenista, corte nacionalista, democrático y cívico, en 1987 y 1988 le propinó una tremenda revocada, a los maoísmos concebidos como proyectos de clase, *internacionalistas* y socialistas. En los hechos, el cardenismo barrió muchas de las bases de apoyo de esas organizaciones.

A pesar de su sobrevivencia, su apuesta siguió un camino distinto al del movimiento del 68 como tal: sufrió una radical derrota en el ámbito cultural. Su antiparlamentarismo naufragó en las aguas de un electoralismo elemental. Su política independentista se diluyó en los contornos de la cooptación política. Su

anticorporativismo degeneró en prácticas clientelares. Salvo excepciones notables y a pesar de su apuesta inicial, estas experiencias no supieron ciudadanizar su práctica política, y quedaron subordinadas a la lucha partidaria electoral que, en el pasado, rechazaban.

### **IPN, los estudiantes, el pueblo, la historia**

El 68' politécnico fue una revuelta plebeya que encontró en el maoísmo el cemento discursivo e identitario para articularse como sujeto en las aulas y más allá de ellas. Con él, luchando y viviendo en colectivo en calles y escuelas, sus participantes construyeron un *nosotros*. Apoyándose en él, con la máxima de que “el poder nace de la punta del fusil”, los jóvenes que sufrieron la violencia gubernamental y estigmatización, encontraron una respuesta organizativa para no “poner la otra mejilla” ante el agresor.

Su activismo y trama organizativa con base a brigadas, comités de lucha, asambleas y representantes revocables, fue la matriz para tejer una constelación asociativa para la acción política formada por colectivos, núcleos prepartidarios semiclandestinos, círculos de estudios y militancias individuales cohesionados por un sentimiento en común. En el corazón de esta visión del mundo compartida se encontraba la máxima de que “el pueblo y sólo el pueblo es la fuerza motriz que hace la historia mundial”.

A pesar de los agravios gubernamentales o precisamente por ellos, entre 1968 y 1973, el movimiento

estudiantil del Instituto Politécnico Nacional (IPN) fue el más importante semillero de cuadros de los maoístas mexicanos. Sin exagerar, se formaron allí dos o tres millares de activistas que siguieron la Línea de Masas. Nunca antes, ni nunca después, las corrientes identificadas con el pensamiento Mao Tse-Tung encontrarían una cantera tan fecunda como ésta.

Al interior de sus instalaciones se analizó la coyuntura nacional desde una perspectiva distinta a la de los viejos comunistas o a la del cardenismo, y circularon profusamente las revistas *Pekín Informa*, *China Reconstruye*, *China Ilustrada*, *El libro rojo*, *Las cinco tesis filosóficas* y las *Obras escogidas de Mao Tse-Tung*. De sus aulas salieron multitud de activistas a vincularse a las más diversas causas populares.

Trasladaron a esas luchas su experiencia organizativa como brigadistas. Algunos de ellos, con el paso de los años, se convirtieron en importantes dirigentes obreros (Severiano Sánchez), campesinos (Luis Meneeses), urbano-populares (Marcos Cruz) o historiadores del México de abajo (Jesús Vargas) a lo largo y ancho del país.

Ese maoísmo fue, para muchos de esos jóvenes, su forma de ser contemporáneos con otros que, como ellos, también se sublevaron en el 68 y 69, en Francia, Alemania, Italia, Estados Unidos y tantos otros países más, y se identificaron con las posiciones chinas. En aquellos años, los vientos de la Gran Revolución Proletaria soplaban fuerte más allá de Pekín.

Si es cierto que “en un grano de arena puede verse el mar”, tres granos de arena en forma de viñe-

tas pueden servirnos de ventanas para asomarnos a los oleajes que cambiaron a México de abajo a arriba, inventaron una nueva política de masas, erosionaron el viejo corporativismo priísta y formaron una pléyade de líderes subalternos.

Cuenta Guillermo Palacios, de la Prevocacional 4, y la Vocacional 6, que una noche previa al 1º de mayo de 1969, Tapia, Bolio y él, y estudiantes politécnicos convencidos de que después del movimiento del 68 no podían ser indiferentes y debían buscar nuevos caminos para seguir luchando, caminaban de regreso del Casco de Santo Tomás rumbo a su casa. Venían de Ciencias Biológicas. Habían tratado de imprimir volantes para repartirlos en el contingente ferrocarrilero pero el mimeógrafo estaba ocupado y no pudieron hacerlo. Ya no había transporte y además no traían para los pasajes. Al pasar por Buenavista, unos agentes los pararon. Estaban greñudos y con incipiente barba. Vestían camisa verde y botas mineras, mezclilla, huaraches. Ellos se detuvieron. Los guaruras les pusieron las manos sobre el toldo del carro y les separaron las piernas. Los revisaron de arriba a abajo y les hicieron vaciar sus bolsillos para ver si llevaban armas o drogas. Les pidieron sus identificaciones. No llevaban nada: ni dinero, ni armas, ni propaganda, ni toques de mota.

Los policías los interrogaron: “¿A ver, pinches muchachos, qué andan haciendo a estas horas en la calle...?” Hasta que a uno de ellos le llamó la atención un afiche de metal dorado, laqueado en rojo, con la efigie de Mao Tse-Tung de perfil, que Guillermo llevaba

prendido en la solapa, similar al utilizado por muchos otros muchachos en aquellos años. “¿Quién es ese?”, le preguntó el tira de mala manera. Y él, sin titubear le respondió: “El Santo Papa...” Los dejaron ir. Según “El flaco”, poco les faltó para que se persignaran...

Escribe Raúl Álvarez en *La estela de Tlatelolco*: “el PCM planteaba que era necesario volver a clases. Nosotros señalamos desde la cárcel que llamar a levantar la huelga en esas condiciones, era una traición. La única respuesta alternativa a la del partido es el planteamiento maoísta, que en esencia recoge una parte de la argumentación del PCM: el problema es ir al pueblo. Las últimas manifestaciones del Movimiento del 68, promovidas por Ángel Verdugo, eran de estudiantes coreando “Mao, Mao Tse-Tung o Ho, Ho-Chi-Minh”.

El 18 de diciembre de 1968, los estudiantes politécnicos levantaron finalmente la huelga en la Plaza Roja de Zacatenco. El acuerdo estaba tomado pero de cualquier forma, muchos muchachos estaban muy molestos. Igual que Raúl, el repliegue táctico, promovido por los “peces” y sus aliados en el Consejo Nacional de Huelga (CNH), era visto por aquellos que buscaban continuar el movimiento hasta el cumplimiento de tres condiciones, como una puñalada por la espalda contra la protesta.

Entre los que rechazaban el regreso a clases estaba la mayoría de las escuelas del Poli. Los inconformes se pusieron del lado de los maoístas. Así que, con la masacre de Tlatelolco como sombra y con la rabia y el dolor a flor de piel, confrontados visceralmente con

los comunistas, como si fueran jóvenes Guardias rojos, corearon en la explanada la consigna: “Mao/Mao/Mao Tse-Tung”.

En los últimos días de diciembre, el CNH se escindió. De las setenta escuelas que asistieron, Ángel Verdugo convocaba a más de sesenta. Su propuesta era asumir la ideología maoísta.

¿Quién dice que la vestimenta no define la espiritualidad o virtud de los religiosos? En 1972, Carlos Garnica, hijo de obreros y obrero él mismo en Olivetti y Muebles Atlas, hoy historiador y entonces estudiante politécnico, se hizo un traje con un saco abotonado hasta el cuello y pantalones holgados, con cuatro bolsillos y cinco botones, similar al que vistió el presidente Mao Tse-Tung el 1º de octubre de 1949, cuando declaró la fundación de la República Popular China. Su traje, una especie de elegante uniforme, lo acreditaba como una especie de monje maoísta.

Carlos vivió el 68 con su camarada Nicanor Rodríguez Orduño, oaxaqueño de Matías Romero, la tierra de Demetrio Vallejo, y cuyo papá era ferrocarrilero. Cuenta que Nicanor dejó la ESIME y se fue a CENETI para hacerse ingeniero industrial. Lo recuerda como alguien claro políticamente, siempre ligado a los movimientos sociales. Desde la voca ya era muy consciente. Sabía y platicaba de la reunión del 6 de agosto del 68 que se hizo en la ESCA, donde se desconoció a José Rafael Cebreros como jefe de la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET), la filial del PRI, y lo sacaron a escupitajos. Había estado allí y en veinte re-

uniones más. Rodríguez Orduño formaba parte de los maoístas pero estaba atrás. Él recibía los materiales chinos en un apartado postal y los trasladaba a donde los activistas los recogían para su distribución. Más de cincuenta años después, seguía recibiendo la propaganda del coloso asiático.

¿Cómo fue posible que en un país sacudido y fascinado con la Revolución cubana el maoísmo cobrara tanta relevancia? ¿Cómo explicar que en una institución educativa de origen cardenista el pensamiento Mao Tse-Tung sentara sus reales?

Héctor R. de la Vega, estudiante de la Voca 3 y futuro dirigente de la OC Cajeme, asegura que en el IPN no había de otra más que ser maoísta. Y explica: “No te podías ir con los *troskos* porque, para estar con ellos, tenías que haberte chutado *El capital* completo, leído las obras completas de Trotski, tenías que estar de acuerdo con que Stalin era un asesino y un organizador de derrotas, y que la Revolución rusa había sido traicionada. Decías: ‘si para ser vanguardia necesito todo eso, no tengo interés alguno en ser vanguardia’. Y te quedas en el maoísmo.

“Lo que ellos hacen es incorporarnos a actividades que tienen que ver con servir al pueblo y construir redes sociales. Después empezaríamos a entender el mundo rural, la ciudad, pero, en lo inmediato, lo que nos interesaba es que no podíamos quedarnos en las escuelas y necesitábamos una salida”.

Severiano Sánchez, de Físico-Matemáticas, herido de bala el 10 de junio de 1971, arguye: “El estu-

diantado politécnico de esa época era sencillo en su pensamiento y expectativas de vida, más orientado a encontrar soluciones prácticas a problemas que a tener razonamientos rebuscados y complicados. Muy sensible a comprender la problemática de la clase proletaria, campesina y población popular urbana porque eran nuestras familias y vecinos con los que convivimos.

“Por ello, cuando buscábamos respuestas y teorías de revolución en la vorágine de asambleas, represión, círculos de estudio y grupos políticos con diferentes referentes teóricos que se nos acercaban, encontramos en el maoísmo planteamientos claros, directos, cercanos a nuestra realidad y de fácil comprensión, sin rebuscamiento teórico y sin poner de pretexto tener que leer y discutir mucho antes de entrar en acción.

“El maoísmo te enseña que el conocimiento nace de la acción práctica y la reflexión objetiva, pero siempre comprometido y entregado a la acción junto a las masas. Su filosofía sostiene que, para poder ser un cuadro político eficaz en la lucha proletaria, hay que ser humildes, sencillos y reeducarte en el seno de las masas. Te daba una ruta clara de integración a la lucha”.

Carlos Garnica, de la Voca 3, recuerda: “Recibíamos propaganda china. En ese momento, comprendo que hay una controversia fundamental entre la postura soviética y la china, y los chinos señalan que el camino soviético ha perdido el rumbo. El rumbo lo tiene Mao Tse-Tung. México tiene muchas situaciones que pueden parecerse a China. Un campo muy grande y un amplio campesinado. El hecho de hacer el trabajo

desde el campo tenía sentido. Asumí que, más que ir al campo, en las ciudades había que formar una organización que camine para hacer el partido que dirija una revolución. El pensamiento Mao Tse-Tung resolvía el problema de la revolución”.

Para Jesús Vargas, representante de Ciencias Biológicas al CNH, que partió a Durango, Chihuahua y Sonora a apoyar el movimiento campesino impulsado por Álvaro Ríos, organizó el movimiento por la vivienda en Durango y apoyó a los mineros de Santa Bárbara, el crecimiento del maoísmo en el IPN tiene que ver con la posición del PCM de negociar el levantamiento de la huelga. “Para nosotros era una traición. Todos los que no estaban de acuerdo se pusieron del lado de quienes eran maoístas”.

Según él, muchos politécnicos habían llegado de provincia y andaban encerrados en el mundo de las matemáticas, las máquinas y la tecnología. Para ellos, la huelga del 68 fue como salir de una cueva, respirar aire fresco. En medio del remolino de ideas, empezaron a circular los primeros textos del presidente Mao Tse-Tung y folletos que aportaban las primeras ideas del marxismo-leninismo. Llegaban de manera gratuita, junto con dos pequeños libritos de color rojo que llamaban la atención de los estudiantes de Zacatenco por lo bonito del encuadernado y la facilidad para leerlos: las *Citas de Mao* y otro librito muy parecido en el que se exponían las *Cinco Tesis Filosóficas* de la Revolución china. A través del Movimiento Marxista Leninista mexicano, se hizo más intensa la distribución de los materiales.

“Los estudiantes buscaban estos libros. De igual manera se interesaban por unos folletos de aproximadamente cincuenta páginas, titulados *Gran revolución cultural socialista de China*. Estas publicaciones explicaban el origen y los objetivos de la Revolución Cultural, así como la justificación teórica del gran movimiento que desde 1966 estaban protagonizando los jóvenes de China. Se trataba de un tema apasionante por el contenido radical y porque en cierta forma respondía a las inquietudes de los estudiantes vanguardistas del Politécnico, que ya se habían convencido de que en México se necesitaba una revolución socialista.”

Centenares, si no es que miles de jóvenes politécnicos, modificaron su horizonte profesional y de vida entre 1968 y 1973, y se incorporaron a fábricas, barrios y ejido, para organizar desde abajo al pueblo en la ruta de hacer una revolución socialista. Como dijo Guillermo Palacio: “Después del 68 ya no pudimos ser indiferentes. Nuestra vida ya no pudo ser la de un estudiante normal. Teníamos que buscar caminos nuevos para seguir luchando”. Y lo encontraron fundiéndose con el pueblo. El maoísmo fue su inspiración y su guía de acción.

## **Domingos rojos**

¡Pumba! ¡Pumba! ¡Pumba! Los mazos golpean el muro de un largo salón de actos, que separa dos aulas de la Escuela Benito Juárez del centro escolar de la colonia Tierra y Libertad, en Monterrey, Nuevo León. Extrao-

ficialmente se conoce como La Zapata. Los anfitriones buscan así habilitar un auditorio en que quepan los activistas llegados de unos 20 estados de la República, para la reunión de la Coordinadora Línea de Masas, conocida como Colima.

Inesperadamente, llegaron al evento muchos más delegados de los programados. Y los salones escolares resultaron pequeños. Eran, literalmente, centenares de militantes de organizaciones maoístas que buscaban en esa reunión debatir su unidad en el embrión de un partido político revolucionario Línea de masas para luchar por el socialismo.

La colonia nació en marzo de 1973. Pertenecía a un enorme organismo de masas que tuvo sus orígenes en 1971, pero se fundó oficialmente en 1976, en las faldas del cerro de Topo Chico, promovido por Política Popular, llamado Frente Popular Tierra y Libertad. Participaban allí miles de posesionarios, colonos, inquilinos, obreros, pequeños comerciantes, chóferes, artesanos y campesinos.

Al igual que Tierra y Libertad, cada una de las islas del archipiélago Colima tenía tras de sí una larga historia de participación en luchas populares llenas de significado. Por ejemplo, la seccional Ho Chi Minh, nacida de los restos de la Liga Comunista Espartaco (LCE), también conocida como *organización de los pobres*, había celebrado en 1977, en una casa de Rubén Jaramillo, en Cuautla, un encuentro para reorientar su trabajo y dejar de lado la relación con grupos político-militares. Algunos de sus dirigentes se encontraban en la cárcel

por su cercanía con Lucio Cabañas. Al arrancar el encuentro, que duraría tres días y en el que los asistentes se alimentaron de tacos de cebolla guisada y durmieron sobre costales en el suelo, una buena parte del último estado mayor jaramillista les dio la bienvenida.

En el acto de la Colima también estaba presente la Organización Revolucionaria Compañero (ORC), probablemente el más ortodoxo de los agrupamientos presentes, igualmente heredera de la LCE, con un relevante trabajo en las zonas industriales de Naucalpan, la corriente democrática del sindicato de telefonistas, el Movimiento Urbano Popular Del Valle de México y las luchas estudiantiles por la autogestión.

En 1974 se había fundado el Frente Popular de Zacatecas, impulsado por lo que poco después sería el Movimiento Obrero Campesino Estudiantil Revolucionario (Mocer). Desde su surgimiento hasta 1989, ocupó decenas de miles de hectáreas en 24 invasiones contra grandes latifundios, organizó colectivamente la producción campesina, gestionó servicios para decenas de colonias populares e impulsó la democratización de la universidad.

La iniciativa de la Colima, en la que participaron otros grupos provenientes de Política Popular, como el Comité de Defensa Popular de Durango, y fuerzas como Comisiones Obreras y comités de lucha del IPN, tenía como telón de fondo la reforma política que legalizó al Partido Comunista Mexicano, y buscaba contener la presencia de la izquierda extraparlamentaria en el tablero nacional. En parte, para sortear lo que veía

como una trampa electorera, la Colima promovió (junto a otros proyectos) grandes convergencias de masas como la Conamup, la CNPA y se sumó a la CNTE.

La falta de acuerdo sobre participar electoralmente fue un impedimento para que los integrantes de Colima se incorporaran unificadamente a un proyecto partidario. De un lado, la Ho, Línea de Masas y el Mocer, junto al colectivo espartaquista de Enrique González Rojo, grupos obreros auspiciados por el sacerdote Rafael Escamilla y equipos provenientes de la Organización Comunista Cajeme fundaron, en la colonia San Miguel Teotongo, en febrero de 1982, hace más de 40 años, la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM). Del otro, Compañero formó el Movimiento Revolucionario del Pueblo.

La OIR privilegió la construcción de organizaciones autónomas de masas y la autogestión. Más allá de sus méritos en levantar una fuerza social contestataria, la cuestión electoral fue un verdadero dolor de cabeza que nunca pudo resolver adecuadamente. Tampoco se sumó decididamente a la lucha por la presentación de los desaparecidos políticos, ni enfrentó el reto de generar una cultura alternativa, ni entendió cabalmente el desafío feminista.

Entre 1982 y 1989, la OIR creció significativamente en los movimientos populares, impulsando la movilización por sus demandas y la autogestión. No se consideraba partido, sino protopartido. Sus ejes eran la lucha clasista, el poder popular y el internacionalismo. Cuando en el marco de las elecciones presidenciales

del 88, el cardenismo precipitó una vigorosa movilización ciudadana que provocó que la propuesta de la OIR fue barrida. Apenas sobrevivió unos meses más.

Ante el naufragio, sus militantes se reagruparon de distintas maneras. Unos se integraron al Partido de la Revolución Democrática (y hoy a Morena), otros formaron el Partido del Trabajo y algunos más quedaron en movimientos populares. No pocos abandonaron la militancia. Sin embargo, la OIR como proyecto partidario autónomo había llegado a su fin.

En muchas de las organizaciones sociales de esta corriente, era común que los domingos se efectuaran faenas solidarias para levantar obras o cosechas o introducir servicios. El producto final de esas jornadas pertenecía a la colectividad. Nadie podía reclamarlo como suyo. Eran del colectivo. Su herencia es, como la de esos domingos rojos: de todos y de nadie.

## **CAPÍTULO IV**

### **Intermedio magisterial**

#### **Magisterio, buscar en las sombras**

El maoísmo arraigó en el magisterio mexicano, como corriente de pensamiento y acción política, desde el momento de la pugna chino-soviética en 1963. A partir de entonces, con más o menos incidencia, ha mantenido hasta hoy su influencia entre los profesores democráticos.

No es inusual. Como señala Tanalís Padilla, en la misma China, los docentes rurales llevaron el pensamiento Mao Tse-Tung a muchas partes del campo. En países como Perú, la relación entre ambos ha sido muy estrecha. Según Alan Ángel (1982), “los maestros peruanos como todo, votan por y siguen al liderazgo maoísta porque su frustración social, política y ocupacional está mejor expresada por éste que por cualquier otro grupo; porque la oposición a la reforma educativa del gobierno fue encabezada por maoístas; y porque los dirigentes maoístas parecen estar en mejor posición para alcanzar las demandas salariales y de trabajo de los maestros”.

La difusión original del pensamiento de Mao y las posiciones del Partido Comunista Chino entre los

trabajadores de la educación mexicanos abreva de dos vertientes relevantes, que terminaron convergiendo. Por un lado, del grupo del profesor Edelmiro Maldonado, Camilo Chávez, Tereso González y Samuel López del Partido Comunista Mexicano (PCM), promotores de la línea prochina, expulsados por ello del partido en diciembre de 1963. Edelmiro –como recuerda Juan López Pérez en su tesis “Familia y militancia política: el caso de los Maldonado Arenal”– dio vida, a su regreso a Monterrey, Nuevo León, al grupo Amigos por China.

El segundo afluente, donde participa de manera relevante el maestro Rubelio Fernández Dorado, lo integran disidentes othonistas que militaron en el Frente Obrero Comunista Mexicano y, posteriormente, en la Liga Comunista Espartaco (LCE).

Con el movimiento estudiantil-popular de 1968, la reanimación de la lucha magisterial, el surgimiento de organizaciones abiertamente prochinas, como el Movimiento Marxista Leninista mexicano (*mamelucos*) y el Partido Revolucionario del Proletariado Mexicano, y la implosión de la LCE, el maoísmo renovó bríos y presencia a escala nacional. Los educadores no fueron la excepción. Entre muchas expresiones, en la Escuela Nacional de Maestros surgió el grupo Servir al Pueblo, integrado por Leticia Ramírez y Noé García.

Vientos de lucha emancipatoria soplaban por doquier. Vietnam resistía la agresiones estadounidenses. Los No Alineados avanzaban en África. La revolución cubana iluminaba las gestas de liberación nacional en América Latina. Persistía el eco de la Revolución

Cultural China. En Perú se formó el Sindicato Unitario de Trabajadores de la Educación.

El 13 de diciembre de 1972, al calor de movilizaciones populares, impulsado por los profesores Rubelio y Edelmiro, se fundó el Frente Magisterial Independiente Nacional (FMIN), clave en el encuentro entre maoísmo, protestas docentes y defensa del normalismo. Su nacimiento tenía como trasfondo un paro magisterial exitoso y la realización de una asamblea de balance con 500 representantes delegacionales. Un año después aprobó su programa y declaración de principios. Actualmente, tiene como guía ideológica el marxismo-leninismo-maoísmo.

En el número 1 de *Educador Socialista*, órgano del FMIN, publicado en papel revolución en agosto de 1974, se anunció su nacimiento, “para superar la dispersión y aislamiento, y ubicar las luchas del magisterio dentro del proceso consciente de las luchas de los trabajadores mexicanos por el socialismo”. Su nombre –explican los editores– responde a su objetivo central: establecer el socialismo en México y la formación de maestros socialistas. Su precio (a manera de cooperación) era un peso.

El FMIN promovió la formación de las Normales Populares Rubén Jaramillo (después Emiliano Zapata), en la Ciudad de México, y Salvador Allende, en Monterrey. Allí estudiaban para maestros jóvenes que no alcanzaban lugar en las escuelas oficiales. Al egresar, luchaban por una plaza para trabajar. Fue muy relevante en la exitosa huelga de 63 días, en 1976, que desembocó

en la democratización de la Normal Superior de México. Acompañó la lucha del Frente Nacional de Escuelas Normales, integrado por 14 centros de formación magisterial, que logró el reconocimiento de la Normal Superior de la Laguna y los Cursos Intensivos de Oaxaca.

Organizó escuelas de formación de marxismo, círculos de estudio de maoísmo y escuelas de capacitación político-sindical. De sus filas han surgido decenas de dirigentes magisteriales democráticos, claves en la construcción de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (de la que el FMIN fue fundador), como Ramón Couoh, Teodoro Palomino y José Altamirano. Acompañó la lucha de la Unión Popular de Vendedores Ambulantes 28 de Octubre, en Puebla, y el Movimiento de Unificación y Lucha Triqui.

Entre otras iniciativas, participó en la Organización Nacional de Cuadros Camilo Chávez, agrupación de organizaciones de masas maoístas. Fue parte del Frente Anti Farsa Electoral. Acompañó las protestas de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca. Organizó el Congreso de Escuelas Normales en la Normal Superior de Chiapas. Nunca ha abandonado su compromiso internacionalista.

El 10 de diciembre, el FMIN celebró 50 años de vida y rindió un homenaje al profesor Rubelio Fernández. Escribió el poeta guatemalteco Otto René Castillo: “Y si busca en la sombra / que cubre nuestro país / siempre encontrará / compañeros / que le darán un puñado de luz / para sus ojos, / y le asignarán su puesto / en la lucha de todos”. A lo largo de cinco décadas, ha

talacheado en las sombras y ha ganado un puesto en la lucha de todos.

### **Amadeo Velasco Tobón y las aventuras del Corsario**

El profesor Amadeo Velasco Tobón fue director de la Secundaria 110 Máximo Gorki, en las faldas del cerro del Chiquihuite, de 1994 a 2005. Aunque el autor de *La madre murió* en 1936, al llegar a la escuela, Tobón le escribió una carta en la que le dijo que ya lo conocía a través de sus libros y le solicitó su autorización para navegar en el mar de la Esperanza a bordo del buque Corsario y desembarcar en el puerto de la Sabiduría, después de enfrentar la ignorancia, la maldad, los prejuicios y los antivalores.

Gorki respondió y le autorizó a realizar la travesía. Profesor y escritor comenzaron entonces a cartearse. El director de la secundaria le contaba en sus misivas lo que sucedía en la escuela y su empeño por honrar la máxima gorkiana de venir al mundo para que un día nazca un hombre mejor. Los alumnos de la 110 se entusiasmaron con la correspondencia.

Cartearse con el autor de *Los bajos fondos* sobre las aventuras de Corsario fue parte de su propuesta de educación alternativa. Convencido de que, a través de la educación puede lograrse un cambio de mentalidad, y de que hay que promover una escuela en movimiento (y no sólo activa), puso en marcha un plan pedagógico interdisciplinario, inspirado, tanto en un nuevo proyecto de nación como en la recuperación del espíritu

comunitario de nuestros antepasados. Aterrizó en las semanas temáticas: social, científica, cultural, deportiva. En ellas, los alumnos acompañaban las jornadas de aprendizaje con canto, declamación y baile. Arrancó con la semana social un 14 de febrero, en el que cada estudiante llevó a su aula una flor. “Ese día –cuenta el profesor– la escuela floreció”.

De abuelo zapatista, el profe Amador nació en 1936, en el municipio Tepeji de los Reyes, Puebla, en una familia campesina. Quedó huérfano de padre a los 12 años. Cursó quinto y sexto de primaria en el internado de Teziutlán. Su mamá deseaba que él fuera cantor de iglesia. Sin embargo, desde muy pequeño, él supo que lo suyo era ser maestro y director de escuela. “Fue una idea –narra– que me inculcó el director de la primaria”. El profesor Eduardo lo recomendó para que su hijo lo orientara sobre cómo ingresar a la Nacional de Maestros, en la Ciudad de México. Y puso manos a la obra.

En 1954 viajó al DF. Le dieron como referencia para localizar la escuela, la torre de la Normal. Así que, al bajar del camión y ver una torre, caminó hacia ella. Craso error. Resultó ser la Torre Latinoamericana. Igual, el joven Tobón llegó tarde y no pudo presentar el examen de admisión. No fue el único. Había varios muchachos de provincia en esas condiciones. Juntos, presionaron para se hiciera una nueva prueba. Lo lograron.

Tobón recuerda orgulloso: “Pude entrar. Qué bellas cosas viví en la institución. Había comedor y dónde dormir. Estábamos muy bien. Teníamos una beca de 80

pesos. A fin de año nos daban un vale para ropa. Estaba digno. Fue una época muy bonita, que nos hizo ver otro mundo en el que se podía vivir bien, con ideales”. En 1954 participó en su primera manifestación, en solidaridad con el pueblo de Guatemala por el golpe militar auspiciado por Estados Unidos contra Jacobo Árbenz.

En 1958 apoyó la Guardia Permanente en la SEP, del Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM), de Othón Salazar, junto a compañeros como Emilio García y Vicente Estrada. Un año después, salió de la Nacional de Maestros, entró a trabajar e ingresó a la Normal Superior.

El presidente Adolfo López Mateos publicó un decreto en 1960, que decía “que los que habíamos disfrutado de becas teníamos que devolver lo que nos dieron. Hicimos un movimiento. En ese decreto también se estableció que fuéramos a hacer el servicio social. Dijimos: no nos oponemos, pero queremos que, primero, se resuelva la falta de docentes en el Distrito Federal. Levantamos un censo y demostramos que se necesitaban profesores en la ciudad”.

Ese año, el MRM convocó a un paro indefinido, exigiendo la restitución de la dirección sindical de la sección 9, nombrada en 1958. El movimiento terminó en desbandada, represión y ceses.

Tobón se relacionó con militantes del Partido Comunista Mexicano, como Martín Reyes, que dejaron el organismo político y fundaron, en 1966, la Liga Comunista Espartaco (LCE). El educador fue parte de los grupos de estudio de esta organización.

Recuerda él: “Cuando se dan las contradicciones con China y Rusia, en 1963, los círculos de estudio que teníamos se convirtieron en maoístas. Yo sostenía, como otros, que de las masas dependía el movimiento. Con las obras de Mao el movimiento se enriqueció, y nosotros también. Nuestro pensamiento, que era marxista, se fue reubicando en el maoísmo. Nos parecía más práctico, le entendíamos más. Nos cayó como anillo al dedo”. En febrero de este año, le pregunté: ¿Sigue usted siendo maoísta? –¡Por supuesto! –respondió.

Participante en el movimiento estudiantil-popular de 1968, militó en el Comité Coordinador de Lucha Magisterial, que impulsó la lucha paralela por democracia sindical y aumento salarial. En 1972, fue parte del núcleo de ocho militantes que dieron vida, en San Gregorio, Xochimilco, a lo que sería la Organización Revolucionaria Compañero, sobre la que Roberto Rico y Rodrigo Moreno han escrito excelentes trabajos. Fue fundador de la CNTE. Estuvo en la comisión negociadora de la coordinadora durante la Primavera Magisterial de 1989, y se integró a la sección 10.

Siempre vestido con un sencillo saco, en su labor docente Amador Velasco Tobón enseñó bajo del principio de que “antes de hacer sabios a los hombres, hay que hacerlos buenos”. Su experiencia muestra, como postula la CNTE, que “la educación alternativa se hace en los territorios, no en los escritorios”. A sus 90 años, sigue lúcido e involucrado en la lucha por un México más justo.

## Rubelio Fernández, maestro de maestros

Cuando en 1979 estalló la insurgencia magisterial en el país, un profesor despedido desempeñó un papel fundamental en descifrar sus claves, sistematizar su experiencia y trazar el rumbo a seguir. Él era uno de los vasos comunicantes entre la lucha magisterial de 1956-60, la resistencia de los años 70 y el ascenso iniciado en 1979. Su nombre es Rubelio Fernández Dorado.

En su biografía se cruzan más de 60 años de lucha docente y 55 de una parte del maoísmo mexicano. Fundador de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), dirigente –junto con el profesor Edelmiro Maldonado– de una prolífica incubadora de líderes nacida en 1972 y bautizada como Frente Magisterial Independiente Nacional (FMIN), Rubelio recorrió durante años escuelas de todo el país, especialmente del sureste. Incansable, dio conferencias, impartió cursos de formación político-sindical, trazó orientaciones y elaboró documentos sobre la lucha docente y la emancipación proletaria.

Referencia política real en la Coordinadora, siempre respetó los acuerdos de las bases magisteriales, aunque difiriera de ellos. A diferencia de otros líderes de corrientes político-sindicales que intentaron negociar con funcionarios de gobierno a nombre del movimiento, el profesor Fernández nunca suplantó a las representaciones legítimas de los maestros en los estados. Más aún, rehuyó el trato con el poder como si fuera la peste.

Rubelio nació el 26 de marzo de 1939 en Guadalajara, Jalisco. Sus papás, Emilia Dorado Baltazar y León Fernández Caudillo, eran maestros militantes del Partido Comunista Mexicano (PCM). Estudiante en el internado de Nayarit, se vino a vivir con su padre a la Ciudad de México con 13 o 14 años de edad. Ingresó a la Escuela Secundaria Anexa a la Normal Superior, y conoció al profesor Othón Salazar, quien se convirtió en su mentor político. Fue el primer secretario general estudiantil de esa escuela. Expulsado de allí por defender a unos muchachos que se robaron unas plumas, entró a la Nacional de Maestros y cursó la carrera docente.

El joven Fernández llegó a la Nacional de Maestros cuando la escuela estaba controlada por el grupo de los guerrerenses. Ellos manejaban el internado y el comedor. “Nos tocó enfrentar esas bandas hasta derrotarlos”, explica. Fue secretario general de la escuela y participó en tres huelgas; en una de ellas el Ejército tomó la Normal.

Rubelio fue el último estudiante de su generación en recibir plaza. Tenía tres días de maestro de banquillo cuando estalló el paro de la sección 9, a la que pertenecía. Sin dudarlo se incorporó al movimiento. Su cese fue automático. Fue reinstalado 13 años después. Entre tanto se incorporó activamente a las filas del Movimiento Revolucionario del Magisterio, donde militó hasta que Othón Salazar se incorporó de lleno al PCM y a la campaña presidencial de Ramón Danzós Palomino. En ese momento rompió con ellos.

Rubelio se formó políticamente con su padre. Convencido de las virtudes didácticas de la lucha de

ideas, lo puso a debatir con Víctor Hugo Bolaños, mayor que él, sobre idealismo y materialismo. Se zambulló entonces por primera ocasión en las aguas turbulentas del marxismo. Como preparación para el combate leyó *Materialismo y empiriocriticismo*, de Lenin. “Fue un problema tremendo poder entender todo aquello”, cuenta.

Simultáneamente a su actividad sindical, se embarcó en la formación de varias organizaciones revolucionarias. Antes de su ruptura con el maestro Othón, junto con él y otros maestros democráticos, dirigentes obreros y jaramillistas participó en la construcción de una formación político-militar de corte socialista. Fue parte del Movimiento Insurgente Popular Cuauhtémoc, del Movimiento de Independencia Sindical, de la Unión Revolucionaria Obrero Campesina y de la Liga Comunista Espartaco (LCE), en la que fue responsable de su seccional magisterial.

La Liga tuvo un papel clave en la formación de los coco en el magisterio de la Ciudad de México, articuladores de la resistencia docente contra el charrismo del SNTE a finales de la década de los 60 y comienzos de la de los 70, y promotores del comité de lucha de la Normal Superior.

El profesor Fernández se opuso a la disolución de la LCE y, junto con Refugio González –quien después fundaría la Organización Comunista Cajeme–, trató de mantenerla viva. Conoció entonces a Camilo Chávez, Tereso González y Edelmiro Maldonado, expulsados del PCM en 1963 por sus posiciones prochinanas y se sumó a la tesis de la necesidad de reconstituir el Partido Comunista.

A partir de 1972, se dedicó en cuerpo y alma al FMIN. Acompañó la lucha alrededor de la demanda de 105 pesos hora/semana/mes, por expulsar a los charros de los tres cursos matutinos de la Normal Superior, a favor de una reforma educativa democrática y por la elección del director. El derecho a elaborar la reforma se ganó después de una huelga de 62 días en 1976. Al calor de estas movilizaciones y de la organización de círculos de estudio en CDMX, Puebla, Oaxaca, Nayarit, La Laguna, Chiapas, Valle de México y Monterrey se formaron muchos otros dirigentes que, años después, serían claves en la formación de la CNTE. Fue, además, fundador de la Normal Popular Rubén Jaramillo.

Si algo ha sido Rubelio Fernández a lo largo de toda su vida es un formador de docentes. No en balde, el periódico del FMIN fue bautizado como *El educador socialista*. Polémico, maoísta hasta la médula, congruente, sigue siendo un maestro de maestros.

### **Vicente Estrada, jaramillismo y pobrismo cabañista**

El mariachi acompaña al cortejo fúnebre que marcha a depositar en su última morada los restos mortales del profesor Vicente Estrada Vega. Toca *Por los caminos del sur*. Familiares, compañeros y amigos cargan sobre sus hombros el ataúd del legendario jaramillista por adopción. Otros caminan con decenas de sencillos y bellos arreglos florales en sus manos.

Antes de que los empleados de los servicios fúnebres comiencen a echar paletadas de tierra sobre la

caja, hermanos y camaradas lo recuerdan con breves y emotivas palabras. Su viuda, la maestra María Teresa Franco coloca, como últimos adiós, una rosa blanca sobre su féretro. En esa flor en la caja de madera se sintetiza el enorme amor y respeto que se tuvieron desde que juntaron sus vidas, a pesar de ser tan distintos el uno de la otra. Ella, devota de su fe católica. Él, maoísta.

Cerca del final de sus días, cuando la enfermedad avanzaba y era evidente que sus fuerzas no daban para más, Andrés, César, Dionisio o Jorge (cuatro de sus nombres de batalla) le preguntó a la maestra Tere, con quien vivió clandestinidad, persecución política, carencias y represión: “¿Lo volverías a hacer?” Ella le respondió: “¡Con los ojos cerrados!” Y añadió: “Aun con el campo militar número 1”, en alusión a la temporada en el infierno que vivieron juntos, desaparecidos y torturados.

Uno de los oradores en el sepelio, un hombre de campo, señala al cielo y explica que el cuerpo que se va a enterrar no es ya Vicente, porque él está allá arriba, junto a Lucio Cabañas, Rubén Jaramillo y Genaro Vázquez, organizando nuevas luchas.

Francisco González, su camarada desde 1965, cuando se juntaron para fundar la Liga Comunista Espartaco (LCE), le narra a la multitud, con la garganta anudada y lágrimas en los ojos, las veces que se jugaron juntos la vida. “Hay –dice– dos tipos de hermanos. Los biológicos y los que une escoge. Vicente fue mi hermano por elección”.

Dionisio nació en Taxco. Fue el mayor de una familia de padre minero que murió de silicosis. Creció

entre socavones, escuchando la tos seca de los condenados a morir, y respirando los hedores de los jales infestados de cianuro. A pesar de las riquezas que extraían de las entrañas de aquellos cerros, la región era tan pobre que no había barbechos, sino puros tlacoles.

Rumbo a su primaria, junto a su hermano Sebastián, llenaba sus pulmones del aroma de los guayabos, nísperos y arrayanes que bordeaban el camino. Esas fragancias lo acompañaron toda su vida, incluyendo su estadía en la Normal Rural de Ayotzinapa. Siempre recordaba el olor de los campos de cilantro, guayaba y mango de su escuela, la vista de los volcanes y el chorro de agua cayendo en la espalda.

Nunca abandonó el gusto por los efluvios de la tierra y el placer de trabajarla con sus manos. No son pocos los campesinos que le reconocen haberles enseñado a sembrar nuevos cultivos. Se dedicó a ello, incluso en el Reclusorio Oriente, junto con presos políticos y comunes. Jorge encontró en esa hortaliza colectiva y en un taller de talabartería tras las rejas, motivos de orgullo.

Gracias a su tío Moisés, él y Sebastián terminaron la primaria en el internado número 21 Adolfo Cienfuegos, en Tixtla. Cuando su maestra se enteró de que partían, les pidió que se pusieran de pie y le explicó al resto de sus alumnos: “Estos niños que están aquí van a ser grandes personas, porque tienen la oportunidad de estudiar. Despídanlos con un aplauso”.

Después de Ayotzinapa. Vicente partió a terminar la carrera magisterial en la Nacional de Maestros

en la Ciudad de México y se volvió othonista. Dio clases en una primaria de San Mateo Tlaltenango y tuvo el honor de estar entre los primeros 100 profes a los que les rescindieron el contrato por participar en el Movimiento Revolucionario del Magisterio. Estuvo cesado cuatro años y nunca dejó colgados a los padres de familia.

El maoísmo le dio una línea de acción, servir al pueblo fue su credo, y la Larga Marcha fuente de inspiración. Militó en la seccional ferrocarrilera de la Liga Comunista Espartaco y se volvió Andrés, compañero del alma de Francisco González. Años después, al convertir la cárcel en escuela y pasar allí la época más completa de su vida, encontró aliento en *Las cartas del sur* de los vietnamitas. Igual, Fidel Castro y la revolución cubana le parecían una chulada.

Estudió también en Economía en la UNAM. Y ya encarrerado, se volvió revolucionario profesional en la Seccional Ho Chi Minh. Fue figura central de los maoístas mexicanos. Muchos de los movimientos populares que son el principal legado de esta corriente son producto del encuentro entre viejos sujetos sociales y actores políticos inspirados en la Revolución china.

Como si fueran ríos subterráneos, en la historia profunda del país corren caudalosas expresiones de resistencia popular que, de cuando en cuando, afloran a la superficie en forma de vigorosas insurgencias plebeyas. Esas protestas deletrean un alfabeto político aprendido en sus luchas previas, al que se suman aportaciones como las de Vicente. De esta fusión surgieron tramas asociativas que llevaron a los movimientos más allá de las periferias en las que emergieron.

El jaramillismo no fue sólo continuación del viejo zapatismo, sino punto de encuentro entre el agrarismo sureño y las modernas guerrillas socialistas. Proveniente de la lucha othonista y sus derivaciones maoístas, Vicente Estrada (junto con Emilio García y don Félix Serdán) reorganizó el jaramillismo después del asesinato de su líder. Fue, también, artífice de la convergencia de éste con el pobrismo de Lucio Cabañas.

El 24 y 25 de febrero de 1973, en una reunión clandestina de 60 militantes en Puebla, se aprobó el documento “La organización de los pobres” o *folleto verde*, que orientó el trabajo de la seccional Ho Chi Minh varios años. Fue redactado por Vicente, Emilio y Rigoberto Lorence. El primero en firmarlo fue Miguel, seudónimo de Lucio Cabañas.

Dionisio cayó en la cárcel en 1974. Al salir, cuatro años después, siguió sobre sus pasos. Organizó campesinos, exigió el esclarecimiento de los crímenes de la guerra sucia y aprovechó cuanta grieta encontró para luchar por el socialismo. En entrevista con este diario el año pasado, Rubicela Morelos le preguntó si aún se necesitaba la transformación por la que él y Lucio lucharon y soñaron. Respondió: “Totalmente. Está mal (este gobierno), porque siguen moviéndose dentro de un programa neoliberal. No están haciendo (los) cambios que son los que necesitan para que la situación sea mejor para los pueblos pobres”.

Es 24 de enero, pasadas las 4 de la tarde. El funeral de Vicente concluye. Con el sol a plomo, el mariachi calla y los dolientes lloran y se abrazan. Su ataúd se

adentra bajo el suelo. Un inmenso mar de crisantemos, rosas blancas y lirios lo despiden con su fragancia, mezclada con el de la tierra húmeda.

### **Plutarco Emilio García, la senda de Rubén**

“A ver, de México, Plutarco García, ¿qué nos tiene qué decir?”, preguntó el presidente venezolano Hugo Chávez, en el programa de televisión *Aló presidente*, al dirigente campesino. El dirigente de la Unión de Pueblos de Morelos (UPM) le respondió con un pequeño informe sobre los trabajos del Foro Internacional de Historiadores Los Hombres a Caballo, que acababa de concluir en Caracas, el 6 de febrero de 2010.

El niño pobre de Sabaneta que llegó a mandatario, lo interrogó: “¿Tú no te sabes corridos de Pancho Villa? Son sabrosos. ¡Pancho Villa, el único latinoamericano que invadió Estados Unidos! ¡Viva Pancho Villa! ¡Viva Emiliano Zapata! ¡Somos soldados de Pancho Villa!”

Emilio comenzó entonces a cantar a capela, con buena voz y entonación, *La persecución de Villa*: “Patria México, febrero 23, / dejó Carranza pasar americanos: / 2 mil soldados, 200 aeroplanos, / buscando a Villa, queriéndolo matar”.

Y como si fuera una película mexicana de charros cantores, Chávez le reviró interpretando un fragmento de Valentín de la Sierra. Plutarco le hizo segunda hasta que el presidente remató el amistoso duelo.

El episodio venezolano no fue el único en el que el fundador de la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA) demostró que no canta mal las rancheras. En la

gira a Canadá y Europa que realizó junto a integrantes de movimientos sociales en 1986, desplegó sus dotes de trovador. Entre las rolas más celebradas por sus audiencias estaban los corridos a Rubén Jaramillo, de José de Molina, y “El Mión”.

El tiempo ha pasado. El 28 de junio de 2025, Plutarco, conocido como Emilio, Isauro y “El calmas”, cumplió 86 años. Nacido prácticamente en la selva, es el mayor de una familia campesina pobre de 13 hermanos de El Ocotillo, Tecpan, Guerrero.

La historia de los García (siete mujeres y seis varones), parece sacada de una novela. Todos los vástagos, salvo una, son profesionistas: maestros, economistas, abogados, médicos e ingenieros agrónomos. Emilio fue para ellos, un segundo padre. Varios son promotores rurales de proyectos autogestivos. Alejo (fallecido en 2016), normalista, abogado e historiador, fue responsable de imprimir la propaganda de la Liga Comunista Espartaco (LCE).

Arturo, líder campesino de la Costa Grande, recuerda cómo, cuando él tenía seis años, su carnal llegaba a su comunidad con ejemplares de *El libro rojo*, de Mao Tse-Tung, y la revista *Pekín Informa*. Y su hermano Salomón, acupunturista quien trabajó muchos años en labores sanitarias con pequeños caficultores por los caminos del sur, y escribió un diccionario espectacular sobre las jergas y los modismos del español hablado en Guerrero, rememora cómo Emilio, ya militante maoísta clandestino, llegaba al pueblo con hasta 10 personas, para practicar “cacería”. Los forasteros les obsequia-

ban cuentos chinos, con los que aprendieron a leer, y soldaditos de madera a los que mataban con canicas.

Isauro entró a estudiar a la Normal Rural de Ayotzinapa en 1962. Allí conoció a Vicente Estrada Vega, su compañero de aventuras políticas durante más de 30 años. Siguió sus estudios en la Escuela Nacional de Maestros. Fue parte del Movimiento Revolucionario del Magisterio. Por su participación en el paro del 10 de junio de 1960 y la guardia permanente, fue cesado por cinco años, y reinstalado hasta 1965.

Militante maoísta, recibió en 1966 en su escuela, la primaria Lázaro Cárdenas, en Iztapalapa, a funcionarios del gobierno chino y a la doctora Esther Chapa. Como parte de esta corriente política, militó en el Partido Revolucionario del Proletariado, la LCE, la Seccional Ho Chi Minh (con figuras como Francisco González, Félix Serdán y Joel Aquino) y la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas.

Anímica y políticamente ligado al jaramillismo, participó en su reconstitución. Estuvo cerca de iniciativas conjuntas con Política Popular, el MMLM y Cajeme. Junto a Tatiana Colly y Rosalinda Monzón fue responsable de la publicación *Lucha popular*. Apoyó a Lucio Cabañas. Junto a Rigoberto Lorence y Vicente Estrada elaboró el folleto verde, con el título *La organización de los pobres*, texto clave para la izquierda impulsora de movimientos populares independientes desde abajo.

Entre 1972 y 1978 vivió en la clandestinidad. En su trabajo organizativo, recorrió el país, aunque se concentró en Morelos, Veracruz, Oaxaca y Puebla. La Ley

de Amnistía de José López Portillo para perseguidos por causas políticas, y el cambio de orientación de la Ho, que puso el acento de su intervención política en la construcción de organizaciones autónomas de masas sobre las actividades conspirativas, y en la alianza con agrupamientos Línea de Masas sobre destacamentos político-militares, le facilitó participar en la fundación de la CNPA y la UPM (con viejos jaramillistas).

De 1982 a comienzos de los 90 fue parte del Equipo Pueblo, ONG fundada por el dominico Álex Morelli, nacida al calor de la teología de la liberación, dedicada a la educación y comunicación popular. Fue, también, evaluador de proyectos de una agencia de cooperación internacional de desarrollo.

Emilio ha publicado 10 libros. Su autobiografía, *Memoria en el tiempo y un poco de historia*, recupera pasajes de la lucha campirana, el normalismo y la izquierda y la forma en que el maoísmo en nuestro país se ligó con las aguas profundas del zapatismo morelense y el jaramillismo. Mucho de su tiempo y esfuerzos, los ha dedicado a la formación de cuadros campesinos y a la sistematización de sus luchas.

En 1997 entró a la política institucional: fue electo diputado a la LVII Legislatura, a la que llegó como candidato externo del PRD. Entre 2018 y 2024 fue director en jefe del Registro Agrario Nacional.

Plutarco considera que el honor y la dignidad son los valores más excelsos del ser humano. Ser como “un actor social comprometido y fiel a sus ideales”. Entre otras muchas cosas, tiene sobre sus hombros, ser el

punto entre la herencia jaramillista y el nuevo movimiento campesino.

## **El camarada Antonio**

Un infarto cardíaco segó la vida de Antonio Martínez el domingo 4 de julio de 2010. Figura central del maoísmo mexicano durante dos décadas, fue un tenaz organizador de base, asesor de múltiples movimientos populares, estratega revolucionario y dirigente nacional en la sombra; más que verse, su influencia política se sentía. Maestro normalista y licenciado en economía, profesor de historia y ciencias sociales del plantel Oriente del Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) de la UNAM, murió siendo el comunista que fue durante toda su vida adulta.

Antonio nació el 27 de mayo de 1944 en Huajuapán de León, Oaxaca. Hijo de campesinos, durante parte de su niñez habló mixteco. A los seis años llegó a la Ciudad de México con su madre y sus hermanos. Estudió normalismo en la Escuela Nacional de Maestros. Comenzó a trabajar como profesor de primaria en 1964. Estudió en la Preparatoria número 1, luego economía en la Escuela Nacional de Economía de la UNAM (posteriormente facultad). Allí lo agarró el movimiento estudiantil de 1968. Vivió en la colonia Moctezuma.

Antonio fue integrante de la Liga Comunista Espartaco (LCE), la organización maoísta más importante de finales de la década de 1960. En ella tomó como nombre de batalla el de Tomás. Participó activamente en su seccional magisterial, que luchaba por la

democratización del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación. En septiembre de 1968 fue cesado con otros maestros, entre los que se encontraban Jesús Martín del Campo y Pedro Estrada.

El camarada Tomás se convirtió en esos años en un activista de tiempo completo. Junto a Jesús Martín del Campo visitó Chihuahua para solidarizarse con los trabajadores de la educación de la sección 8 y las normales rurales del país. El normalismo rural se encontraba en aquellos años bajo acoso, pues el gobierno de Díaz Ordaz ordenó cerrar 14 de las 29 escuelas existentes, por considerarlas un nido de subversivos. Perseguido político, pasó un tiempo en Monterrey, donde estableció una estrecha relación política con Edelmiro Maldonado, un viejo militante comunista que había roto con el Partido Comunista Mexicano, atraído por las posiciones de los comunistas chinos.

Disuelta la LCE, Antonio fundó en 1972 la Organización Revolucionaria Compañero (ORC), desde donde promovió la formación de cuadros a través de círculos de estudio de marxismo-leninismo pensamiento Mao Tse-Tung y del análisis de la realidad nacional. Formados los núcleos dirigentes con algunos viejos militantes de la izquierda radical y por jóvenes provenientes del movimiento estudiantil popular de 1968, se vincularon a las luchas sociales.

Con la línea de masas como su guía ideológica, Compañero impulsó la formación del Frente Popular Independiente y desempeñó un papel central en el ascenso obrero que se vivió en la primera mitad de los 70 en la zona industrial de Naucalpan, Tlalnepantla y

Cuautitlán, en la lucha por el autogobierno estudiantil en las escuelas de Arquitectura y Antropología, y en la formación del Movimiento Urbano Popular Del Valle de México. En la organización confluyeron cristianos progresistas, parte de una talentosa camada de estudiantes universitarios y dirigentes populares. En todos estos procesos, el liderazgo y la vocación pedagógica de Antonio fueron indiscutibles, aunque no necesariamente públicos.

En 1972 entró a trabajar al área histórico-social del recién fundado CCH Oriente. Sus antiguos alumnos lo recuerdan con su taza de café y su cigarro dando clases, dotado de una gran capacidad didáctica. En aquellos años se vivía en las aulas una enorme ebullición política, a la que Antonio dio cauce a su manera. Militó siempre en las corrientes de izquierda del STUNAM. En 1977 fue secuestrado por la policía y liberado por la presión de sus compañeros y colegas.

El maoísmo mexicano (en sus distintas vetas) desempeñó un papel fundamental en la construcción de movimientos sociales que combatieron (y en ocasiones derrotaron) a las organizaciones corporativas ligadas al PRI. Fue un puente entre un sector de la intelectualidad radicalizada y el campo popular. Organizó exitosamente precaristas urbanos, grupos campesinos y –durante algunos años– corrientes sindicales democratizadoras.

Antonio navegó en esas aguas, concentrado su participación en la lucha obrera. Fue asesor de telefonistas democráticos, metalúrgicos, costureras y, hacia el final de su vida, de los electricistas del SME. Apostó

con todo por forjar un movimiento clasista, y sufrió en carne propia la derrota de esa apuesta.

Con otras corrientes maoístas mantuvo una relación de alianza y lucha. Participó en la Coordinadora Línea de Masas (Colima), pero no se incorporó a la formación de la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM). Más bien, impulsó su propio proyecto de reagrupamiento alrededor del Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP).

Entre los distintos puntos que diferenciaban a ambas expresiones políticas se encontraba el de la participación electoral. Mientras la OIR-LM fue abstencionista durante muchos años, el MRP participaba en procesos electorales.

En los 80, Antonio se sumó a la fundación del Partido Mexicano Socialista y del Partido de la Revolución Democrática. Aunque permaneció estrechamente ligado a movimientos de base, su función como dirigente nacional se diluyó en el mar de siglas. Participó de hecho en la trisecta (corriente de izquierda dentro del sol azteca) y, más adelante, cerca del Movimiento de Bases Insurgentes y del grupo editor del periódico *Corre la Voz*. Impulsó la publicación de la revista *Alfil*.

Tenaz, incansable, crítico del partido, acostumbraba a decir en las situaciones adversas: “Aquí estamos. No nos quitamos. ¿Por qué vamos a dejar el espacio?” En una de esas ironías de la política, en 2009 fue candidato a diputado en el 11 Distrito de la Ciudad de México, en las listas del Partido del Trabajo, el organismo nacido de la antigua OIR-LM. Obtuvo la segunda votación más alta.

Antonio Martínez fue, durante toda su vida, un comunista. Al morir seguía siendo el mismo camarada Tomás de la Liga Comunista Espartaco que siempre fue.

## **Joel Aquino, el sabio de la Sierra Norte**

Joel Aquino conoció a Lucio Cabañas en 1971. Lejos de su natal Yalalag, Oaxaca, era maestro de primaria en la zona metropolitana, militaba en la Liga Comunista Espartaco y usaba el sobrenombre de Benito. Ese día, Vicente Estrada le llevó al guerrillero al cuarto donde vivía.

Aunque Lucio no le dijo quién era, le preguntó: “¿Qué piensas hacer, Joel?”

El zapoteco respondió: “Seguir estudiando. Quiero estudiar matemáticas, que es lo que me gusta, e historia. Ya fui a ver a la Escuela de Antropología”.

El guerrerense lo atajó: “Mira, Joel, el movimiento necesita muchos activistas. Con lo que sabemos es más que suficiente. Yo terminé la Normal. Tú ya terminaste la Normal. Tienes lo suficiente para embarcarte en las comunidades y hacer conciencia. Lo que más importa en este momento es crear conciencia”.

El oaxaqueño recuerda: “Platicamos largo rato. Nunca habló de lucha armada. Me contó su experiencia. Me dijo: ‘Tuve oportunidad de ir a Checoslovaquia. No acepté. No quise traicionar a mi gente, me quedé y por eso estoy trabajando.’”

Joel entendió el mensaje. Al poco tiempo, ya como parte de la seccional Ho Chi Minh, se volvió militante

de tiempo completo. “¿Por qué no te incorporas de una vez?”, le preguntaron Vicente y Plutarco Emilio García. “Y ni modo –confiesa Benito– tuve que abandonar todo y me fui a Oaxaca. Mi trabajo era entrevistar y organizar a maestros, a estudiantes y a ferrocarrileros”.

Aquino nació el 14 de julio de 1948, en Yalalag. Su padre era campesino y comerciante. En esa época no había escuela primaria en el municipio. Así que, con menos de seis años, lo llevaron caminando a Oaxaca, porque no había carretera.

Llegó, junto con su hermano más grande, a casa de una maestra normalista muy cristiana, amiga de su papá. Hablante de zapoteco de la sierra, unas ancianitas le enseñaron sus primeras letras con el silabario. En menos de tres meses aprendió. Inscrito en primer grado en la escuela Gregorio N. Chávez, ya sabía leer y escribir. Duró apenas dos años. No le gustó y regresó a su comunidad.

En Yalalag, Aquino se encontró con que la comunidad había levantado heroicamente la escuela, apoyándose en profesores de Lachatao. Terminó allí la primaria, estudiando un libro de texto elaborado en la época del general Cárdenas, en el que se hablaba de campesinos, obreros, sindicatos, de la lucha por la tierra, de lo que hace un maestro rural al llegar a una comunidad, del 1º de mayo.

Poco después, se puso en pie la primera secundaria en la Sierra Norte, con la influencia de maestros egresados de las normales rurales y en la época de la Revolución cubana. Tiempos convulsos. “La autoridad

–recuerda Joel– estaba armada. Sabía que podía recibir una agresión del cacicazgo. Solamente así pudieron trabajar”. Le dieron a leer discursos de Fidel Castro, *Escucha, yanqui*, de Wrigth Mills, y *El agua envenenada*, de Fernando Benítez. Le quedó clarísimo de qué se trataba el imperialismo. Después, complementó su formación leyendo a Mao Tse-Tung.

En la ciudad de Oaxaca se inscribió en la Escuela Normal Urbana Federalizada. Estudió marxismo con Moisés González Pacheco y participó en el movimiento estudiantil de 1968. Terminó su carrera normalista en la Ignacio Manuel Altamirano, de la Ciudad de México. Comenzó a enseñar a cinco minutos de la colonia donde vivía: la Anáhuac.

Alejado de la izquierda tradicional, Benito se volcó a organizar la lucha indígena en su región. Para apoyarla, construyó una impresionante red de relaciones. El doctor Ignacio Madrazo y su esposa aprovechaban sus descansos para brindar atención médica a los habitantes. Luchadores excepcionales como Mónico Rodríguez, colaboraba tanto en diseñar la estrategia para tomar el palacio municipal de Yalalag, como fabricando en su torno en Chiconcuac procesadores productos agrícolas. Con el líder mixe Floriberto Díaz entabló una profunda y fructífera amistad.

Impulsor del comunismo con el profesor Juan José Rendón, que trabajó ocho años en Yalalag en la lectoescritura del zapoteco y en elaborar magníficos carteles sistematizando la experiencia organizativa, Aquino reivindica el derecho de autodeterminación comunitaria, como parte de la libre determinación y

autonomía de los pueblos. La propuesta es su traducción, al ámbito de los pueblos, de la experiencia de autodeterminación obrera y lucha sindical independiente que conoció.

Cuenta Benito: “Me narraban lo que pasó con Vallejo, con Jaramillo, con Zapata. Con Renato Ravelo trajimos a Yalalag a un grupo de campesinos ya grandes, de 80 años, de donde son originarios los que participaron con Emiliano Zapata. Algunos habían sido guerrilleros zapatistas. Allí, uno de ellos, don Víctor, nos dijo: ‘Está buena la tierra para hacer siembras de sandía y melón. Vamos a bombear el agua del río’. Se compró una motobomba. Él fue el maestro, junto con otros jóvenes y un jaramillista que estuvo ligado con Lucio. Nos enseñó a hacer los surcos para la alfalfa. Se sembró, también sandía, melón y cacahuete. A partir de ahí, se construyó la idea de la lucha por la autosuficiencia alimentaria comunitaria”.

Joel recuperó lo sucedido en Yalalag en los últimos 100 años, mediante los relatos de los ancianos. Gracias a esa escucha sistematizó en qué consistía el derecho de autodeterminación comunitaria; qué exigían los pueblos; qué significa el tequio; qué implica el servicio comunitario; qué importancia tiene la asamblea y qué papel juega el consejo de ancianos. Encarreado, conceptualizó el valor cultural, ideológico y político de la milpa.

En plenas conmemoraciones del 12 de octubre, es bueno recordarlo. Cargando sobre sus hombros toda la vida las palabras que Lucio Cabañas le dijo en

1971, sobre embarcarse en las comunidades y hacer conciencia, luchador incansable por su pueblo, siempre sospechoso para el poder, en ocasiones preso y perseguido, Joel Aquino, el sabio de la Sierra Norte, es una figura imprescindible del movimiento indígena en México.



## CAPÍTULO V

### EL FLORECIMIENTO DE LOS MAOÍSMOS

#### El infatigable *Pancho Chema*

Se llama Francisco González Gómez, pero muchos lo conocen como *Chema*, su nombre de batalla. Es ingeniero-arquitecto pero ha dado clases y escrito varios libros de historia. Quizás de esta curiosa mezcla de profesiones le viene la manía, viva durante más de seis décadas, de construir organizaciones políticas de izquierda y formar cuadros. Conserva, hermosamente encuadernada, una inigualable colección de *Pekín Informa*. Es uno de las protagonistas centrales del archipiélago maoísta mexicano.

Creció en un cuarto redondo de 4×4 y tres metros de alto, en una vecindad en Belisario Domínguez 42, en el Centro de la Ciudad de México. Luego vivió en una casa en los límites de la Guerrero y la Peralvillo. Su padre fue un afamado sastre que cosió los uniformes de la orquesta de Luis Arcaraz. *Chema* entregaba la ropa en los domicilios de los clientes.

Francisco estudió en el Colegio Cervantes, fundado por refugiados españoles, donde se sintió siempre incómodo, entre otras cosas, porque sus compañeros se burlaban de él por comer el arroz con cuchara.

Cursó el bachillerato en la Vocacional 1 del Politécnico. Gracias al libro *Historia de México*, de Alfonso Toro, que guarda como una reliquia, aprendió a odiar a los gringos y rechazar a Maximiliano. *En Siempre!* se volvió asiduo de Renato Leduc y José Alvarado. Sus maestros masones y lombardistas dejaron huella en su visión del mundo. Conoció el marxismo a través de un manual soviético de materialismo dialéctico. Se volvió primero juarista y después de izquierda.

En la voca se hizo amigo de Fermín, hijo de José Revueltas. “Oye, ¿por qué no conoces a mi papá?”, le dijo su compañero. Fue a verlo. “Pepe era una personalidad impresionante. Respondía nuestra ignorancia”, dice *Chema*. En la Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura formó un círculo de estudios marxistas. Conoció a Jaime Labastida, Eduardo Lizalde y a Enrique González Rojo e ingresó, 20 días después de fundada, a la Liga Leninista Espartaco (LLE). Un año después se integró a su dirección. Fue, junto a Virginia Gómez Cuevas, corrector de planas y galeras del *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*.

Como González Rojo, se acercó al maoísmo, por la posición revolucionaria del Partido Comunista Chino. Compraba la propaganda de *Pekín* en la librería de un comunista español, en la calle del Carmen y Justo Sierra, y con la doctora Chapa, en la calle de Dakota. Cuando Revueltas escribió –sin consultarlo dentro de la liga– tres artículos en *El Día*, tomando posición en favor de la Unión Soviética y la coexistencia pacífica, Pancho insistió en que debía debatirse. “Entonces

Pepe, viendo que se venía la escisión, pidió licencia. Lo único que queríamos era discutir”, recuerda.

En 1964, lo que quedó de la LLE se fusionó a otras organizaciones, para dar vida a la Liga Comunista Espartaco (LCE). Francisco fue parte de su dirección. Leyó mucho sobre la Revolución cubana. Fue responsable de la publicación de *El Militante* y del trato con fuerzas revolucionarias, incluyendo convencer al líder ferrocarrilero Demetrio Vallejo de ser candidato independiente a diputado. El movimiento estudiantil-popular de 1968 terminó pasándole por encima a su organización y metiéndola en una crisis terminal. Se disolvió en 1971.

*Chema* siguió entonces militando en la seccional Ho Chi Minh y haciendo trabajo con campesinos, hasta que sus dirigentes Vicente Estrada y Teresa Franco, entre otros, cayeron presos por su cercanía con Lucio Cabañas. Cuando Mao Tse-Tung murió, junto a Antonio Martínez y Miguel Ángel Cuéllar, impulsó en el CCH Oriente, donde daban clases, una ceremonia en homenaje al dirigente chino.

Dentro de la Ho, Francisco promovió la necesidad de ligarse y formar grupos obreros y movimientos populares, en contraposición a quienes privilegiaban el reclutamiento individual de los trabajadores y campesinos más politizados. Organizó la lucha de los trabajadores del Instituto Mexicano de Rehabilitación y condujo a alumnos y colegas a ligarse a las luchas obreras y campesinas (desde Huamuxtitlán y Huehuetla hasta el FAT).

Su trabajo fue fundamental en el acercamiento de la O con Política Popular-Línea de Masas, que desembocó en la fundación, en 1982, de la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM), de la que también sería líder. No pocos documentos de esta organización fueron redactados por él y otros compañeros.

Con maestros del CCH editó libros que formaron a decenas de generaciones de estudiantes de ese sistema escolar. Entre otras antologías destacan: *De Espartaco al Che y de Nerón a Nixon*; *De la prehistoria a la historia*; *Del árbol de la Noche Triste al Cerro de las Campanas*; *Cien años de lucha de clases en México: 1876-1976*, y *De Cuauhtémoc a Juárez y de Cortés a Maximiliano*. Es autor de una decena de volúmenes sobre temas históricos y análisis del neoliberalismo.

Como otros maoístas, Pancho militó en el Partido de Trabajo (PT), el Partido de la Revolución Democrática y hoy en Morena. Ha sido asambleísta en la Ciudad de México y funcionario público (director general de Servicios Urbanos y de la Central de Abastos). De estos cargos salió con la frente en alto. En 1997, fue candidato del PT al gobierno de la Ciudad de México, pero declinó con orgullo en favor de Cuauhtémoc Cárdenas, sin pedir nada a cambio.

La labor del camarada *Pancho Chema*, quien se sigue reivindicando maoísta a sus 85 años, fue central en su construcción y en el actuar de este movimiento en México.

## El brindis de Teresa Franco

A pesar de ser abstemia, en enero de 2012, la maestra Teresa Franco se tomó una copa de tequila. Desde hace años se había prometido a sí misma que lo haría el día en que muriera Miguel Nazar Haro, el hombre que la torturó en 1974. Así que al enterarse de su fallecimiento dijo a su marido, Vicente Estrada: “¡Voy a brindar para que este ser diabólico se vaya al más recóndito lugar de los infiernos!”

El recuerdo de aquellos aciagos días la ha perseguido toda la vida. Y el viernes no fue la excepción. Cuando llegó la noticia de la muerte de Nazar, le brotó la rabia y la desesperación de que las cosas no hayan cambiado después de tanto sufrimiento. Quiso leer y no pudo. Pensó en salir a la calle, pero decidió quedarse en su casa. Revivió su pesadilla y brindó con un tequila por la ausencia del torturador.

En el Campo Militar número 1, Nazar Haro la torturó dos o tres veces al día durante meses. En el cuarto donde la interrogaban había música a todo volumen, un colchón con sangre y un soldado en la puerta cuidando. Siempre llegó allí caminando, pero nunca pudo salir de pie porque el dolor la hacía perder el conocimiento.

La maestra se había preparado para no hablar y para morir. “Yo tenía –asegura– un compromiso con tanta gente que nos brindó su apoyo, que nos hospedó, cuidó y dio de comer. No podía traicionarlos dando su nombre. Te preguntan hasta de las lombrices que traes en el intestino, pero yo decía: no sé nada”.

Su silencio despertó en el policía los más retorcidos instintos. No podía tolerar a una mujer que no se quebraba ante su fuerza y su poder para provocar dolor. Ella ni lloraba ni hablaba. Sólo pedía en silencio: “Dios mío, no prolongues mi agonía”.

Nazar se jactaba de ser de los mejores torturadores, mejor que los argentinos y chilenos, narra Teresa. “Era su orgullo. Se sentía grande torturando. No hubo otro como él. Era muy sanguinario. Solamente una mente diabólica podía hacer lo que él hacía. Cuando te interrogaba y se preparaba para torturarte, pasaba de amable a maquiavélico. En tono cortés te decía: ‘¿tú crees que me gusta hacerte esto?’”

“Yo le respondía: ‘sé que son sus métodos. No son los míos. Una cosa le voy a decir. Si salgo viva de aquí voy a seguir luchando para que estos métodos desaparezcan.’”

Los torturadores –dice Vicente Estrada, compañero de vida y de lucha de Teresa, detenido y torturado con ella– “siempre nos vieron diferente. Íbamos convencidos de que hacíamos lo justo y lo correcto. No teníamos nada de qué arrepentirnos. No teníamos el miedo a flor de piel. A otros nada más les tronaban los dedos y hablaban sin parar”.

Teresa Franco estudió en escuelas privadas. Desde el kínder estuvo en el Colegio Francés. Concluyó la carrera de maestra de primaria en la Benemérita Escuela Nacional de Maestros (BENM), institución donde más aprendió. Terminó su preparación en la Normal Superior del Anglo.

Su papá era molinero y tenía relaciones políticas importantes. Durante años entregó tortilla en el Campo Militar número 1. Allí hizo ella el primer año de su servicio social. Después fundó una escuela en una colonia popular. Dio clases a hijas de políticos en el Colegio Vallarta. Fue profesora de la hija de Marcelino García Barragán, lo que le sirvió para que durante los interrogatorios Javier García Paniagua la tratara correctamente.

Sin ser mocha, Teresa es profundamente creyente, con un gran amor por los pobres y un sentido profundo de la justicia. En la BENM conoció a Vicente Estrada, dirigente de la Liga Comunista Espartaco. En 1969 pasaron juntos a la clandestinidad, trabajaron estrechamente con campesinos jaramillistas, sirvieron al pueblo e impulsaron la Línea de Masas y apoyaron la lucha de Lucio Cabañas. Fue conocida como Olivia.

Aunque en un principio fue enviada a trabajar de maestra a Chiapas, llegó a Ciudad Guzmán, Jalisco, donde compartía casa con una maestra de escapulario. Allí comenzó a organizar un movimiento democratizador en el magisterio. En varias ocasiones llegaron a verla y a orientar la lucha Vicente Estrada y Lucio Cabañas. A pesar de que varios profesores “se rajaron”, ella siguió adelante y ganó la lucha.

Tiempo después comenzó a dar clases de secundaria en Ciudad Nezahualcóyotl. Su salario financiaba la actividad política clandestina de varios compañeros suyos. Vivía con su marido en una vivienda muy humilde en Tlaltizahua, por los rumbos de Ayotla Textil. Ahí

fue detenida, sin orden de aprehensión el 9 de noviembre de 1974. Estaba sola. Oyó que tocaban la puerta con insistencia y creyó que era la persona que los ayudaba a lavar la ropa. Al abrir la puerta vio todo rodeado de policías. Respiró hondo y rogó a Dios que Vicente no llegara. Pero llegó y los dos fueron detenidos.

Los subieron a la vivienda y les amarraron las manos con el cordón de las persianas. Vicente dijo: “Nos vemos, linda”. La metieron en un Volkswagen rojo, le colocaron una bolsa de lona en la cabeza y una pistola en la nuca.

La llevaron al Campo Militar número 1. “Cuando llegamos se oía un ruido grande. Me quitaron la bolsa y me llevaron a una construcción que era como una casa subterránea. Vi los aparatos de tortura, la pileta de agua en la que sumergían a los presos. Me metieron en la penúltima celda”. Comenzaron los interrogatorios y la tortura; después vendría la cárcel.

“Nunca se me va a olvidar –dice Teresa Olivia–. ¿Qué es peor que lo que ya viví? No concibo que un hombre le ponga la mano a una mujer. Te deja mucha rabia. Es tan grande la humillación, es tan grande la impotencia. Nazar Haro era el peor. Él fue constructor de esta maldad que no logramos acabar. Este mundo de maldad en el que vivimos es su herencia”.

No obstante el legado maldito que dejó y de la impunidad que disfrutó, Nazar no ganó la guerra sucia. A pesar del sufrimiento y el dolor que carga, Teresa no ha dejado de luchar por la causa en la que cree y sigue siendo una mujer alegre y vital. Él nunca pudo doblegarla. Ella ejemplifica la derrota moral de su torturador.

## Salvador Zarco, cuando el tren es la vida

En una de las paredes de la modesta vivienda de Salvador Zarco Flores, rodeada de libros, cuelga una reproducción del mural transportable de Diego Rivera, *La pesadilla de la guerra y el sueño de la paz*. Relativamente olvidada, la pintura expresa el espíritu de una época y una generación, que convirtió a la militancia socialista y el servicio al pueblo en el centro de su existencia, tal como Jerónimo o “El Indio” (sus nombres de batalla) hizo. Hoy, la salvaje agresión israelí contra Gaza, le vuelve a dar centralidad.

La obra fue ejecutada en 1952, por encargo del gobierno, en una superficie de alrededor de 50 metros cuadrados, en apenas 35 días. Su destino original era la Exhibición de Arte Mexicano en París y luego ocupar un lugar permanente en el Museo de la Ciudad de México. No llegó nunca allí. A las autoridades les pareció que su contenido era inadmisibile. El escándalo fue mayúsculo.

En la esquina superior derecha del mural, aparecen José Stalin, con la mano izquierda descansando en la *Petición de Paz de Estocolmo* y la derecha con una pluma y una paloma blanca, y Mao Tse-Tung. Frente a ellos se encuentran el Tío Sam, con metralleta en la espalda, *La Biblia* en una mano y un saco de dinero en la otra, John Bull y Marianne. Abajo, con un gran hongo producto de una explosión atómica como telón de fondo, Frida Kahlo, en silla de ruedas, extiende el documento para sumar adhesiones para prohibir las armas nucleares. En síntesis, de un lado se encuentran quie-

nes representan el “sueño de paz” y del otro las potencias que simbolizan “la pesadilla de la guerra”.

Cuenta Jorge Octavio Fernández, que una reproducción a escala del mural fue llevada a China por la delegación mexicana que participó en la Conferencia de Paz de Pekín, en 1952. A su llegada a ese país, por encargo de Diego Rivera, el filósofo Elí de Gortari y Rafael Méndez, desplegaron la obra ante las escalinatas del avión, y se la entregaron al comité de recepción.

Nacido en 1947, se incorporó 20 años después, en la Facultad de Filosofía y Letras, a la Liga Comunista Espartaco (LCE). Lo enviaron primero al seccional petrolero y lo reasignaron al ferrocarrilero. Le impresionó el gremio. Los trabajadores cobijaban a los activistas, los orientaban para no despistarse, les decían cuál era la ruta que debían tomar.

Gran admirador de la Revolución china y del pueblo ruso, en su noche de bodas, en Morelia, entró en una librería de usado y encontró el libro de O. Piatnitsky, *Rompiendo la noche. Memorias y revelaciones de un bolchevique*. Lo leyó sin parar hasta la madrugada.

En las calles, durante las protestas del 68, los jóvenes exigieron la libertad de Demetrio Vallejo, líder de la insurgencia obrera de 1958-59, preso durante 11 años, cuatro meses y un día. Vallejo fue, junto a Ho Chi Minh y Emiliano Zapata, figura venerada por los estudiantes. Un destacamento rielero estuvo, con todo y manta, en Tlatelolco, el 2 de octubre de 1968.

Salvador no pudo llegar al mitin del 2 de octubre en la Plaza de las tres culturas. Fue, recuerda con pe-

sar, el único al que no asistió. Ese día camino al diario donde trabajaba, vio camiones de militares dirigirse a Tlatelolco. Buscó a algunos camaradas de la Liga y les pidió: “Avisen que los soldados van para allá”. Más tarde, a la redacción llegaban noticias que lo inquietaron mucho.

Esa noche, como no tenía dinero para tomar un taxi, durmió en la mesa de la sala de corrección. A la mañana siguiente, se levantó temprano y fue a buscar a algunos compañeros para saber cómo estaban. Al llegar a la casa que buscaba, se encontró a los policías con la portera. Se pasó de largo.

Después buscó a otro compañero y regresó. Tocó y abrieron la cortina. En eso escuchó que cortaban cartucho. Adentro había un tipo con pistola. Varios agentes estaban en la azotea y otros en un carro. Al entrar, lo golpearon y se lo llevaron a otro lado.

Agentes del Servicio Secreto de Tlaxcoaque, policía infame e inconstitucional, lo desnudaron, le amarraron las manos a la espalda, lo tumbaron boca arriba en el piso, le dieron toques eléctricos en los testículos y lo golpearon mientras le preguntaban “por la dinamita”.

“No sé nada, no sé nada”, respondió. “Cuando la tortura iba en aumento –sigue su relato–, pensaba en Mao Tse-Tung, en su figura. No se me ocurría otra cosa más que pensar en él. ¡Ay! ¡Ay!, gritaba exagerando el dolor. Y me seguían torturando, hasta que alguien ordenó: idéjenlo!

“No sé cuánto tiempo estuve allá. Se pierde la noción del tiempo. Luego me pasaron a la [Dirección]

Federal de Seguridad con Nazar Haro, donde me tuvieron como dos días. De allí me mandaron a la Procuraduría del DF, y me preguntaron por Marcelino Perelló.

–“¿Marcelino es tu pariente?”, interrogó el policía

–Sí, es mi cuñado –respondí.

–¿Dónde está?

–No sé. ¿Qué voy a saber dónde está?

“Finalmente, tomaron mi declaración y en la noche nos sacaron a Lecumberri. En el grupo iban un pastor, un obrero de Slim y unos estudiantes. Fuimos a la crujía H. Allí me llegaron las primeras noticias de lo sucedido en la Plaza de las Tres Culturas”.

Después de casi dos años en la cárcel, en octubre de 1970, debió realizarse la vista de la apelación al auto de formal prisión. Como los magistrados querían que se efectuara en privado, Salvador se negó. Escribió como documento de defensa un erudito memorial de agravios del México de abajo.

Con pluma apasionada, *El indio* explicó cómo nuestra historia es producto de la lucha incansable del pueblo por liberarse de la explotación y opresión secular, a la que lo han sometido oligarquías nacionales y extranjeras. El movimiento estudiantil-popular de 1968 surgió, según él, basado en esa miseria y opresión y forma parte de las luchas históricas por alcanzar su liberación económica y social.

En su “Yo acuso”, señaló: “Las bayonetas del 2 de octubre en Tlatelolco son una prolongación de las que asesinaron a Hidalgo en Acatita de Baján o masacraron al proletariado en Cananea y Río Blanco; de las que

acribillaron al general Emiliano Zapata en Chinameca y a Rubén Jaramillo en Xochicalco”.

“La cárcel –explica Salvador– te da la dimensión de lo humano. Ahí estamos todos desnudos. Es el ser como es”. Ante el espejismo de salir de Lecumberri, en una carta del 11 de enero de 1971, escribió: “La vida aquí es una lucha contra la muerte, contra la no-vida, por eso la libertad significa volver a nacer”.

La cárcel le dio muchas enseñanzas de lo bueno y lo malo del ser humano. Allí –dice– estamos todos desnudos. Descubrió, también, el “bendito valor del trabajo manual”. Los ferrocarriles y el mundo obrero le permitieron conocer hombres generosos hasta decir “¡basta!” Entregados. Que dan su vida por una causa. Encontró que la solidaridad proletaria es cosa de carne y hueso, no asunto de ideas o libros.

En prisión, empezó a estudiar la historia del gremio y se enamoró de esa hermandad. “¡De aquí soy!”, se dijo. En Lecumberri, hizo amistad con el ferrocarrilero Cayetano Horta, detenido en Tlalnepantla, al que llamaba “mi general”. Era el encargado de limpiar la crujía a cambio de una ayuda económica de los presos políticos.

Inspirado en la *Larga marcha de Mao* para sobrevivir el día a día tras las rejas, escogió renacer proletarizándose. “La solidaridad obrera –explica– es una cosa de carne y hueso, no es un asunto que esté en las ideas o en libros. En el mundo obrero, hay hombres generosos hasta decir ¡basta! Dan su vida por una causa”.

Así que, al salir de la cárcel, Salvador fue a una asamblea en el auditorio Che Guevara, en la Facultad

de Filosofía, a dar las gracias al movimiento y despedirse. No regresó más. Empezó otra vida.

Recién recobrada su libertad, Salvador Zarco fue a la marcha del 10 de junio de 1971 su entonces esposa, Mercedes Perelló y con Tatiana Coll. Dudaron en ir. No sabían si era prudente que *Jerónimo* participara, pero les ganó el entusiasmo sesentayochero. Decidieron no estar en la avanzada para no aparecer como dirigentes. Zarco sugirió: “Vámonos mucho más atrás, con los chavos”. Así lo hicieron.

Camino a integrarse en la manifestación, vieron en las calles cercanas movimientos sospechosos de granaderos y carros con agentes. Pero siguieron adelante. Cuando se desató la represión salvaje alcanzaron a guarecerse en una fonda que justo bajaba la cortina. Estaban muy preocupados por la enorme panza de Mercedes. Durante tres horas, bebieron un café de olla tras otro, mientras escuchaban que afuera todo retumbaba. Unas jóvenes que también pudieron entrar estaban hechas un mar de lágrimas.

Entre sorbo y sorbo y estruendo y estruendo, a Tatiana se le vinieron encima sus recuerdos del 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco, cuando salió de puritito churro con su prima Isabel y Emilio Reza, minutos antes de que se desataran los demonios. También, la noche en el Zócalo cuando entraron los tanques y ella llegó un poquito tarde porque, cosas del destino, había pasado a comprar pan.

Encerrados en la pequeña cafetería escucharon claramente disparos, gritos y golpes contra la cortina

de metal. Al salir, la calle de la Normal estaba regada de zapatos, libretas, bolsas, mochilas.

En 1974, *El indio* comenzó a trabajar en Ferronales en la vía, primero en Hidalgo y luego en Veracruz. Él, su entonces esposa Mercedes y sus dos hijos mayores, habitaban medio carro-campamento, donde estaban recámara, comedor, sala, baño y cocina. Guisaban con estufas hechizas de leña. Allí vivían las cuadrillas de vía, que realizan, a la intemperie, el trabajo más pesado y peor remunerado. Tienen la responsabilidad de mantener la vía en las mejores condiciones para garantizar la seguridad de los trenes. Su espacio para la privacidad es limitado. Su vida íntima es casi pública.

Fue en ese espacio en el que *El indio* conoció, sin fantasía alguna, las contradicciones de los ferrocarrileros de carne y hueso, con problemas de alcoholismo, violencia, machismo y gandallismo, pero, al mismo tiempo, con solidaridad de clase, orgullo gremial y determinación de lucha. También la doble naturaleza del sindicato como cárcel e instrumento de control, y herramienta de defensa de los intereses. Con las historias que vio y escuchó sobre los rieles (y que recuerda y narra) puede escribirse un libro extraordinario en que la realidad desborda la más audaz fantasía.

Laboró allí un año, hasta que entró a los talleres, punto clave para organizar la lucha obrera. Los talleristas eran la columna vertebral del gremio. Cuando él y su familia regresaron a la ciudad, un hombre que era líder natural de la cuadrilla, le dijo: “Le encargo una cosa, que me mande una foto y obras de Mao Tse-Tung”.

Pasó a trabajar en la Terminal del Valle de México, en Tlalnepantla, en talleres, la rama más importante desde el punto de vista sindical. Los talleristas eran la columna vertebral de la gremial. Enfrentado a los charros, se unió al Movimiento Sindical Ferrocarrilero de Demetrio Vallejo. Siempre en la sombra, impulsó la participación en las asambleas y, sin querer queriendo, salió a la superficie, fue nombrado titular de la sección 15 del sindicato y después presidente del comité de vigilancia.

Al frente de la sección sindical, los charros le ofrecieron una mujer. “Está a tu servicio para lo que quieras”, le dijeron. Arriba del edificio sindical había una habitación para ello. En otra ocasión, un dirigente del grupo Héroes de Nacozari presumió que a todos les habían dado pistolas. Era una forma de amedrentarlo.

En la Ciudad de México, por iniciativa de Vicente Estrada, “Chava” organizó una reunión con Lucio Cabañas y ferrocarrileros. Carlota Botey puso la casa. El dirigente del Partido de los Pobres les explicó cómo estaban las cosas en la región y los invitó a ir. Fue como subió a la sierra con una maestra. Les dieron armas y algunas instrucciones.

Estuvo en varios campamentos. A veces no había nada que comer, otras, plátanos verdes cocidos y en ocasiones hasta una res les sacrificaban. No hablaban con los pueblos completos, sino con quienes estaban de acuerdo con la causa. Recuerda a Lucio como un hombre sencillo, inteligente, muy claro en su hablar. Adonde quiera que llegaba hacía pueblo.

Simultáneamente junto con su compañera de entonces, organizó grupos de lucha obrera independiente en unas 15 fábricas en la Ciudad de México, movimientos por los servicios urbanos en colonias como la Casas Alemán, círculos de lectura, cineclubes y guarderías. En agosto de 1977 fundó la asociación obrero-cultural Lázaro Cárdenas y publicó varios números del periódico *El Hijo del Trabajo*.

Salvador fue despedido de Ferrocarriles en 1997, junto a más de 100 compañeros, para evitar que organizara desde dentro de la empresa la resistencia a la privatización de la industria. Inútilmente peleó su reinstalación hasta que fue evidente que liquidarían la compañía. Incansable, siguió batallando contra la privatización.

Convencido de que la historia la hacen los pueblos, como lo hicieron muchos de los personajes en *La pesadilla de la guerra y el sueño de la paz*, Salvador Zarco sigue luchando inclaudicablemente. Uno de sus frentes principales ha sido el de mantener viva la cultura rielera. Por esa trayectoria, este 24 de agosto se le hará un homenaje en el Museo Nacional de los Ferrocarriles Mexicanos, a cuya biblioteca especializada donó su acervo bibliográfico.

Inspirado en la larga marcha de la Revolución china, le pregunté, junto a su amiga Tatiana Coll: “¿Valió la pena proletarizarse? ¿Lo volverías a hacer?” Sin dudarlo, me respondió: “¡Diez veces!” Ferrocarrilero por decisión propia, él asegura que “el tren es poesía, es la vida. Es historia, es todo”.

En su texto de defensa en 1970, Zarco escribió: “¡No, nosotros no traicionaremos a nuestros hermanos los desheredados!” Desde entonces, sin titubear, ha cumplido con su palabra. Salvador mantiene viva la llama libertaria de aquellas gestas. Su vocación por servir al pueblo y luchar por su emancipación sigue inquebrantable.

## CAPÍTULO VI

### CIEN FLORES SE ABREN

#### El asalto al cielo de los Maos poblanos

En octubre de 1986 los obreros de Herramientas Stanley organizaron una protesta colectiva porque había una alta incidencia de mutilaciones y accidentes de trabajo que la empresa ocultaba al IMSS. Los trabajadores faltaron a la fábrica colectivamente durante tres días.

Meses antes, en abril, habían nombrado una directiva democrática dentro de la CROM. El cambio no le gustó a los patrones. Respondieron cesando masivamente a obreros y dirigentes.

El 31 de octubre el subsecretario de Gobernación de Puebla citó a pláticas de conciliación. Era una celada. En lugar de negociar, el asesor, Miguel Ángel Rosas Burgess (“Beryis”), y dos trabajadores fueron los arrestados. Los acusaron de privación ilegal de la libertad, despojo, injurias y amenazas.

No era la primera ocasión en que Miguel Ángel caía a la cárcel. Organizador de trabajadores automotrices y de múltiples huelgas en la industria de la construcción, y quizás el más representativo militante del Frente Activista Revolucionario (FAR) en la entidad, una organización maoísta extraordinariamente acti-

va en los movimientos populares de Puebla, entre 1968 y 1978, *Beryis* había sido arrestado y perseguido penalmente en años anteriores. Más aún, se había visto obligado a salir del estado durante una década, por la amenaza de ser aprehendido por la temible Brigada Blanca.

Estaba sobre aviso. Un compadre lo previno: “Fíjate que vinieron mis dos primos, que están en el Ejército y sirven como asistentes del Estado Mayor de la XXV Zona militar, y ellos oyeron que le iban a dar en la madre a un grupo encabezado por un tal *Beryis*, que porque están organizando un levantamiento del tipo de Lucio Cabañas”. Así fue. “Efectivamente –cuenta el organizador comunista– cayeron a mi casa el 5 de febrero de 1976”. No había ya manera de seguir haciendo el trabajo de masas en Puebla.

“Estuvimos a salto de mata un año (había que cuidar el trabajo de organización)”, relata Miguel Ángel. “Después busqué cómo sobrevivir y andar con mucha precaución, porque el exterminio de activistas y militantes por parte de la Brigada Blanca era descarado y sangriento. Hacían lo que querían sin miramientos. Durante un año (1978-79) colaboré solidariamente con el Ejército Sandinista de Liberación Nacional”.

El maoísmo era, en esa época, una importante corriente de pensamiento en el país, que orientaba la práctica política de muchos jóvenes. Aunque su difusión comenzó con la visita de Vicente Lombardo Toledano a la República Popular China en 1949, el movimiento estudiantil del 68 lo catapultó por toda la geografía nacional. Puebla no fue la excepción. En junio

de 1971 el exjesuita Felipe Pardinas dio una conferencia a los estudiantes universitarios sobre las ideas de Mao acerca de la revolución popular.

El FAR luchaba por una nueva revolución. Era una organización pensamiento Mao Tse-Tung, no abierta y con una estructura muy flexible; una especie de confederación de células, de tribus *mamecas* (por su común origen en el Movimiento Marxista Leninista mexicano). No tenía una dirección política formal. Se articulaba en sectores: campesino, obrero, popular y universitario. Impulsaba la formación de frentes populares de masas, con destacamentos de obreros, colonos, inquilinos, campesinos, ambulantes, albañiles, lecheros y panaderos, como el Frente de Autodefensa del Pueblo y el Frente Obrero Campesino Estudiantil y Popular. Sus militantes no andaban buscando aplausos. Hacían lo que se tuviera que hacer. Cuando sufrían acoso policiaco se reunían sólo algunos de cada célula; cuando podían, se encontraban todos (entre 100 y 150 activistas).

“Nosotros –cuenta Miguel Ángel– dejamos todo, porque estábamos seguros de lo que estábamos haciendo: íbamos a lograr la revolución”.

Originalmente se llamaron Frente Activista, para rescatar el nombre histórico de quienes los habían reclutado, que eran, además, sus profesores. Luego pasaron a ser Frente Activista Emiliano Zapata. Finalmente se bautizaron como Frente Activista Revolucionario. Actuaron a través de y con los comités de lucha de la Universidad Autónoma de Puebla (UAP).

“A nosotros nos toleraron con nuestros vínculos y nuestra actividad con el pueblo”, explica *Beryis*, “porque la Universidad en esa época era agredida constantemente por la derecha y el gobierno, y el apoyo popular era muy necesario. Estábamos en la reforma universitaria de los 70, impulsada principalmente por un grupo de personajes universitarios progresistas, los del Partido Comunista Mexicano –que en 1972 ganó la dirección de la universidad– y los *mamecas*. Como los dos primeros se dieron cuenta de nuestra capacidad de convocatoria, toleraron nuestro radicalismo”.

En 1970 realizaron su primera actividad como células del FAR: una campaña de alfabetización en un pueblo de Tlacotepec (por Tecamachalco), en el que nació uno de sus principales dirigentes: el físico Bulmaro Vega León (1945-2011). También comenzaron a participar en luchas agrarias en Cholula, en Tlaxcala, Tecamachalco y, posteriormente, en Tepeaca y Amozoc, y por supuesto con vendedores ambulantes, además de organizar luchas sindicales muy radicales, especialmente en la industria de la construcción, pero también con cañeros de Acatlán.

Bulmaro, un náhuatl, de origen muy humilde, figura clave en la formación de la Unión Popular de Vendedores Ambulantes 28 de Octubre (UPVA 28 de Octubre), gran formador de cuadros, fue detenido en dos ocasiones. La primera, durante el movimiento estudiantil-popular de 1968 en la Ciudad de México. La segunda, en 1970, acusado de difundir propaganda comunista de la embajada cubana. El 2 de octubre, en Tla-

telolco, salvó la vida, protegido por el cadáver de otro estudiante (Sandra C. Mendiola, *Street vendors, and politics in Twentieth Century*. Puebla, Mexico).

La experiencia de la UPVA, fuerza clave en la democratización desde abajo de Puebla, con una intensa vida asamblearia, grandes movilizaciones y solidaridad permanente hacia otros sectores populares, es un claro ejemplo del tipo de vida asociativa que el FAR impulsó. Su dirigente, Rubén Sarabia, *Simitrio*, proviene de sus filas.

En las marchas, las organizaciones sindicales y populares conducidas por el FAR llevaban mantas con la consigna “¡Viva Lucio Cabañas!” No se sabía mucho cómo era el guerrerense, así que evitaban divulgar su imagen. Según Miguel Ángel: “Acordamos no tener vínculo con Lucio, pero en la práctica era obvio que había algo. Reproducíamos todos los comunicados de la guerrilla y los repartíamos masivamente. Conocimos los acuerdos de las Asambleas de la Sierra a las que convocó el Partido de los Pobres”.

También tenían relación con el Güero Medrano, primero en los tiempos de la colonia Rubén Jaramillo, en Morelos, y después se complicó durante la época del Partido Proletario Unido de América (PPUA) (<https://bit.ly/3r8h1KP>). En la ficha elaborada sobre Miguel Ángel por la Procuraduría General del Estado se anota que “existen antecedentes de tener afinidad con elementos subversivos pertenecientes al PPUA”.

En los hechos, el FAR trazó rutas en una parte de Puebla, Oaxaca y Veracruz, que es zona indígena, y en Tierra Blanca, Loma Bonita, Playa Vicente, no muy

lejos de donde operaba el Güero. Se trataba de conocer itinerarios y tenerlos reconocidos, por los que se podrían desplazar, y saber qué tipo de gente había y si eran amigables o no.

Pero, cuenta Beryís, “no nos duró mucho el gusto. Mataron a Lucio y de ahí, a los dos años, nos persiguieron los de la Brigada Blanca... Nos faltó capacidad política, madurez y contactos...” El asalto al cielo de los Maos poblanos quedó a la espera de otros tiempos.

### **El asesinato de Meztli Sarabia**

Meztli Sarabia Reyna fue *ejecutada* por cuatro sicarios. A las 10 de la mañana del 29 de julio de 2017, llegaron al mercado Hidalgo, en Puebla, preguntaron por ella y, cuando Meztli se identificó, le descerrajaron dos balazos: uno en el abdomen y otro en la nuca. Junto al cuerpo dejaron un mensaje escrito en una cartulina: “Esto les pasará a todos los que apoyen a *Simitrio*. Sigues tú *Simitrio* y a los que apoyen a *Simitrio*. Fuera la 28”.

Escasos minutos después de su asesinato, en las redes sociales se desató una campaña de desinformación contra la víctima y su organización, presentándola como *narcomenudista* y extorsionadora, advirtiéndole sobre la inminencia de una oleada de violencia y llamando a no visitar los mercados en los que trabaja la Unión Popular de Vendedores Ambulantes 28 de Octubre (UPVA).

La tercera fue la vencida. Durante los primeros meses de 2017, Meztli fue atacada en dos ocasiones.

Tenía 42 años y tres hijos. No era dirigente de la organización. Solamente la que auxiliaba en tareas secretariales. Pero era muy cercana afectivamente a su padre, Rubén Sarabia Reyna, *Simitrio*, líder histórico de la 28 de Octubre.

La UPVA nació bautizada a sangre y fuego. Como recuerda Polo Noyola, la noche del 28 de octubre de 1973, policías y granaderos “limpiaron” de vendedores las calles que se encuentran alrededor del Mercado de la Victoria, en el Centro Histórico de Puebla. Metieron maquinaria pesada, aplastaron los puestos y a gente que estaba en ellos, y prendieron fuego. Nunca se supo el número exacto de muertos. La gente se llevó a sus difuntos, temerosos de que hasta los cuerpos les quitaran. Los vendedores ambulantes tenían años trabajando esa zona. Estaba cerca la fiesta de Todos Santos, un día de magníficas ventas.

Puebla vivía entonces una cruzada anticomunista, acompañada de una salvaje represión, con el Ejército en las calles evitando protestas. Varios líderes universitarios fueron asesinados: en julio de 1972, Joel Arriaga Navarro; en diciembre de ese mismo año, Enrique Cabrera Barroso; en febrero de 1973, Josaphat Tenorio Pacheco, y en mayo, Alfonso Calderón y otros tres jóvenes estudiantes que se encontraban en el edificio Carolino de la Universidad.

La 28 de Octubre ha sobrevivido a cuatro décadas de acoso y represión. Agrupa a unos 5 mil socios, en su mayoría vendedores y taxistas. Su capacidad de movilización es sorprendente. Es la organización popu-

lar independiente más añeja en el estado. Exige, entre otras muchas demandas, un verdadero reordenamiento comercial y el freno a la gentrificación. Frente a la especulación inmobiliaria y la expansión de los grandes supermercados trasnacionales, defiende los pequeños comercios, al pueblo pobre y a los trabajadores. Su lucha choca de frente con los intereses de empresarios de la construcción, inmobiliarios, monopolios del transporte, la Cámara Nacional de Comercio y los políticos que expresan sus intereses.

Rubén Sarabia fue parte de un equipo de estudiantes de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla que, decididos a vincularse a las luchas sociales para servir al pueblo, asesoraba al profesor Lorenzo Hernández Becerra. Y cuando, al poco tiempo, el maestro Hernández desvió el sentido de la lucha, Sarabia asumió la dirección de la 28 de Octubre. Se le conoció desde entonces como *Simitrio* (Tzompasquelitl), por su parecido con el personaje de una película mexicana de este nombre.

De 61 años de edad, formado en el maoísmo, ha pasado más de la mitad de su vida desaparecido por fuerzas policiales, preso (incluso en penales de alta seguridad, donde tenía prohibido cantar y silbar) y exilado de Puebla, sin que nunca haya claudicado. Fue detenido por primera ocasión a los 18 años. Estuvo dos años tras las rejas.

La UPVA ocupa un lugar clave en el archipiélago de la izquierda extraparlamentaria de México. Desempeña un relevante papel en la articulación de

las resistencias populares en Puebla y en el acompañamiento a la lucha de los trabajadores de la educación democráticos (durante varios años fue muy cercana al Frente Magisterial Independiente Nacional). Pero, más allá de esto, no ha renunciado a entablar alianzas con otros proyectos apartidistas radicales en el país, provocando la alarma y el encono de los servicios de inteligencia.

La confrontación de la UPVA con el gobernador (2011-2017) Rafael Moreno Valle fue frontal. *Simitrio* se negó a entregarle la organización al mandatario y éste respondió atacándolo a él y a toda su familia. Su secretario de Gobierno, Luis Maldonado (hoy diputado por el PRD), le exigió “que dejáramos la dirección del movimiento. No aceptamos. Lo siguiente fue el golpe”. El morenovallismo lo encarceló con cargos falsos en 2014. Detuvo a su hijo Atl Rubén, inventándole que se dedicaba al narcomenudeo. Giró orden de aprehensión contra otro de sus hijos, Xihuel. Y abrió alrededor de 20 averiguaciones previas y una orden de aprehensión contra su esposa, Rita Amador.

Uno tras otro, los abogados de la unión (entre los cuales está Tonatiuh, otro de los hijos de Rubén) han desmontado los infundios legales en su contra y ganado los casos en los tribunales. Para Moreno Valle, esos triunfos jurídicos de la 28 son inadmisibles.

En una carta dirigida a la periodista de *La Jornada*, Blanche Petrich, *Simitrio* explicó: “Los sucesivos gobernadores del estado se han empeñado en destruirme a mí, a mi familia y a la organización. Moreno Valle,

con sus aspiraciones presidenciales, es el que más lo ha hecho. Para él soy una piedra en el zapato. Quiere demostrar a los inversionistas que es capaz de limpiar el terreno para que nada interfiera con sus intereses, ningún sindicato, ninguna organización popular. Y para lograrlo está dispuesto a todo, legal o ilegal”.

Hoy, a la interminable lista de persecución, acoso y represión contra la 28 de Octubre y *Simitrio* (en arraigo domiciliario desde marzo), se suma la ejecución de su hija Meztli Sarabia. Y el mensaje de quienes enviaron a los sicarios a quitarle la vida: “Sigues tú *Simitrio* y a los que apoyen a *Simitrio*. Fuera la 28”.

### **Benjamín González Suárez y las pugnas de la gleba**

El pasado y el futuro de los movimientos emancipadores se encontraron en Morelos en la década de 1970. La tradición de lucha zapatista y jaramillista pasó la estafeta a la convergencia de una poderosa insurgencia sindical, acompañada de tomas de tierras urbanas y campesinas, protestas estudiantiles, la acción de los cristianos por el socialismo y un archipiélago de organizaciones populares. Benjamín González Suárez y su familia fueron, a un tiempo, testigos y actores privilegiados de aquellas gestas de los modernos siervos de la gleba. Él lo fue hasta su último soplo de vida.

Benjamín nació en Cuernavaca el 25 de febrero de 1954, en una familia de comerciantes y luchadores sociales, marcados por la cuestión religiosa. Como si fuera gitano, estudió en varias primarias. En la prepa

organizó un movimiento que hizo historia y marcó a toda una generación.

Desde muy joven escuchó las pláticas sobre marxismo de Raúl Salmerón, egresado de la Universidad Patricio Lumumba. Supo que había que luchar contra el PRI, que era el símbolo de la opresión y el causante de la desgracia del pueblo mexicano.

Antonio González, su papá, fue siempre un hombre de compromiso. Como creía firmemente en la religión que le inculcaron sus abuelos, se metió de monaguillo. Después, se acercó a Casa de Dios. Cuenta Benjamín: “Éramos muy religiosos. Al levantarnos hacíamos oración por el día que comenzaba. Al sentarnos a la mesa, orábamos por los alimentos recibidos y después dábamos gracias por los alimentos consumidos. Lo repetíamos en los tres alimentos. Al anochecer dábamos gracias por el día vivido”.

Cuando Casa de Dios se dividió en dos bandos, Antonio no se decantó por ninguno. Pero, en 1963, llegó con la idea de que Dios no existía. Recuerda Benjamín: “Los alegatos se armaban alrededor de su cama. Nosotros defendíamos la existencia de Dios. Finalmente sus dudas acabaron. Siempre buscó la verdad. La encontró en el método científico”.

La baja condición física de su padre lo forzó a dedicarse al comercio. Fue arriero y trasladó artículos de una población a otra. Más adelante, empezó a hacer un poco de dinero con la Mueblería Janitzio, donde hoy está la entrada del restaurante Las Mañanitas, en Cuernavaca.

La familia se metió al torbellino de la participación política, de lo que Benjamín nunca se ha arrepentido. Antonio buscó a Rubén Jaramillo para apoyarlo, pero se le adelantó Adolfo López Mateos. El 23 de mayo de 1962, militares y policías judiciales sacaron de su casa al dirigente campesino, a su esposa Epifania, que estaba embarazada, y a sus hijos Enrique, Filemón y Ricardo, y los asesinaron en las cercanías de las ruinas de Xochicalco.

El crimen marcó a la familia González. Su hermano Israel se convirtió entonces en participante en todos los actos luctuosos de la familia Jaramillo. Benjamín fue amigo de don Félix Serdán, integrante del estado mayor de Rubén, y se llevará a la tumba muchas cosas que él le platicó. De ahí pa'l real, Antonio nunca dejó de participar. Después, padre e hijo se metieron al Partido Comunista Mexicano. No duraron mucho. Radicalizados, al irse Carmelo Cortés se salieron a buscar otra opción.

La familia se mudó a la colonia Antonio Barona. A partir de ahí se activó su participación. Una noche que Benjamín se refugió con sus padres, escuchó a su mamá decir que, desde el día anterior, se encontraba allí un nuevo compañero: el afamado Florencio Güero Medrano, futuro dirigente de la colonia proletaria Rubén Jaramillo y del Partido del Proletariado Unificado de América. Así comenzó la aventura familiar con los maoístas.

El ingeniero Jorge Fuentes, *Pancho*, era el líder del Partido Revolucionario del Proletariado Mexica-

no, grupo con que la familia González entablaría relación. Uriel Velázquez contó la historia de este proyecto maoísta en *El poder nace del fusil*, un apasionante y documentado libro.

Sin cumplir 18 años, en 1970 su hermano Israel viajó a China con otros para recibir instrucción política y militar. Un día –narra Benjamín– “me mandaron a contactar con unos compañeros que habían puesto bombas en diferentes lugares. Era un lugar muy peligroso. Pero logré mi cometido. Días después, leímos que había estallado un cinescopio en un local. Lo más seguro es que allí tenían bombas. Así fue como llegaron policías”.

Tuvieron entonces que huir a la Ciudad de México. “Un día –cuenta el dirigente popular– mientras mi padre sacaba a la calle una mesa donde vendía jugos de naranja, me mandó por el periódico. ¡Cuál sería mi sorpresa al ver que en *La Prensa* venía un retrato del camarada Pancho preso! Corriendo le llevé el periódico a mi papá. No hizo ningún movimiento pero fundó el PMT como tapadera”.

Años después, hasta su disolución, reclutado por Armando Mier, Benjamín participó en una de las organizaciones maoístas más relevantes de aquellos años: Acción Popular-Marxista Leninista y en multitud de luchas sociales en Morelos y otras entidades del país. Organizó una toma de tierras de Pino Resineros, en San Pedro Piedras Gordas, municipio de Villa Madero, Michoacán. Trabajó con las Comunidades Eclesiales de Base, con barrios, colonias y cooperativas. Pasó

por las mazmorras de la Brigada Blanca y fue torturado por Miguel Nazar Haro. Se salvó gracias a una tarjeta del secretario de Gobierno de Morelos. Después, se sumó al obradorismo.

Benjamín logró derrotar al cáncer en la garganta; pero no pudo sobrevivir a otra inclemente enfermedad. No se rindió. Así como luchó siempre contra la injusticia, batalló hasta el final por recuperar su salud. En su biografía están muchas claves de las nuevas pugnas de la gleba en el estado de Morelos.

### **Paco Ignacio Taibo II y los vientos del noroeste**

No está aún claro cuándo fue que el viento frío y seco del noroeste, el que trae la locura, le pegó a Paco Ignacio Taibo II, pero de que lo tocó, lo tocó. Su creatividad, la originalidad y vitalidad de su obra, su talento más allá de lo innato así lo muestran y, como bien sabe la ciencia, todos estos atributos caminan de la mano de la locura.

¿Acaso fue en algún paseo en el puerto de El Musel de su natal Gijón? ¿O en 1958, durante los 28 días de travesía en barco rumbo a México, a sus nueve años de edad, después de dejar atrás para siempre amigos y juguetes? ¿O en algún recreo en la primaria de la colonia San Rafael, en la Secundaria 4, en la Preparatoria 1 del Distrito Federal o en Ciencias Políticas de la UNAM, escuelas en que estudió?

Haiga sido como haiga sido, esa excentricidad creativa e irreverente lo ha acompañado a lo largo de

su vida y lo ha empujado a escribir más de 80 libros (uno de los cuales, *Patria*, vendió más de 100 mil ejemplares, publicados en 28 países y traducidos, entre muchas lenguas más, al griego, ruso, japonés, búlgaro, turco y polaco.

O a organizar la Semana Negra de Gijón a lo largo de 25 años. O a editar y distribuir gratuitamente medio millón de libros con la Brigada para Leer en Libertad y fomentar el debate sobre la historia nacional como nadie lo ha hecho en este país.

La suya es una clase de compulsión a la repetición que lo arrastra a no tolerar el racismo y el capitalismo salvaje, y que le ha valido, con especial satisfacción de su parte, la acusación de extremista e intolerante. A estas alturas –dijo al periodista cubano Iroel Sánchez– “la medida de un hombre no son sus amigos, son sus enemigos, y yo tengo los enemigos que me gusta tener”.

Ese espíritu contestatario está en su ADN. Por su sangre corre la simiente de la rebeldía. Su papá, escritor y periodista como él, vivió un primer exilio en Bélgica, en 1934, al que tuvo que partir como secuela del levantamiento minero de ese año. Su abuelo paterno, Benito, fue dirigente del Partido Socialista, y combatió en esa insurrección. Su tío abuelo materno fue director del diario socialista *Avance*.

Paco Ignacio era un niño cuando emigró de Asturias hacia México con sus padres, Paco Ignacio y Maricarmen, en un viaje para siempre, con el que se libraron de la intolerancia y el autoritarismo franquista. Ahora es mexicano por adopción. Y vaya que batalló

para serlo legalmente. En la década de los 70 solicitó infructuosamente en dos ocasiones la nacionalidad, pero, debido a su historial “subversivo”, se la negaron. Finalmente la obtuvo en 1982.

Escribió Paul Nizan que un hombre se recomienda por una mujer o por la Revolución. Parafraseándolo, puede decirse que Paco se recomendó como mexicano sumergiéndose de lleno en las aguas de la transformación social. Así que, antes de obtener su nacionalidad, tenía ya carta de naturalización por vía de la militancia de izquierda. En 1966 alfabetizó obreros en Xalostoc, se incorporó a la maoísta Liga Comunista Espartaco, participó activamente en el movimiento estudiantil-popular del 68.

Paco llegó a la izquierda de manera muy extraña. Corría el año 66. Tenía 17 años. Entrando a la Preparatoria 1, sus inquietudes políticas se consolidaron. Empezó a encontrar a compañeros con muchas afinidades. Juntos, enseguida formaron un grupo muy activo en el que estaba Joaquín Ortega y Paco Pérez Arce. Se llamaron grupo Revolucionario Fidel Castro durante un tiempo. Luego fueron Frente Izquierda.

Hacían labores de propaganda. Apoyo a huelgas, difusión de libros, venta de folletos, conferencias. Por un accidente, Óscar Santos, un personaje que luego consideraría nefasto y siniestro, los conectó con un dirigente de la Liga Comunista Espartaco, que reclutó a ocho de ellos. Ese dirigente era Renato Ravelo y sumó a la organización, a lo que en broma llamaban el *full*: que eran tres *Pacos* y dos *Toños*. Paco Pérez Arce, Paco Tai-bo, Paco Abardía y Toño Vera y Toño Garstra.

Fue puramente accidental que hubieran llegado a una de las ramas de izquierda radical. La LCE se decía en aquella época maoísta, pero era muy leninista del viejo estilo, muy compartimentada, con escalones, clandestina.

En aquella época formaban parte de una cosa que se llamaba Frente Estudiantil de la LCE. Tenía núcleos militantes en Prepa 5, Prepa 7, Prepa 6, en vocacionales y en Economía, del Poli.

Taibo II comenzó a leer de todo, no sólo maoísmo. Tenía influencia natural en lecturas libertarias provenientes de su curiosidad por el anarcosindicalismo español y el movimiento obrero. Sus células hacían trabajo sindical de volanteo y círculos de estudio, en algunos sectores industriales como los petróleos de la Refinería 34 y 35.

Ya para el 68 eran una ramificación importante porque tenían grupos organizados del espartaquismo en 10 o 15 escuelas.

Dentro de la Liga empezaron a seguir de cerca los debates sobre la Revolución Cultural o a leer material sobre la historia de la Revolución china. De hecho, él era un maoísta *sui géneris* que sabía más de la insurrección de Shanghái y de Nankín que de la guerra civil anti japonesa primero y luego anti Comitán. Eran maoístas porque eran maoístas.

Según Taibo II, el concepto de servir al pueblo en una organización leninista no era un concepto operante. Al revés. La LCE era una organización celular de propaganda, guiada por el viejo fantasma del *Prole-*

*tariado sin cabeza*, que era lectura obligatoria de toda aquella época, aunque no la comprendieran, no la entendieran y no les gustara.

Pacos y Toños tenían un círculo de estudios en una casa en la colonia Irrigación. Leían el *¿Qué hacer?* de Lenin, que les parecía un libro incomprensible si no lo ponían en contexto. Para Paco, todo el leninismo era incomprensible, porque no habían estudiado historia, y por lo tanto, cuando Lenin se peleaba con los economistas, a saber qué quería decir o por qué odiaba a Bernstein o a Kautsky. Todos los debates del leninismo, al ser atemporales, le resultaban absolutamente absurdos.

Militaba en una organización celular muy compartimentada, donde no conocían al resto de los militantes. Tenían a un responsable que los visitaba de vez en cuando. Todo el mundo usaba seudónimos, eran clandestinos.

Se fueron acercando al 68. Ya habían participado en los apoyos en el 66 a la huelga de Chapingo, a la huelga de las escuelas técnicas al tema de Morelia. Habían sido activistas difundidores del peso del aparato del Estado. Cuando llegó el 68 se creó una coordinadora y una célula estudiantil que manejaba esta Coordinadora de grupos repartidos a lo largo y ancho de todo el movimiento estudiantil del Valle de México. Sabían que allí participaban gente de la Normal y de Chapingo.

Luego, operaba a través de Frentes Estudiantiles por Escuela. El Frente de Izquierda en la Prepa 1 se sostuvo hasta el inicio del movimiento del 68 y en Ciencias Políticas de la UNAM volvió a reproducirse

la misma historia. Se creó un Frente Amplio, que Paco coordinaba, mientras que, a su vez, él era coordinado por la célula estudiantil, en donde Armando Bartra, Renato Ravelo y Martín Reyes eran los ejes de la dirección. Paco y sus compañeros no sabían que eran el Comité Central o la parte fundamental del Comité Central. Iniciando el 68, esta ramificación de grupos estudiantiles tuvo una escisión en donde se fueron Mario Rechy y Fabio Barbosa, que intentaron organizar un grupo violento, que fue reprimido muy rápido.

Armando Bartra y Martín Reyes habían difundido ampliamente las jornadas de lucha del mayo del 68. La LCE tenía relaciones con compañeros que venían directamente del movimiento estudiantil norteamericano. Poseía información sobre el Movimiento Estudiantil brasileño. Circulaba información más o menos interesante sobre el movimiento estudiantil español.

Paco militó en la Liga hasta el fin del movimiento. En diciembre del 68, los estudiantes regresaron a clases. Él decidió que a la universidad no la quería ver ni de lejos. Era una universidad pacificada a golpes, con un montón de presos políticos. Era vivir la culpa. Siguió militando unos meses en la Liga y después, por agotamiento, se fue desligando de las reuniones celulares, hasta que se zafó.

Según Taibo II, “la Liga, cuando yo la conocí, era una organización ideológicamente rollera y muy leninista. El problema del leninismo es que al deshistorializarlo se vuelve rarísimo. Se vuelve como un manual para hacer licuadoras o refrigeradores que no funcio-

nan. Eso era la Liga. Además, luego, en los últimos momentos del 68 sufre una escisión guerrillera”.

El maoísmo le dio al país –dice Paco– cuadros en grandes cantidades. Una parte de esa corriente se va a hacer la historia del movimiento en el Valle de México. “Los compañeros del Ho Chi Minh y nosotros, Compañero, una parte de Punto Crítico importante, vienen de proximidades o formaciones en organizaciones maoístas.

El maoísmo le dejó a Paco curiosidades. Se puso en serio a estudiar la Revolución china. Escribió un primer trabajo serio sobre Peng Pai, una de las más importantes influencias ideológicas de Mao Tse-Tung, que incluyó en su libro *Arcángeles*. Paco se pregunta: “¿qué me quedó del maoísmo? Que mi papá se botaneara de mí, diciendo que cuando Mao Tse-Tung nadó en el río Yangtsé había un tipo con traje buzo remando en un triciclo que lo iba sosteniendo.

En los 70, Taibo II fundó la Cooperativa de Cine Marginal, organizó sindicatos independientes y luchas obreras en el Valle de México, acompañó la lucha de los electricistas democráticos de Rafael Galván. Más adelante dio vida a Información Obrera y participó en la formación del PRD y de Morena.

Taibo II conoce México de arriba abajo. Lo ha recorrido como pocos en camiones de línea y hospedándose en modestos hostales. En el camino, ha escuchado el sentir y las preocupaciones de miles de voces, lo mismo de yaquis de Sonora que de maestros de Oaxaca. Ese conocimiento de la nación profunda está plasmado en su creación literaria. Sus novelas policí-

cas y cuentos obreros explican una parte sustantiva del país, mucho mejor que gran cantidad de ensayos y tratados académicos. Sus libros, conferencias y debates sobre la historia patria han calado hondo en profesores de primaria, luchadores sociales y jóvenes.

Aunque nunca ha sido un político profesional (que reciba un pago por ello), esta actividad es, junto a la literatura y la historia, su gran pasión. Y reniega de los que dicen no ejercerla. Una declaración de apoliticismo en un país y un continente y un mundo convulsionado como el nuestro –dice– es una declaración de vuelo sobre la realidad con alas en el culo. Encubre una actitud conservadora frente a la vida y un politicismo conservador y reaccionario.

Taibo II considera que “en cultura, la rentabilidad no tiene que ver con valor y precio, sino con el impacto en el desarrollo de la columna vertebral de la educación sentimental de tu sociedad. Es rentable aquello que eleva, protege, hace crecer, educa, ofrece alternativas a tu sociedad, y no aquello que es rentable económicamente”.

Quien busque la declaración de principios a partir de la cual el escritor ha guiado su conducta, ya la encontró: es la hora de los vientos del noroeste.

### **Santiago I. Flores, el *Rompecoches***

El ingeniero químico y escritor Santiago I. Flores tuvo la desgracia de descubrir a los cuatro años que Santa Claus no existe. Eso, pese a que desde muy pequeño co-

noció al Papa Noel en Sears Insurgentes, tanto al grandote que se encontraba en el escaparate de la tienda y emitía escandalosas carcajadas dignas de una mala película de terror, como al que estaba adentro y atendía las peticiones de los niños. Quizás de ahí le viene lo incrédulo.

Es la oveja negra de una familia de clase media ultracatólica, al que mandaron al colegio de monjas porque querían que siguiera la ruta de la virtud. Para desgracia de su parentela, se hizo comunista. Fue expulsado de tres escuelas religiosas.

Alegre viejito que sigue inmerso en la lucha de clases y el antimilitarismo, que piensa que Madero es más nombre de una calle que un héroe patrio, que reivindica a magonistas y zapatistas, es conocido por la crudeza de su lenguaje y su descarnada ironía. A los cuatro años, su papá lo puso en la ventana en la colonia San Rafael, con el letrero: “Soy un lépero”. Tenía razón.

Lector compulsivo, apasionado de la historia como otros miembros de su generación militante (Paco Ignacio Taibo II, Armando Bartra, Jorge Belarmino Fernández, Martín Reyes), publicó un nuevo libro sobre sus ancestros, en el Coahuila de los siglos XIX y comienzos del XX: *¡Mientes, Encarnación Galindo!* La obra confirma que no hay modo más hermoso de difundir un embuste que escribir una novela. Es un relato en que se entrecruzan muchísimos engaños con algunas verdades, como vivió su niñez a raíz del divorcio de sus papás.

La novela tuvo como materia prima una caja llena de papeles y fotografías familiares que le donó

su hermana, entre los que se encontraban actas de nacimiento y documentos bautismales. Acostumbrado a que cuando mete a alguien en su lista negra ya no lo saca de allí, y decidido a cobrárselas, la novela desmenuza las horrendas mentiras propaladas por tías, acompañándolas de personajes como Praxédis Guerrero, Felipe Ángeles o el racista y xenófobo Benjamín Argumedo.

Santiago fue uno de los 260 representantes del Consejo Nacional de Huelga del movimiento estudiantil de 1968. Integrante del Grupo Cultural Voltaire y participante en las movilizaciones contra la guerra en Vietnam, estudió en la Facultad de Química. Autodidacta, perdió en dos ocasiones el *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, de José Revueltas, que le vendió Ángel Verdugo, dirigente de los *mamelucos*, lo sedujo *El capital* por sus razonamientos matemáticos, se apasionó con la historia de Indochina y, aunque nunca tuvo *El libro rojo*, de Mao Tse-Tug, leyó sus *Obras completas* en cuatro tomos.

Tenía 22 años cuando se salvó de ser aprehendido porque el Ejército entró a Ciudad Universitaria, pero no de resultar herido, el 2 de octubre, por una esquirla de bala calibre .50 que entró en la rodilla y navegó por el ligamento, de la que conserva una cicatriz. Del edificio Chihuahua lo llevaron al Hospital Rubén Leñero de la Cruz Verde, donde personal médico lo protegió. Le hicieron la prueba de la parafina y lo interrogaron. Un doctor le confió que no lo curaban para que no lo apresaran. Lo trasladaron a urología, mientras le aplicaban

antibióticos. Una hermana consiguió que lo rescataran y, después de madrearlo y amenazarlo, lo operaron.

Convaleciente, leyó el *Ullises*, de James Joyce, y vio en la televisión cuando los atletas afroamericanos Tommie Smith y John Carlos levantaron el puño con un guante negro al recibir sus medallas olímpicas. Emocionado, se dijo: “Apenas empieza la cosa”.

El 10 de junio de 1971 participó en el contingente del CCH Naucalpan. Santiago recuerda: “Los *halcones* entraron con pancartas que disfrazaban las varas kendo, otros con rifles. Pensé que estábamos acorralados, sin escape. Con un miedo terrible no sabía qué hacer. Un chavo gritó: ‘¡Por aquí!’, señalando la caseta de entrada a los campos deportivos. Corrimos hacia ella. Los chavos treparon de un salto y con un giro cayeron del otro lado. A mí me costó más trabajo. Cinco tomamos un taxi. Nos dejó en Paseo de la Reforma”.

El 12 de julio de 1972 salió el primer número del periódico *La Causa del Pueblo* (que 21 ediciones después se convirtió en *Trabajadores en Lucha*). Él fue parte de su directorio. Tenía un Renault R8, con el motor atrás y cajuela adelante. Distraído, al ir a recoger la publicación a la imprenta y estacionarse, se echó en reversa a menos 5 kilómetros por hora con tan mala suerte que rompió el panel del motor al vehículo. Logró que allí cerca se lo repararan el mismo día; ya entrada la noche, fue a entregar el rotativo a la reunión de coordinación en la calle Atlixco de la Ciudad de México. Salió, se subió al carro, metió reversa y, otra vez, destrozó el panel del auto. Taibo II lo bautizó como *Rompecoches*.

El *Rompe* dio clases en la prepa 8 y trabajó en la mecanización y computación de Pemex. Orgulloso profesor del CCH Naucalpan desde la primera generación de estas escuelas, impartió 40 horas de clases a la semana, participó en la fundación del SPAUNAM y organizó sindicatos independientes con la Cooperativa de Cine Marginal en Xalostoc y en el gremio mueblero. Hizo amistad con Raúl Montalvo y Yamilé Paz Paredes, y conoció y siguió de cerca a Enrique González Rojo. Enfrentó a los porros universitarios.

Cuando la derrota de la insurgencia sindical y los electricistas democráticos de Rafael Galván cerraron muchas puertas, Santiago consiguió una beca para estudiar en Inglaterra. Se convirtió así en doctor en ingeniería de procesos. Desde entonces ha sido el mismo de siempre: crítico, informado, enamorado de la historia y autor de varios libros, como es un orillero, comunista, mal hablado e irónico, enemigo de la mentira y los mentirosos.

### **Roberto Rico, la tenacidad de la convicción**

Roberto Rico nació en el poblado San Antonio, donde se encuentra un ingenio azucarero cerca de Cortazar, Guanajuato. Fue registrado en Villagrán, Guanajuato, en 1953.

Su padre era jornalero agrícola, que cuidaba enormes granjas de pollo. La familia vivía en Cortazar y él se trasladaba a trabajar en bicicleta. Su madre fue siempre una mujer *luchona* que empujó por sacar ade-

lante a la familia. Fue ella la que instruyó: “Vámonos. Tenemos que buscar otros aires en otro lugar”.

Migraron a la Ciudad de México, donde se encontraba su abuela, trabajando en casa de una de las hijas de un constitucionalista, prima de la primera esposa de Vicente Lombardo Toledano. Al llegar, vivieron con unos tíos que cuidaban una casa del entonces secretario de Hacienda.

Su papá consiguió chamba como jardinero con el maestro Lombardo, en su residencia en la antes llamada calle Artistas 51, donde ahora está el instituto de estudios que lleva su nombre.

Roberto vino a la capital, junto con otros tres hermanos, a los siete años de edad. Hizo su primaria en la escuela Melchor Múzquiz, en San Ángel, y en otra que estaba en Tizapán. La terminó en la Juventino Rosas, de Contreras. Estudió el primer grado de secundaria en el Centro Escolar Cedros, un colegio nocturno de curas. La terminó en la Preparatoria 2, en el Centro Histórico.

Aunque su padre no sabía leer ni escribir y firmaba con una X, siempre quiso que sus hijos hicieran una carrera. Ya mayores, ellos lo alfabetizaron y le enseñaron a firmar. Su madre siempre los impulsó a prepararse.

Sus primeras lecturas, desde niño, fueron revistas que su padre le llevaba mensualmente: *China Reconstruye*, que actualmente se llama *China Hoy*, y *Sputnik*, de la Unión Soviética, publicada por la Agencia de Noticias Novosti. Le entusiasmaba saber de la

carrera espacial y de la perrita Laika, el primer ser vivo en orbitar la tierra. Luego cayeron en sus manos libros de Lombardo Toledano, que aún hoy conserva. Desde aquellos tiempos supo de la existencia del campo socialista y un mundo diferente al que vivía.

A partir de 1964, para tener un ingreso extra, su padre trabajó en el Centro de Investigación y de Estudios Avanzados (Cinvestav). Se encargaba de llevar la carne para los perros. Traslataba, en cada viaje, 20 kilos. Y Roberto le ayudaba. Le tocaba en muchas ocasiones ir para allá.

Fue así como supo sobre el movimiento del 68. Eran tiempos de gran efervescencia estudiantil. La política estaba en las calles. El 3 de octubre de ese año, el trolebús en el que iban pasó por la plaza de las Tres Culturas. Aún estaban las pipas de agua y el Ejército barriendo. Se veían pisos de color rojo. La imagen se le quedó grabada. Se preguntó: “¡Ah caray!, ¿qué pasó?”

Su papá quería tener un terrenito porque habiaban una vivienda prestada. Consiguió uno que le vendieron ejidatarios de Padierna y levantó una pequeña casa. Pero, como no se iban a vivir allí, un ejidatario la derrumbó a los 15 días. Protestaron con el comisariado ejidal y consiguieron que se les repusiera su predio. Había mucho robo en la lotificación.

Su padre le comentó su situación a Lombardo Toledano y el maestro le aconsejó: “tienen que llegar y posicionarse”. Así que en el nuevo lote, pusieron una tienda de campaña. Roberto y su hermano se quedaron a cuidarla. Al otro día llegó la policía y se los llevó a la De-

legación, que porque estaban invadiendo el terreno. Su madre hizo el escándalo del mundo, hasta que consiguió que el comisionado ejidal fuera donde los tenían detenidos y diera fe de que todo estaba bien. Los liberaron.

Roberto tomó allí poco de conciencia del valor de poseer una vivienda propia y la necesidad de cuidar el terreno. Tenía 19 años e iba a la escuela. Era muy amiguero y luchaban contra los porros. En una ocasión los malandros los agarraron y encerraron en un baño. Él se salvó porque se veía más flaco, pero a sus otros dos cuates se los *madrearon*.

En 1969 y 1970, antes de ser activista, creó un grupo de rock, en el que tocaba la guitarra. En su vida, el arte y la cultura han caminado siempre de la mano de la política.

En 1971 entró a segundo de secundaria. Un maestro los convocó a participar en la marcha del 10 de junio. Fue con sus cuates en el contingente, no tan grande, de Preparatoria 2 de la UNAM. Uno de ellos traía una pancarta. Empezaron a caminar sobre la calle de Maestros y a cantar el *Himno Nacional*. Se encontraron con porros golpeando a los manifestantes. Avanzaron a pesar de que el río humano se deshacía. De pronto, se toparon con cuates empuñando bastones y varas. Empezaron a sonar los balazos. Alguien gritó: “Vámonos, vámonos”. Se metieron en la puerta chiquita de la Normal. Corrieron. Roberto lo grabó en su memoria: “Volteó para atrás y veo una chava histérica, y un cuate que la agarró, le dio unas cachetadas y la jaló”. Él no se detuvo. Siguió corriendo. Miró otra vez hacia atrás y vio caer a otra joven.

Él y sus compañeros saltaron una reja y se metieron por una calle lateral al cine Cosmos. Estaba asustadísimo. Le gritaba a la gente con desesperación: “¡Están matando a tus hijos! ¡Allá hay una matanza! ¡Otra vez lo está haciendo el gobierno!” Siguieron caminando hasta que pudieron subirse a un camión rumbo al Monumento a la Revolución. Allí habían quedado de verse. Al llegar, se encontraron con carros de granaderos, así que mejor cada quien agarró rumbo a su casa. Le cayó el veinte. “¡Caray! ¡Vaya que está difícil la cosa!”

Lomas de Padierna se estaba convirtiendo en colonia. Tenía su parroquia. A finales de 1973, su mamá le insistió en ir a misa, y le contó que había allí un sacerdote que valía la pena escuchar. Él fue y se encontró a una figura que sería clave en su vida política: el padre Rafael Reygadas. Años después, él bautizó a su primera hija.

El cura no sólo oficiaba el rito. También echaba su rollo. Roberto tiene muy presente cuando les dijo a sus feligreses: “Aquí vamos a hacer cooperativas de consumo. El reino de Dios no hay que conseguirlo en el cielo, está en la tierra, en nuestras comunidades. Y preguntó: “A ver, ¿quién va a hacer comunidades?” Y los fieles alzaron la mano, mientras que el religioso pedía que le dieran la dirección del sitio de reunión a los jóvenes. Allí estaban Luis Reygadas, Diego Prieto, un cuate al que le decíamos *Coyaco*, y otro al que llamábamos *Oscaranza*. Puros jóvenes que hacían su misión allá”. Varios de ellos estudiaron en el Colegio Franco Inglés, de hermanos maristas, y fueron alumnos de Rafael.

A comienzos de los setenta, en esa escuela se dio un muy interesante proceso de concientización entre jóvenes que asistían a ella. En un testimonio que forma parte del libro *Inquietos, revoltosos y soñadores. Las entrañas de un colegio marista*, Diego Prieto escribe: “Recuerdo que cuando el *Hipofán* llevó al Franco a Paco Taibo II, para presentar un ciclo de cine, él se mostró intrigado de que en una escuelita católica y pequeño-burguesa hubiese podido surgir un grupo tan activo y compacto, preocupado del cine y la cultura, de Vietnam y el movimiento estudiantil, del periodismo y la literatura, de la desigualdad y los movimientos sociales, del rock y de la música latinoamericana, de las guerrillas y la filosofía de la no violencia”.

Luis Reygadas, también alumno de ese centro escolar, explica en esa misma obra: “Poco a poco varios llegamos a la conclusión de que queríamos irnos a vivir a los barrios, para desde ahí hacer un trabajo de mayor calado político, orientado a crear organizaciones populares. A nuestros ojos hacer la revolución era algo no sólo necesario, sino también posible, creíamos que era algo cercano. Los más grandes del grupo, que ya estaban en las universidades, nos alimentaban con bibliografía y planteamientos socialistas”.

De manera que esos muchachos, a los que en palabras de Reygadas, les urgía cambiar el mundo, se fueron a habitar en los barrios populares, para desclasarse y ayudar a organizar una revolución que les parecía inminente. Y allí se toparon con jóvenes como ellos, colonos por necesidad y no por opción, que comenzaron a ver que había vida más allá de la colonia.

Juntos, promotores externos y activistas internos, se dedicaron a organizar a los vecinos para hacer una cooperativa de consumo y otra de alimentos. Entusiasmado, Roberto se dirigió a Luis Reygadas, a quien rememora como “una gente muy sencilla, muy inteligente, académicamente excelente, premiado incluso a nivel internacional por los estudios que hace”, para preguntarle qué más había. “Oiga, doctor Luis” —le preguntó— y él lo paró en seco: “No me digas doctor Luis, soy el Cuaco”.

Reygadas le dio a leer *El libro rojo* Mao Tsé-Tung y lo invitó a un círculo de estudios. ¿Te gusta? —lo interrogó—. Roberto estaba encantado. “Sí, sí me gusta”, le respondió. El círculo tomó forma con otros jóvenes de la colonia. Eran 15 personas, 8 o 7 colonos y el resto promotores comunitarios. Se reunieron cada semana, a lo largo de casi tres años. Entre otros, leyeron a Marx, Gramsci y a Lenin.

El siguiente paso fue asistir a las asambleas de la escuelita en Padierna, en donde se habían invadido unos terrenos. Los activistas organizaron con el *Grillo*, al que le gustaba la canción latinoamericana, un grupo musical. Montaron también una obra de teatro que presentaron en el Cerro del Judío.

De allí se metieron de lleno a organizar la colonia. A Roberto le tocaron 16 manzanas. Era un campo fértil porque no había servicios. Los domingos, realizaban asambleas de 200 gentes cada semana y fijaban nuevas tareas: “Ya avanzamos en la calle tal, ahora vamos a ayudar a los vecinos en la otra calle. Vamos a avanzar en esto”. Después se nombraron los primeros

representantes de manzana y vecinales. Se realizó una asamblea grande y Roberto fue nombrado secretario. Fue a algunas de las últimas reuniones del Frente Popular Independiente (FPI).

Así que, entre la práctica y la teoría, Roberto descubrió otro mundo.

Roberto se incorporó al Grupo Compañero a fines de 1973. Lo reclutó Luis Reygadas. Participó en él hasta su disolución. Desde entonces, de muy distintas maneras y diferentes rutas, ha buscado mantener vivas las enseñanzas que aprendió allí.

Compañero nació en 1972, a partir de la reunión de 9 militantes, 8 de ellos provenientes de la célula Carlos Marx de la Liga Comunista Espartaco (LCE), en San Gregorio Xochimilco. Según Carmelo Enríquez, uno de los fundadores, tomó ese nombre del periódico *Compañero*, que se distribuía en las fábricas del Valle de México de manera clandestina.

En ese núcleo original, estuvieron, además del mismo Carmelo, Antonio Martínez, el profesor Amadeo Tobón, el arquitecto Guillermo Sataráin, dirigente del Autogobierno de Arquitectura, trabajadores de la educación y José Luis Rojas. De inmediato, organizaron 3 células para trabajar en sectores distintos: magisterial, estudiantil y sindical.

Recuerda Rojas: “El único que no venía de la Liga era yo. Me reclutan después de haber constituido el autogobierno. El que me habla es Antonio Martínez. El pinche Sataráin, al que tenía tres años de conocer y con el que había trabajado, no me recluta. Era excelen-

te. Me enteré después que fuimos nueve los que formamos la Organización Revolucionaria Compañero y el único que no provenía de la Liga Comunista Espartaco fui yo”.

Durante varios años se llamó, según cuenta Diego Prieto, la Corriente. La ORC, surgió a partir de su primer congreso de la ORC, celebrado en Chiconcuac, Morelos, en 1978. “Una organización—cuenta el antropólogo— nos puso Estrella Roja. Decían: ‘¿Qué nombre tienen?’ Y nosotros les respondíamos: “No tenemos nombre. Se encabronaban de que no tuviéramos nombre, y nos nombraban como ellos querían”.

La entrada de grupo Compañero a las zonas precarias del Valle de México comenzó en 1973. En ese año, participó en la fundación del Frente Popular Independiente (FPI), un organismo plural en el que participaron núcleos de conducción política de otros agrupamientos maoístas y marxista-leninistas, que seguía la ruta de otros organismos similares formados en el norte del país.

Diego Prieto rememora aquel proceso. “Desde el tercer semestre yo era el representante ante el FPI de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), a través de su Comité de Publicaciones. A partir de ahí, ya me tocó que me empezaran a mandar a trabajar a Lomas de Padierna, que era una colonia de invasión, que había formado *Pancho* Reyes. Después, el liderazgo se rompió. *Pancho* Reyes quedó un poco relegado y subió Úrsula Huerta, que fue militante de Compañero. Después vino la instrucción de irse a vivir

a los barrios populares y Marisa y yo nos mudamos a la colonia a finales de 1976”.

En Lomas de Padierna me volví a vincular con un grupo que venía del Franco Inglés, en el que estaba Luis Reygadas, que a su vez trabajaba en Pedregal de San Nicolás. Él fue el que reclutó a Roberto Rico.

Clave en este proceso fue también, la participación del sacerdote Rafael Reygadas. De acuerdo con Carmelo Enríquez, “era un tipo muy eficiente, muy organizado. En un principio, él era el que tenía los vínculos con las organizaciones populares. Ya después, la organización popular agarró su propio ritmo, pero el vínculo con los maristas siguió”.

Finalmente, el FPI se rompió. José Luis Rojas explica: “Decidimos desaparecer el FPI porque, en 1976, Acción Popular-Marxista Leninista se opuso a la participación electoral, y en el grupo Compañero -que todavía no nos llamábamos así- se acordó que, ante las elecciones, había que postular candidatos independientes. Lo hicimos en Naucalpan y Ciudad Nezahualcóyotl. Los compañeros de Acción Popular que estaban en el FPI dijeron que eso era oportunismo. Tuvimos entonces una lucha interna clásica de la izquierda. Se evaluó en la dirección del grupo Compañero la situación y concluimos: Hay que desaparecer el Frente Popular Independiente. ¡Me dolió bruto!”

Ser militante de Compañero le abrió a Roberto otro mundo. Participó en reuniones de la corriente política y el Movimiento Urbano Popular, que fueron enriquecedoras en su formación y en ampliar su visión

de la lucha. Fue parte de la comisión organizadora de la Unión de Colonias Populares del Valle de México (UCP), en el sur de la ciudad. La organización caminaba en dos pies, por un lado el de trabajar por la formación de un partido revolucionario clandestino y por otro la lucha de masas abierta. Rico aprendió también a hacerlo.

Sin ser dirigente del movimiento de masas, Roberto asistió a talleres de formación y reuniones de asociaciones por una vivienda digna, en los que participaron también, activistas como Pedro Moctezuma y Clara Brugada, Jaime Rello, Diego Prieto y Eduardo Nivón. Participó en reuniones de discusión y congresos en las colonias San Agustín, Naucalpan, Cerro del Judío.

Unos años antes, en 1970, había comenzando a trabajar en el Cinvestav, sustituyendo a su papá, a raíz de una operación que lo incapacitó. En 1973 adquirió la definitividad en el empleo. Allí conoció al investigador Carlos Fernández Tomás, militante del Partido Socialista de los Trabajadores (PST), quien lo quiso reclutar a su organización. Hijo de exiliados republicanos españoles, acababa de llegar del Instituto Tecnológico de Massachusetts, donde se recibió como doctor en genética y biología molecular. Rico le explicó que él ya militaba en otro agrupamiento. Carlos le dijo que estaba bien, pero igual lo invitó a conocer el trabajo político que ellos hacían entre los cañeros de Morelos.

Igual, le propuso que trabajara con él en su laboratorio. Le dijo: “Vente, yo te voy a entrenar”. Roberto aceptó. Fernández Tomás animó la formación de un

círculo de estudios con Roberto y un auxiliar de investigación, en el que leyeron libros como *La muerte de Artemio Cruz*, materiales sobre la huelga asturiana de 1936 y otros textos que Carlos les regaló.

En 1976, la dirección de Compañero lanzó la consigna de proletarizarse y trasladar sus cuadros a las fábricas. La meta era que el 70 por ciento de sus militantes (muchos de ellos estudiantes) se hicieran obreros. Roberto recuerda que dijeron: “todos los cuadros al movimiento obrero y al movimiento campesino”.

De por sí, desde antes, él tenía la comezón de organizar un sindicato en su chamba, pero no podía dedicarse a ello porque tenía un compromiso en su colonia. Sin embargo, cuando en la organización se da línea de integrarse al movimiento obrero, él se mete de lleno a trabajar políticamente en el Cinvestav. Fernández Tomás lo apoyó. “Tú échale ganas, éntrale. Nada más hay que cumplir. Yo tengo que dar seminario cada mes y necesito resultados”, le dijo.

Los trabajadores del Centro no estaban sindicalizados. Existía un consejo de trabajadores, pero lo único que hacía era tomarse un cafecito con el director, Guillermo Massieu Helguera. En septiembre de 1977, con la devaluación del peso de 1976, brotó una gran inconformidad, pues no les daban un pago retroactivo aprobado en mayo. En la asamblea del consejo, Roberto se les puso al brinco y logró que se acordara una acción de protesta. Fue el banderazo de salida para formar un sindicato independiente.

Poco a poco, los *chambeadores* empezaron a tenerle más y más confianza. Y, aunque él no había estu-

diado nada de sindicatos, ni la Ley Federal del Trabajo, les propuso organizar uno. Simultáneamente, armó un círculo de estudios secreto, con un auxiliar de investigación y un compañero del bioterio. Y, cuando la lucha avanzó, pidió asesoría de Compañero. Le enviaron a Jorge Morett, un antropólogo de la ENAH que trabajó en Chapingo.

El círculo se convirtió en el espacio para aprender cuestiones fundamentales del sindicalismo: condiciones generales de trabajo, contrato colectivo, legislación laboral. Durante más de dos años se prepararon, realizaron acciones de protesta, promovieron el nombramiento de nuevos representantes departamentales y reorganizaron desde abajo el consejo de trabajadores. Simultáneamente, fomentaron la difusión de la cultura de izquierda. Llevaron al grupo Los Folkloristas, a Guadalupe Pineda, a Alfredo Zitarrosa, a Judith Reyes a tocar su música. La experiencia les ayudó mucho a saber que había otras cosas más allá de su lugar de trabajo, que existían otras formas de ver el mundo.

Cuando finalmente lograron registrar su sindicato apareció uno *charro*, auspiciado por los porros del Instituto Politécnico Nacional, a los que enfrentaron, con el apoyo de algunos estudiantes. También se solidarizaron con ellos profesores como Carlos Ímaz padre, Eugenio Filloi, Javier González Garza y Carlos Fernández Tomás. Para no encadenarse al gremialismo estrecho, exigieron no sólo demandas salariales y laborales, sino también, que la institución dispusiera de más presupuesto para la investigación científica.

Las autoridades trataron de afiliarlos a una delegación del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), entonces controlado por el charrismo a través del grupo Vanguardia Revolucionaria, pero Roberto y sus compañeros, acompañados de alumnos organizados en el grupo Comisiones Obreras, básicamente politécnico, les reventó la asamblea espuria. El comité de lucha de ESIME les ayudó a sacar volantes. Finalmente, en 1979 ganaron el recuento para ver cuál era el sindicato mayoritario y emplazaron a huelga para negociar sus condiciones generales de trabajo. Entre 1985 y 1988, Roberto fue secretario general de la unión.

Comenzó a reunirse con otros sindicalistas que, como él, militaban en Compañero: Metro, telefonistas, ferrocarrileros, trabajadores del Ánfora, del INAH. Y a asesorar a obreros de otras fábricas, como Acros. Asistió al Campamento Tierra y Libertad, en Monterrey, Nuevo León, para participar en la fundación de la Coordinadora Línea de Masas. Evoca: “Era muy padre, porque ahí aprendía, absorbía. Conocí a muchísima gente, a abogados laborales. Luego, en 1979-80, cuando vino la cuestión del Congreso Nacional de la ORC tuvimos reuniones preliminares para discutir todo. Ahí estuve, en esos debates”.

En pleno despliegue de sus fuerzas, la ORC sufrió dos rupturas dolorosas. La primera, protagonizada por quienes salieron para darle vida al Movimiento de Liberación Popular (MLP), encabezada por René Alvarado López, conocido como Kochoviz. La segunda, mu-

cho más dolorosa, la de alrededor del 40 por ciento de los cuadros, que se fueron para fundar la Organización Revolucionaria del Pueblo (ORP).

Según Roberto, la del MLP “fue fundamentalmente estudiantil, básicamente con la gente de autogobierno de Arquitectura y otros más. Pero no la viví en el movimiento popular, ni en el sindical”.

En cambio —dice— la segunda “a mí me dolió mucho. Se fueron muchos jóvenes, que siempre le imprimían mucho sabor y profundidad al debate. Eran muy buenos tipos. El problema es que se fueron también los sindicatos. Se fue el de telefonistas y los del Metro. Se fueron los que estaban en el Sindicato Mexicano de Electricistas y los de Ferrocarriles y los del sindicato de industria textil de industria. Tenían un buen de trabajo. Se quedaron los más viejos, Carmelo, Antonio Martínez, Tobón. Y la división al interior del movimiento popular inició”. Como dirigente del MRP, Carmelo Enríquez empezó a tener todo el espacio público.

Luego, seguiría la desintegración definitiva de la ORC y el MRP, incubada por las disputas entre la dirección de la organización clandestina y la dirección de la corriente política de masas, en el marco de procesos unitarios de fuerzas de izquierda, con el Partido Comunista Mexicano (PCM).

“Recuerdo —comenta Roberto— que en una reunión que tuvimos en una de las escuelas de Chapingo se nombró a integrantes del comité central de la ORC. Pero, a pesar del enorme peso político y visibilidad mediática que él tenía a partir de sus responsabilidades en el MRP,

no incorporaron a Carmelo al comité central. Así que se fue junto a militantes como Rodolfo Armenta”.

En palabras del profesor Tobón, “donde se presentaron problemas fue en qué hacer con la corriente política nacional (MRP) y la ORC. Ahí tuvimos las contradicciones que ya no pudimos superar. La disyuntiva era: o se seguían los acuerdos y orientaciones que daba el movimiento de masa o se acataban los que determinara la dirección política de la ORC. Pero, quienes estaban en el comité central estaban alejados de las organizaciones de masas. Antes decíamos que todo aquél que fuera a la dirección, debería estar en las células. Pero ¿cómo podrían dirigir las organizaciones de masas si no estaban en ellas? Y los que estaban en las organizaciones de masas tenían la dinámica de un movimiento. Así que hubo un choque. Quienes estábamos en los movimientos de masas preferíamos el movimiento a lo que la dirección decía. Esas contradicciones no se pudieron resolver y ocasionaron la extinción de la ORC”.

Finalmente, el MRP se diluyó en la formación del Partido Mexicano Socialista (PMS). Más tarde, sin declaratoria formal de finiquito, la ORC desapareció. “Nadie decretó nada. Sin embargo, todos seguimos fieles a la costumbre de trabajar de la manera como lo hacíamos: hacer círculos de estudio, células y así. Es una manera normal de organizarse”, explica Roberto.

Al hacer un balance de aquella experiencia el autor de *El retorno: Una historia de encuentros y desencuentros en la izquierda social mexicana: La Unión de Colonias Populares del Valle de México, sus orígenes, sus*

*organizaciones* concluye: “Estoy muy agradecido de haber encontrado al grupo Compañero. De no haberlo hecho, sería un ciudadano común y silvestre. A lo mejor ya hasta me hubiera muerto, porque, la verdad, estar en la organización y hacer movimiento social y ser un activista es vivir”.

En lugar de dejarse llevar por el naufragio de un proyecto político (similar al que otras expresiones de la corriente Línea de Masas sufrieron entre 1985 y 1988), Roberto Rico siguió adelante con la lucha. Elaboró alternativas para movimientos sociales, impulsó un fuerte activismo de base y buscó poner en práctica un pensamiento creativo, rompiendo dogmas y estereotipos. Incansable, en todos los lugares donde ha vivido, ha sido representante o hecho cosas por la comunidad. Para él, la vida es crear, desarrollar, construir iniciativas y fuerzas populares para cambiar este mundo.

### **José Santos y Acción Popular-Marxista Leninista**

El presidente Luis Echeverría Álvarez estaba fuera de sí. En el Auditorio Salvador Allende de la Facultad de Medicina de la UNAM, increpaba a los estudiantes que le chiflaban y abucheaban. Intercalados en su discurso de inauguración de clases, lanzaba frases como: “¡Jóvenes del coro!, ¡Así gritaban las juventudes de Mussolini y de Hitler! ¡Fascistas!” Finalmente, ante la intensidad de la protesta en su contra, tuvo que poner pies en polvorosa por la puerta de atrás del recinto, en medio de una lluvia de mentadas. Mientras los alumnos trataban de darle alcance, un tepalcate lo descalabró.

Ese 14 de marzo de 1975, estaba fresco en la memoria estudiantil el papel de Echeverría en la masacre de Tlatelolco, su responsabilidad en la matanza del 10 de junio de 1971 y los centenares de asesinatos, desapariciones forzadas y torturas de su gobierno, en los primeros años de la guerra sucia. El viento de ira y rebeldía juvenil soplaba incontenible en los campus. En la UNAM, el rector Guillermo Soberón se había sumado a las filas de la cruzada anticomunista del mandatario.

Ese día –cuenta el matemático José Santos– “una multitud reunida en la explanada de la Rectoría, nos dirigimos hacia Medicina para expulsar a Echeverría. Huyó con la cola entre las patas, pedrada de por medio”. En la protesta, se encontraban integrantes del Frente Popular Independiente (FPI), organizados en frentes de activistas de varias facultades, impulsado por los grupos maoístas, Acción Popular (AP) y Estrella Roja u Organización Revolucionaria Compañero.

Santos estudiaba entonces en la Facultad de Ciencias. De joven, su familia se trasladó a vivir a Ciudad Nezahualcóyotl. Él boleó zapatos, vendió chicles y jabones, trabajó de albañil, en una panadería y una curtiduría para sufragar los gastos de libros y útiles escolares. En 1971, entró a la primera generación del CCH Naucalpan. En Neza, formó con sus amigos el colectivo Ricardo Flores Magón y un club deportivo. Participó en la lucha contra el *Pulpo camionero*. Y, en esas andanzas, conoció las obras de Mao Tse-Tung.

“Empezamos a leer las cuestiones de China –cuenta José–. Nos empezó a gustar la forma en que Mao habla-

ba, su famoso libro de citas y otros folletitos con su pensamiento.” Ya en la facultad, se incorporó a AP.

Acción Popular se fundó el 14 de septiembre de 1973, con militantes radicales, formados en el CNH del 68 y los comités de lucha del periodo 1969-73 (no confundir con el Movimiento de Acción Popular, que celebró su asamblea fundacional en enero de 1981, y con el que tuvo grandes choques). Se sumó a la lucha por la autogestión y la autonomía en facultades y escuelas de la UNAM y del IPN (Ciencias, Economía, Veterinaria, Psicología, Arquitectura, Físico-Matemáticas, Ciencias Biológicas, Esime, ESIA). También apoyó e impulsó el movimiento de las casas de estudiantes.

Aglutinó activistas de la ciudad y del campo en torno al periódico *Lucha Obrera Popular* y la consigna “¡Hacia la revolución democrática, popular y antiimperialista!”

Sus integrantes promovieron y participaron en las huelgas en Tula, Lido, Cactus, General Electric, Duramil, Panam, Pan Aviación, Morganite y la fundación de sindicatos universitarios independientes. En Zacatecas, Morelos, Oaxaca, Veracruz, Puebla y Tlaxcala auspiciaron movimientos campesinos por la recuperación de tierras y mejores condiciones de comercialización. En el movimiento social, construyeron agrupaciones como la Unión de Colonos, Inquilinos y Solicitantes de Vivienda 11 de Noviembre.

A raíz de la muerte de Mao (09/09/76), convocaron a un evento en el auditorio de la Facultad de Ciencias, en homenaje al dirigente chino. “Estuvo lle-

no –cuenta Santos, quien fue miembro del estrado en la ceremonia–. Llegaron grupos que no nos conocían. Algunos que no tenían expresión pública creían que eran los únicos. Compañeros que después fueron militantes, preguntaron si éramos maoístas, y decían que ellos también. Eso nos dio la proyección como fuerza maoísta e hizo que otros simpatizaran y militaran con nosotros, como el ingeniero Javier Fuentes”.

AP fue parte central de un archipiélago de organizaciones maoístas que se fusionaban, rompían y volvían a unirse sin desvincularse de las luchas populares. En 1976 fundó el Frente Popular Revolucionario (FPR), después de separarse del FPI. Ese año arrancó un proceso de convergencia entre ellos, la Organización Comunista Cajeme y Acción Comunista (ML), en este proceso surge el Partido Comunista de México-ML, del que ya no participó AP.

Una delegación de tres dirigentes suyos visitó China durante dos meses, en 1979-80. Ellos habían mostrado su adhesión a la República Popular. Según Santos, “nos dieron trato de jefes de Estado y entre muchas cuestiones que aprendimos fue que no teníamos que ser dogmáticos, sino aplicar el maoísmo de acuerdo con las condiciones concretas de nuestro país, siempre servir al pueblo”.

El Movimiento Comunista Revolucionario se fundó en mayo 1979, con la participación del FPR, el periódico *El Rebelde*, publicado a partir de 1975, con presencia en Yucatán, Campeche, Quintana Roo, Chiapas y Tabasco, y la Alianza Campesina Revolucionaria,

que distribuía la publicación *Ya es hora*, y luchaba por la tierra en Tamaulipas, Jalisco, Michoacán y Veracruz. El proyecto no duró más de dos años.

En diciembre 1984, se unificaron AP y la Organización Popular Revolucionaria-Grupo Obrero Revolucionario, con la aspiración de convertirse en baluarte de los marxistas-leninistas. Realizaron congresos con decenas de delegados.

Finalmente, AP-Marxista Leninista enfrentó grandes dificultades para resolver sus contradicciones internas y los cambios en el país, que no siempre pudo resolver adecuadamente. Heredera del movimiento estudiantil de 1968-76 que chocó de lleno con el gobierno de Luis Echeverría Álvarez, su huella puede verse en multiplicidad de organizaciones sociales y luchas populares que perduran hasta hoy. La corriente de Santos, al lado de activistas de diversos orígenes, sigue organizada en el Partido Revolucionario del Pueblo (PRP).

### **Jesús Vargas, el 68 y la ida al pueblo**

Jesús Vargas Valdés no tenía participación política alguna cuando comenzó el movimiento estudiantil-popular de 1968. Fue, literalmente, un cuadro que salió de la base. Por eso se siente un poco como esos revolucionarios que surgieron en 1910 y brincaron de la parcela a las tropas villistas o zapatistas.

Estudiaba los últimos semestres en la Escuela de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacio-

nal (IPN), cuando la bola se levantó y él se sumergió en un torrente del que, 57 años después, no sale aún.

Nació en Parral, Chihuahua, en 1946, en el seno de una familia de nueve hermanos y padre herrero. A fines de 1962, llegó a la Ciudad de México para inscribirse en la Vocacional número 3. Era un fanático del deporte cuando se enamoró de la lectura.

El 31 de julio de 1968, *Chuy* (como cariñosamente le llaman sus amigos) llegó a Ciudad Universitaria al acto de desagravio por la violación de la autonomía universitaria, encabezado por Javier Barros Sierra. En Ciencias Biológicas, la maestra Annie Pardo invitó a Gaiska Asteinza Bilbao, el mejor alumno de la carrera de Biología y amigo de Vargas, a asistir. Jesús y él fueron. Ya en el evento, *El Pino* le pidió a Gaiska que tomara la palabra a nombre del Politécnico. No pudo hacerlo porque todavía no tenía la nacionalidad mexicana. Sin embargo, Asteinza reviró: “Órale, Jesús, te toca”. La maestra Pardo lo apoyó. Así que Jesús tomó el micrófono y, por primera vez, un estudiante del Poli llamó a los universitarios a unirse a la huelga.

El autor de *Madera rebelde* se incorporó al movimiento por un sentido general de justicia. Se habían cometido serios agravios contra los estudiantes de las vocacionales 2 y 7, y de las preparatorias 1 y 2, y sentía que era su deber hacer algo. Ese mitin fue como un rayo que le cayó encima y lo impulsó a tomar una posición. Del 31 de julio en adelante, su vida cambió radicalmente. El 1º de agosto, después de la manifestación que encabezó Javier Barros Sierra, rector de la UNAM, se fue

hacia Tlalpan, y esperando el camión, reflexionó sobre todo lo que traía en ese momento en el corazón, en lo que había significado el día anterior y la manifestación. Sintió que su existencia cambió en ese momento para siempre.

Jesús fue electo al Consejo Nacional de Huelga (CNH) desde el principio hasta el final del movimiento. Su escuela, Ciencias Biológicas, tenía entre 900 y mil alumnos. Unos 150 estudiantes se integraron a la lucha de tiempo completo. Vivían en la escuela. Allí comían y dormían. La gran mayoría eran de provincia, así que no tenían ataduras familiares ni necesitaban rendirle cuentas a nadie. Entre ellos y los universitarios había una diferencia social.

Según *Chuy*, el principal estímulo que tuvieron como estudiantes a lo largo de todo el movimiento fue la simpatía popular. A donde iban eran bien recibidos. El apoyo económico de la gente fluía. “Nosotros –cuenta– nunca tuvimos dificultades para comprar papel, cartulinas, mimeógrafos, comida, para pagar la gasolina de los camiones. Había una gran insatisfacción social y el pueblo vio en nosotros una esperanza. Nos arropó, nos protegió y nos concientizó para salir de la burbuja esa en la que nos encontrábamos. Así pasamos a pensar en un cambio de política del país”.

El escritor de *La patria de la juventud* estuvo el 2 de octubre en la plaza de Tlatelolco. Se subió a la tribuna. Unos 10 minutos antes de que se iniciara la represión, llegaron abundantes mensajes de que había mucho movimiento policíaco. Él bajó a ver qué podía

ver. Al regresar se encontró con las entradas bloqueadas. Se fue al asta bandera, donde había quedado de encontrarse con algunos compañeros. Allí lo agarró la bengala, el desplazamiento del Ejército y los balazos. Corrió hacia espaldas del edificio Chihuahua. Se introdujo a una especie de tienda que estaba atrás del edificio. Salió con las manos en alto y se dirigió a un contingente militar. Pidió que le dieran salida. Se la dieron. Siguió por el pasillo hasta un edificio en el que tocó la puerta. Le abrió una señora que le dio refugio durante dos horas. Al salir, entró a una farmacia para esquivar policías. Allí permaneció hasta que pudo irse. Esa experiencia lo marcó políticamente. Fue el factor que en los meses y años siguientes orientó lo que iba a ser su actividad política.

*Chuy* siguió participando activamente en el movimiento. En marzo de 1969, al final de un evento para dar posesión al nuevo director de Ciencias Biológicas, cuestionó fuertemente al director del IPN, Guillermo Massieu. Le dijo frente a maestros y estudiantes: “Si todavía le queda un poco de dignidad y de vergüenza, renuncie al cargo. No merece usted ser el director del Politécnico”. El mandatario politécnico le cobró caro la afrenta.

Centenares de jóvenes como él decidieron dejar atrás universidades y centros de educación e irse a trabajar con el pueblo, a organizar sindicatos y ocupar tierras con los campesinos. En junio de 1970, una delegación del Movimiento Marxista Leninista mexicano (MMLM), organización que había recibido formación política y militar en China, encabezada por Federico

Emery, invitó al grupo de Jesús a Torreón de Cañas, en el norte de Durango. Allí, una organización agrarista dirigida por Álvaro Ríos los esperaba para fundar una base de apoyo estilo maoísta. Lo que sucedió es otra historia.

Inclaudicable, Jesús participó también en la fundación del Comité de Defensa Popular (CDP) en Durango y fue desaparecido por el Ejército, hasta que la protesta social logró su presentación con vida. Trabajó en la organización sindical de mineros de Santa Bárbara, Chihuahua, y en educación popular. Militante de la historiografía justiciera, es autor de libros fundamentales sobre el villismo, Nellie Campobello y los movimientos armados.

Le pregunto: ¿valió la pena la participar en el 68 y en los movimientos populares? ¿Acaso no fueron apenas un rayo en la oscuridad? Él responde: “totalmente”.

### **Severiano Sánchez y el 10 de junio**

Empuñando un rifle M1, un *halcón* se fue sobre Severiano Sánchez Gutiérrez en la marcha del 10 de junio de 1971. El alumno de Física y Matemáticas del Poli estaba atrás de un poste en la calzada México-Tacuba, cerca del Metro Normal. Trató de frenar a su agresor con un tabicazo. Fue en vano: un balazo entró por el pecho y le causó cuatro orificios.

Severiano era uno de los líderes más reconocidos del comité coordinador Poli-UNAM, herencia del

68. Aunque el 2 de octubre lo agarró la balacera en Tlatelolco, se salvó tras una corretiza del Ejército.

Ese 10 de junio marchaba en apoyo a los universitarios de Nuevo León. Pero, también, de algo mayor: “Que el movimiento estudiantil volviera a tomar las calles y ejercer el derecho de manifestación. Se buscaba superar la etapa del terror sembrada por Echeverría y recuperar el Zócalo”.

Severiano fue hijo de un ferrocarrilero y de mamá comerciante en muy baja escala. El más pequeño de siete hermanos, a los 18, impulsado por Luis Meneses, entró a Física y Matemáticas. Se volvió ratón de biblioteca, hasta que el 68 lo atravesó y dio un vuelco a su existencia. El movimiento se volvió su vida. En medio de un mar de textos de teoría revolucionaria, halló en Mao la guía más práctica para la acción.

Ese Jueves de Corpus, el contingente de Física y Matemáticas avanzaba cuando, en la esquina de Sor Juana y avenida de los Maestros, se les dejaron venir los *halcones*. Los manifestantes gritaron: “¡Resistan, resisten! ¡Defendamos la marcha! ¡Que no la rompan!” Desbarataron las mantas y usaron los barrotes para defenderse.

Sánchez recuerda: “Se viene la primera ofensiva de los *halcones* con kendos. Nos dan de chingadazos, pero resistimos porque era muy nutrida la manifestación. Los agresores se echan atrás y la policía les entrega rifles y pistolas de alto poder. Ya no era un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. De inmediato caen estudiantes heridos y muertos. Una voz ordena: ‘¡A la Normal!’”

Severiano no se resguardó en la escuela. Corrió hacia la puerta que da a la México-Tacuba con la intención de reagrupar la marcha. Se acercó al Metro Normal, cubriéndose entre los automóviles. Pero a los pocos minutos fue baleado. Herido, pensó: “Ya me dieron. Quiero seguir luchando. No quiero morir. Aguanta”. Se sentó en la banqueta con la cabeza siempre arriba, porque empezó a vomitar sangre, hasta que un compañero de Economía de la UNAM trajo un carro para sacarlo de allí. Como pudieron, lo llevaron a la Cruz Roja de Ejército Nacional. Para no comprometerlos, les pidió que lo dejaran en la banqueta.

En la camilla del hospital, perdió la conciencia. Despertó al día siguiente. Una enfermera le contó cómo la policía se había llevado a muchos estudiantes. A él lo dejaron porque pensaron que no sobreviviría. Disfrazado de médico, su amigo Francisco Meneses fue a buscarlo y se trasladó al Poli a avisar a sus compañeros. Hechos una furia, se movilizaron decididos a todo. Le dijeron al director del instituto, de apellido Zorrilla: “¡Sobre tu cabeza si se muere Severiano! Lo vas a sacar de ahí, lo vas a llevar adónde tú te atiendes. Si se muere, venimos por ti”. A las tres horas una autoridad fue a buscarlo con instrucciones de internarlo en otro sanatorio.

En septiembre, Severiano regresó a clases. Apoyó luchas obreras y de colonos. Pero, en 1972, pistola en mano, lo detuvo la policía y lo llevó a los sótanos de Tlaxcoaque. La reacción estudiantil fue explosiva. Para rescatarlo, secuestraron 30 autobuses y amenazaron con quemarlos.

Salió de la ciudad. Sin infraestructura ni apoyo de alguna organización, se fue a comunidades de indígenas mayos en el sur de Sonora, como alfabetizador, apoyado por la gente de Álvaro Ríos. Leyó sobre la Larga Marcha y la vida de los campesinos narrada en *Pekín Informa*. Aprendió a trabajar el campo. Un año después, junto con sus compañeros, se trasladó a Nogales para chambear en la construcción y seguir su vida de combatientes maoístas, hasta que, la ola represiva desatada a raíz del Asalto al Cielo de la Liga 23 de Septiembre, los hizo a regresar al Valle de México.

Nadie se dispersó. Rentaron cuartos en Naucalpan, Vallejo y Tlalnepantla. Se emplearon de obreros y organizaron sindicatos independientes. Eran unos 40 militantes. Severiano ingresó a Harper Wymann y dirigió importantes luchas fabriles.

Cuando, en el marco de un proyecto de convergencia política, los vientos de la revolución soplaron en otra dirección, Sánchez entró, por petición de los dirigentes democráticos de la sección 147 del sindicato minero-metalúrgico, a laborar en Altos Hornos en Monclova, Coahuila. Recorrió todo el proceso de lucha sindical: revisión salarial y contractual, utilidades, elección de comités locales, huelgas, paros, tortuguismo, enfrentamiento con el sindicato nacional y contra los directivos de la empresa.

Tras seis años en la siderúrgica como obrero, se soltó la represión. Lo despidieron, persiguieron y atacaron con porros sindicales y periodicazos, con la intención de echarlo de Monclova. La compañía le mandó decir que ni muerto regresaría a laborar.

Han pasado 52 años desde que Severiano Sánchez fue baleado. Considera que “esa brutal represión la ordenó Echeverría porque nunca aceptamos su llamada apertura democrática y nunca creímos que fuera un presidente de izquierda. El 2 de octubre ya nos había mostrado su instinto asesino. El 10 de junio provocó que miles de estudiantes asumieran un mayor compromiso en el movimiento obrero, las invasiones populares, la lucha campesina por tierra y créditos y las armas. Su objetivo era enfrentar al gobierno autoritario, represivo y antidemocrático de nuestro país”.

A más de 50 años de distancia, concluye: “Jamás me arrepentí de mi lucha. La recuerdo con emoción y con orgullo”.

### **Así se templó el acero de Francisco Linares**

Francisco Linares Calixto (1950-2026) conoció el mundo del carbón rojo de Coahuila desde lo más profundo. Minero por elección política, lo vivió en carne propia. Tanto, que casi perdió la vida en sus túneles y su salud nunca volvió a ser la misma después de respirar sus polvos tóxicos. Fotógrafo por vocación, lo retrató desde dentro en toda su fuerza y crudeza.

La lista de heridas y dolores que Francisco Linares sufrió en las entrañas de la tierra —y que aparecen como la trama latente de sus imágenes— es interminable: pozos carboneros que colapsan en zonas mineras abandonadas, negligencia de seguridad, trabajadores atrapados bajo los escombros, silicosis pulmonar,

jornadas extenuantes de trabajo en las fronteras del infierno, explosiones ensordecedoras que cuarteaban viviendas, viudas inconsolables que claman justicia y pensiones, huérfanos desamparados, riquezas estratosféricas de unos pocos y miseria de quienes extraen los venenos del diablo en forma de hulla.

Don *Panchito* —como le decían cariñosamente los suyos— nació en el seno de una familia campesina de once hermanos en Puebla, con mamá ejidataria. Le nació la conciencia al ver (y sufrir) los abusos del cacique del pueblo. Ayudó al cura en la misa y él lo impulsó a seguir estudiando. Era bueno para las matemáticas. Con el apoyo de su amigo de toda la vida, Severiano Sánchez, quien lo acompañó a lo largo de los años, entró a estudiar Físico-Matemáticas en el Politécnico.

Fue el responsable cultural de la organización estudiantil de su escuela. En embajadas y sociedades de amistad de países socialistas obtuvo películas para proyectar y literatura revolucionaria para propagandizar. Salvó la vida el 10 de junio de 1971. La rabia que le siguió al ataque fue motor de su compromiso político. Encontró en la Revolución china, las obras de Mao Tse-Tung y la literatura bolchevique guía para la acción y fuente de inspiración. *El libro rojo* fue su mapa para moverse en el mundo.

Dejó los estudios para proletarizarse y peregrinó por varias fábricas de Naucalpan junto a un grupo de compañeros, en su mayoría politécnicos. Participó en huelgas y protestas, hasta que en 1978 partió a la Cuenca Carbonífera a organizar la lucha proletaria.

Durante más de diez años trabajó en tres minas, siempre en las actividades más pesadas. Sufrió tres graves accidentes y tuberculosis (se le agujereó un pulmón). Cuando su organización política se disolvió, él se quedó en la región luchando.

A finales de los noventa fue boletinado por la patronal. Ya no le dieron trabajo en las minas. Lo persiguieron para dañarlo. Se refugió en Rosita. Se hizo periodista y, más tarde, fotógrafo. Encontró su primera chamba como reportero en la sección deportiva de *El Mundo*.

El diario apenas comenzaba a despegar. Además del camarógrafo, había apenas tres periodistas. El de la fuente política, el de la nota roja y él, que cubría deportes. Pero tenía un problema. Cada día se iba a reportear a los campos deportivos y caminaba con el solazo del semidesierto sobre su cabeza, mientras que el fotógrafo prefería quedarse en la ciudad, donde conseguía invitaciones a comer, o, de perdida, unas *chelas*. Así que sus notas estaban huérfanas de imágenes. Con suerte, lograba que su colega sacara de su archivo alguna vieja fotografía, usualmente ya publicada, de manera que decidió hacerse también fotorreportero. Su colega le vendió una pesada cámara Nikkomart que le sobraba, en 15 mil pesos. Santo remedio. Sus reportajes se llenaron de retratos y los deportistas compraban gustosos el diario, no tanto por las noticias sino porque encontraban sus fotos en sus páginas.

La fama profesional de don *Panchito* creció como chisme en rancho. Su jefe de redacción le ofreció subirle el raquítrico salario si cubría otras fuentes. Aceptó.

Uno de sus grandes éxitos era la sección “Alumnos que destacan”. Iba a las escuelas, entrevistaba a los mejores alumnos, hablaba con la directora, conversaba con los padres y los fotografiaba.

Sin embargo, la celebridad se volvió un problema. Las notas críticas sobre sucesos en el municipio encolerizaron al presidente municipal. Y, como no queriendo la cosa, para resolver los entuertos el alcalde firmó un convenio con el dueño de la publicación para que hablaran bien de él. En protesta, el jefe de redacción renunció y, en solidaridad con él, Francisco se marchó también.

Fundaron el tabloide *Presencia*, explicando las razones de su partida. Informaron, además, de una invasión de tierras para vivienda de mineros. El pleito escaló. El propietario del antiguo diario andaba con el *narco* y tenía sus pistoleros, de manera que uno de sus gatilleros los amenazó. “Cálmense”, les advirtió. El jefe de redacción le respondió: “Nosotros vamos a decir la verdad siempre.” El sicario le reviró con un amago: “¡No! Los vamos a matar”. No eran palabras. Los pistoleros les dispararon e hirieron a Ángel Tello. Un ejemplar de *Presencia* quedó ensangrentado. La noticia del ataque salió en *24 Horas* de Jacobo Zabludovsky, donde entrevistaron a *Panchito*.

A pesar de la agresión, con dificultades y tropiezos, *Presencia* siguió saliendo. Linares reportaba y tomaba fotos. Cargaba siempre su cámara con él, al comienzo una de marca Panasonic y al final una Nikon. También tenía una de video de casete Sony.

Incurción en hacer fotos infantiles y, más adelante, de bodas y XV años.

Colaboró con el periódico la *La Voz de Monclova* hasta que le fue imposible seguir haciendo periodismo. Se transformó entonces en el payaso Kikolin. Lo que comenzó como un *show* para entretener a su hija en su fiesta de cumpleaños, se volvió una exitosa y digna forma de ganarse la vida. Cuenta Francisco: “Empecé entonces a disfrazarme. Fue muy bonito. Los niños son maravillosos”.

Francisco era un hombre tenaz. Conoció a su esposa Ana Alicia Castillo, nacida en Linares, al pasar por una tienda. Quedó prendado. En ese mismo momento decidió que era la mujer de su vida y se iba a casar con ella. Insistió e insistió hasta que finalmente la llevó al altar.

Inspirado en la lectura del Evangelio, don *Panchito* siguió comprometido con las mejores causas de la región minera. Sobre el significado de la Biblia en su vida, me explicó: “Su lectura me daba fuerza. Fue donde empecé a hallarle sentido. La lucha de los tajos me ha ayudado mucho. Pero ahora ya no fue con los mineros, fue más personal. Siento que esa lucha estuvo muy bonita porque conocí a Dios en vida y viví y me acompañó”.

Linares estuvo en primera línea en protestas contra la contaminación ambiental y la destrucción del medio ambiente. El 19 de febrero de 2006, cuando explotó el tiro 8 de la mina Pasta de Conchos, sesenta y cinco mineros quedaron atrapados. El dueño, Germán Larrea, se negó a rescatar los cuerpos de los fallecidos, argumentando que era imposible hacerlo. Evadiendo

a la autoridad, Francisco bajó a la mina con su cámara para demostrar que era factible recuperar los restos mortales de los sepultados.

Francisco Linares capturó con su cámara, como pocos fotodocumentalistas lo han hecho, los avatares, sinsabores y potencia de la cultura minera y su resistencia. Pero, también, la vida familiar y comunitaria de los pueblos del carbón.

En diciembre de 2023, parte de su obra fue expuesta en la exposición “Rostros de la minería, testimonio de una realidad invisible fuera de sus confines”. Aparecen allí minas, reuniones y rostros de mineros, capillas, cruces sembradas a la orilla del camino y ceremonias oficiadas por don Raúl Vera. Las imágenes son un entrañable homenaje a los que se fueron trágicamente y una forma de acompañar el incansable peregrinar de viudas e hijos en búsqueda de justicia.

Según su hijo José Francisco, su papá “mostraba sus fotos en las reuniones comunitarias y las exponía pegándolas en cartulinas que circulaban de mano en mano o se colgaban en los muros. Creía que era bueno revelar lo que sucedía. Que la gente se llevara un recuerdo de lo que había pasado y que las demás personas lo pudieran ver”.

Francisco Linares, fotógrafo y orgulloso minero, revolucionario, católico, fiel a su clase, partió el pasado 16 de enero a las 20:30 horas. Tenía setenta y cinco años. Le sobreviven cuatro hijos. En su entierro, un minero de Barroterán dijo que “era un hombre bueno, de buenos sentimientos”.

Perteneció a una generación de politécnicos que marcharon al pueblo para hacer organización, conciencia y revolución sin ambicionar puestos públicos, ni poder, ni dinero. Sus afanes y sus obras, sus batallas y sus fotos, nos enseñan que los cambios los hacen grandes hombres y mujeres como él, a menudo invisibles para quienes creen que la historia se escribe desde arriba y con mayúsculas.

### **Roberto Fernández, guardián de la memoria**

Pocas gentes conocen tan bien de primera mano la historia de los maoísmos mexicanos menos estudiados como Roberto Fernández. En él, se funden una memoria privilegiada y la militancia directa desde hace más de medio siglo en movimientos populares y organizaciones revolucionarias proquinas.

Fue integrante desde 1973 del Movimiento Marxista Leninista de México (MMLM), también conocido como *mamelucos*, hasta su desaparición en 1977. Años después (alrededor de 1980), se incorporó a Acción Popular-Marxista Leninista, donde permaneció hasta su disolución en 2003. Fue parte del Frente Popular Revolucionario y participó en las primeras reuniones para dar vida al Partido Comunista de México-Marxista Leninista, en la librería Sandino de la Ciudad de México.

Roberto fue camarada del ingeniero Javier Fuentes (1925-1990), cuyo seudónimo era Luis Bohorquez, quien recibió formación político-militar en la tierra del dragón, y es uno de los fundadores del maoísmo

moderno (el que cuaja a raíz de la pugna chino-soviética de 1963) en México, junto con Federico Emery. Ambos fueron interlocutores privilegiados de los comunistas chinos. En la lápida de la tumba del ingeniero —cuenta Uriel Velázquez, estudioso de su vida y de su obra— está escrito: “Mucho tardará el universo en volver a reunir el polvo que aquí yace, de un gran hombre”.

El ingeniero escribió varios documentos fundamentales en AP-ML. Entre ellos, están, *Partido y conciencia*, básico en la formación de los cuadros y los *Estatutos* de AP. Elaboró, además, materiales preparativos del Primer Congreso de la organización, que finalmente nunca se efectuó.

Cuando Javier falleció, Roberto fue uno de los responsables de sacar la abundante propaganda china que el ingeniero guardaba en una bodega en el Cerro de la Estrella. La influencia de Fuentes en Fernández fue fundamental. “Me dio la convicción y firmeza de que teníamos una herramienta universal para transformar esta sociedad: el pensamiento Mao-tse Tung”, dice.

Ha sido, a lo largo de su vida, activista estudiantil *ceceachero* desde 1974 y de las Preparatorias Populares; distribuidor de los comunicados de Lucio Cabañas y de las *Citas del presidente Mao*; apoyador de las luchas sindicales de Olivetti y el Seguro Social; organizador obrero en Texturizados Vica y la Ford Cuautitlán; defensor de los bosques en Jalisco; líder campesino en el Estado de México y Guanajuato (por no decir que de buena parte del país), en la Alianza Campesina Revolucionaria (ACR) y la Alianza Nacional de Organiza-

ciones Campesinas, Indígenas y Populares (ANOCIP); preso político; trabajador y sindicalista en la UNAM, al que apodaban el *Chernobyl*, porque trabajaba en el Centro de Estudios Nucleares; dirigente urbano popular y organizador de movimientos de jubilados.

Fue, también, amigo y camarada de revolucionarios provenientes del Grupo Popular Guerrillero, que protagonizó el 23 de septiembre de 1965, el asalto al Cuartel Madera, como Salvador Gaytán Aguirre, Saúl Chacón y Salvador Infante (del que aún es su cuate).

“Tuve —rememora— la fortuna de tener contacto con *Chava* (Gaytán), en ese tiempo conocido como El Obrero o Anselmo. Jesús Ríos me pidió que lo llevara a los volcanes, a la comunidad de San Pedro Nexapa. Se instaló en San Pedro. Había entonces una toma de tierras, a partir de un conflicto que se estaba viviendo en la comunidad con el ejido de Ozumba”.

“Posteriormente, comenzamos a mantener una relación muy fraternal, muy estrecha. Conversamos sobre el trabajo que hacía en aquel tiempo en el movimiento estudiantil y cómo nos vinculábamos con algunas comunidades. Luego, me empezó a invitar a algunas reuniones y me comenzó a platicar sobre el movimiento armado en los años 60. Era un hombre responsable, inquieto, siempre en la búsqueda de recuperar cada parte de la historia de lo que se vivió en el 65 y, sobre todo, teniendo siempre la actitud de ver qué se hacía en el presente. Él nos orientó. Fui conociendo a su familia y establecimos una relación muy estrecha, hasta que, después, me enteré que se llamaba Salvador Gaytán”.

Roberto nació en la mera Lagunilla, en Ciudad de México, en 1957. Es el más pequeño de una familia de 8 hermanos. Estudió en la primaria Ángel Albino Corso, de la Colonia Álamos, y en la Felipe Rivera, de la colonia Obrera. Se siguió en la Secundaria No. 124, y de allí al Colegio de Ciencias y Humanidades, Plantel Vallejo. Quiso ser físico-matemático pero terminó yendo a la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Comenzó a interesarse en cuestiones políticas por un profesor de Educación Cívica que les hizo leer la revista *¿Por qué?* y les puso como tarea realizar trabajos escolares basados en el periódico *Excélsior*. Supo del 68, a través de un primo, que vivía con su familia, al que las fuerzas del orden le rompieron la nariz en un enfrentamiento entre ganaderos y grupos estudiantiles.

Cuenta: “No teníamos una conciencia de qué pasaba, pero nos llamaba mucho la atención que se paraban los trolebuses, llegaban los granaderos y comenzaban situaciones de confrontación entre jóvenes que estaban haciendo mítines frente a las instalaciones de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas”.

El 10 de junio de 1971, un amigo lo invitó a participar en la movilización. Allí fue. Recuerda: “Cuando comienza la represión, íbamos con nuestros clásicos uniformes de secundaria y muchos jóvenes nos protegieron para que pudiéramos salir sin ser golpeados. No paré de correr hasta mi domicilio. Al llegar, mi mamá me puso una isanta regañiza!”

Ya en el CCH comenzó a participar en el Movimiento de los Cuatro Puntos, en el que se formaron

los primeros grupos de activistas de la escuela. Tenía como objetivo el apropiarse de la vida académica. Más o menos simultáneamente, nació un comité de lucha y se formó el Grupo Activista Lucio Cabañas, cuando el dirigente del Partido de los Pobres todavía estaba vivo.

Uno de los dirigentes más avanzados del colegio, que venía de una prevocacional, Víctor Cejudo desempeñó un papel muy importante en su formación política. Él venía del Movimiento Marxista Leninista de México. Los orientaba sobre la necesidad de tener una guía para poder llevar el movimiento a conseguir sus demandas.

El Movimiento de Los Cuatro Puntos triunfó y se creó el Frente Unido de Grupos Activistas (FUGA), para tratar de evitar la dispersión. Roberto ya formaba parte del Lucio Cabañas. Se coordinaba con Cejudo y con Manuel Rangel, al que le decían *El frijolito*. Él fue quien le distribuyó folletos sobre la polémica chino-soviética. Para ese entonces, su padre, un trabajador autodidacta, le había regalado una biografía de Mao Tse-Tung, que leyó como tres o cuatro veces, con apenas 13 años de edad.

A finales de 1973, lo reclutaron a los *mamelucos* Alberto Ruiz de la Peña y Roberto Cedillo. Ambos fueron parte del segundo grupo del MMLM que viajó a Pekín para su formación. Recibían propaganda de Pekín. Algunos de ellos, por cuestiones de seguridad, militaban en el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT).

Rememora el futuro *Chernobyl*: “Un día, Alberto me lleva a un lugar lejano, y misteriosamente me entrega un sobre y me dice: “Lo abres cuando llegues a

un lugar seguro, de preferencia tu casa. Ponte a leer el texto y lo vamos comentando”. Yo me dije: “Ha de ser el libro rojo de la revolución de México”. Cuando llegué a mi casa, lo abrí y era un texto de Mao: *Análisis de clases de la sociedad China*. Ya lo había leído. Le agradecí el gesto a Alberto y lo fuimos comentando, sin decirle que ya tenía un vínculo con la organización.

Con los *mamelucos* participan en aquel tiempo María Teresa Rivera, una mujer excepcional, Jesús Gómez Ibarra, un incansable difusor del maoísmo y gente que iba a varias facultades, escuelas del Poli y oficinas públicas a vender libros.

Algunas de las reuniones se efectuaban en una oficina del ex integrante del Grupo Prometeo, Jesús Ríos Bañales, en la que se tenía bajo resguardo la editorial Vientos del Este. Allí recogían cajas y cajas de citas de Mao, editadas por los mismos *mamelucos*, la primera edición de esta obra publicada en México. Jesús Ríos fue bibliotecario de la Universidad Obrera y allí recibió y distribuyó multitud de materiales que llegaban provenientes de la República Popular China. Fue uno de los responsables de acercar al dirigente campesino Álvaro Ríos al maoísmo. Él era el editor porque conocía de libros, imprentas y ediciones. Durante algún tiempo se ganó la vida publicando la revista de Canacintra, *Transformación*. Roberto y sus compañeros se fogueaban repartiendo en los salones *Las Citas de Mao*. Leían, además, *las Cinco Tesis Filosóficas*.

La célula del MMLM en Vallejo era grande. Allí estaban, según recuerda Roberto Zedillo; Arturo Gaitán; María Teresa Rivera; el profesor Santillán; Juan de

Dios; Enrique Aguilar, profesor de matemáticas; Alberto Ruíz de la Peña; Manuel Fernández y su hermano, al que le decían el *Guarachito*. Además, participaban algunos estudiantes.

Explica Fernández: “Algunos camaradas comenzaron con la cuestión de reactivar algunas acciones. Varios compañeros ya estaban trabajando en algunas fábricas. Se formó una célula en Becton Dickinson, que era un laboratorio, y se estalló la lucha. El movimiento tuvo resonancia mediática”.

El grupo decidió establecer una base en Nayarit, para dar continuidad al revés que habían tenido en Durango, cuando varios de sus militantes partieron a Torreón de Cañas a tratar de fundar allí una base de apoyo, con la cobertura de Álvaro Ríos. Consideraron que en Nayarit estaban dadas las condiciones, porque había comunicación con algunas comunidades y relación con compañeros que bajaban de la sierra.

En 1976, el Frente Popular Revolucionario, en el que participaban varias organizaciones de corte maoísta, se rompió. Aunque los *mamelucos* no eran parte de sus integrantes, Roberto sí lo era. Después de la muerte de Mao, se abrió un intenso debate dentro del Frente, que tuvo como eje la posición albanesa y sus críticas a la Revolución china. La llegada del folleto de Enver Hoxa, *Teoría y práctica de la Revolución* precipitó su desintegración. Comenzó entonces a discutirse la necesidad de formar un Partido Comunista de México-Marxista Leninista. Aunque asistieron a algunas reuniones, Fernández y sus compañeros finalmente no se sumaron al proyecto.

Los *mamelucos* se disolvieron oficialmente en 1977. Alrededor de unos 30 militantes, se reunieron en la Cerrada de Calle de Mártir 77, Ciudad de México, una casa que originalmente era de Nicolás López, pero rentada por Alberto Ruiz de la Peña. Hasta las escaleras se llenaron. Estaban todos reunidos.

Después de explicar que algunos de ellos estaban inmersos en actividades que no eran compatibles con la militancia, Federico Emery, la principal referencia política de la corriente, anunció: “que cada quién asuma y agarre su propia ruta”.

Según Roberto, en ese encuentro “estuvimos Alberto Ruiz de la Peña y su esposa; María Teresa Rivera; Jesús Gómez Ibarra; Jesús Ríos Bañales; Guillermo Loera; Federico Zapatar; el *Chicharrín*; Roberto Galán; el *Gordo* Arredondo; Víctor Cejudo; compañeros que venían de Nayarit, Manuel Fernández. Estuvo Nicolás López, uno de los iniciadores dentro del maoísmo en la universidad; había compañeros del Poli, Rogelio Carmona. En ese periodo, María Teresa y Jesús Gómez Ibarra, militaban en el PMT, de Heberto Castillo, como cobertura”.

Ya como ex *mamelucos*, pero aún coordinados con varios camaradas, Ernesto Padilla Nieto y Roberto, migraron al Estado de México para tratar de dar vida a una ARIC entre productores rurales. Ernesto se fue al norte, a la zona Mazahua, y Roberto al sur, para organizar la Sociedad de Solidaridad Social, Pueblos Unidos del Sur Emiliano Zapata.

Una circunstancia muy relevante en la recomposición de los diversos grupos maoístas de la época,

fue la formación del Sindicato de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), en el que se dio una lucha muy intensa. Sarita, la primera esposa de Pedro León, estaba allí. Sin embargo, se suscitaron grandes contradicciones entre las organizaciones políticas que participaban en el movimiento. A pesar de que tenían todo para ganar el primer sindicato independiente del Estado de México, una de las corrientes orquestó una campaña, diciéndole a los trabajadores que someterse al recuento, por parte de la Junta Local, era caer en una postura burguesa. Como la rectoría había formado un sindicato blanco, con 200 votos podían registrar el sindicato patronal. Sin embargo, cerca de 6 mil trabajadores fueron a la Junta y dijeron: “Somos un sindicato, de hecho”. A la larga, la lucha fue derrotada.

En esa parte del archipiélago maoísta se encontraban Los Comales (Círculo marxista-leninista), integrados por la Brigada de Chu-Teh y la Brigada Chou En-Lai, el Frente Magisterial Independiente Nacional (FMIN) y Ramón Couoh, que sacaban el periódico *Camínemos, El Educador Socialista*; el equipo del ingeniero Fuentes, núcleos provenientes de los *mamelucos*, la misma Cajeme y la UOI de Ortega Arenas.

La prueba de fuego para que Roberto fuera integrado a AP fue su traslado al ejido de Ayotitlán, en Jalisco, de donde es la familia García Barragán. Allí, las comunidades enfrentaban el saqueo salvaje de sus bosques, a manos del cacique Durán Legazpi, al que llamaba El Cazango. Abusivos, traían un certificado de inafectabilidad agraria y ganadera en el que se incluían

las cincuenta y tantas mil hectáreas de Ayotitlán. De repente, aparecían en un lado, montaban el aserradero y comenzaban la explotación de la madera.

Como en su momento escribió el padre Miguel Concha, Ayotitlán es una comunidad indígena nahuá-otomí de Mesoamérica con más de 800 años de historia, que sobrevivió a la Conquista, la colonización y el mestizaje impulsados en la costa sur de Jalisco por sátrapas. Preexiste a la conformación del actual Estado mexicano y, por ende, a Colima y Jalisco como entidades federativas.

La situación se había agravado porque, según la Comisión Nacional de Derechos Humanos, la Secretaría de la Reforma Agraria, no entregó a los indígenas una dotación ejidal de agosto de 1963, que les reconoció la posesión de una superficie de 50 mil 332 hectáreas.

En 1982, Roberto, junto al responsable del trabajo, un egresado de la Normal Rural de Atequiza afectado por la poliomielitis de nombre Jacinto, y José Rodríguez (en aquel entonces sancionado por la organización), se trasladaron a Ayotitlán a través de Minatitlán, Colima. Llegaron al poblado de Telcruz, donde se encontraron con el padre *Chuy*, militante de la organización. A partir de ese momento se volvieron seminaristas.

Según el diagnóstico que hicieron, la única forma de parar la explotación salvaje era caerles a los caciques al aserradero. De manera que fueron preparando las condiciones para hacerlo. Trabajaron tres semanas en un proceso de acondicionamiento. Comenzaron analizando con el padre *Chuy* sobre qué comunita-

des eran confiables, porque el ejido de Ayotitlán tiene treinta y tantos anexos, y, además, está metido, destruyendo el medio ambiente, el Consorcio Minero Benito Juárez Peña Colorada.

El poblado más puesto era el Benito Juárez, Peña Colorada, justo donde se encuentra la minera. Y la gente más bragada era la de Las Pesadas. Con ellos, comenzaron a preparar el terreno para ver cómo se iban a parar. Dieron un curso de autodefensa y formación política. Los indígenas tenían nada más puras resorte-ras y pistolitas de postas. Sin embargo, aprendieron a hacer sus dianas.

Con las condiciones a su favor, entre 300 y 400 personas de las comunidades, le cayeron al aserradero, Las Pesadas, con toda la maquinaria atrás. Hartos de la explotación, sin beneficio a sus florestas, los indígenas le prendieron fuego al aserradero de Manantlán.

A partir del *Fuenteovejuna*, la judicial, la policía del estado de Jalisco y de Colima subieron a la sierra y pusieron retenes. La gente les avisaba en qué poblado andaban y ellos se movían. Era una situación delicada. Estaban a salto de mata. Los oficiales comenzaron a ir a misa con el padre *Chuy* y los “seminaristas” lo auxiliaban con la ceremonia, prendiendo incienso o recogiendo la limosna.

Después de tres meses de la lumbre y sin contacto con el exterior, decidieron que alguien bajara a la Ciudad de México. Tenían a su disposición un servicio de inteligencia en Minatitlán: la compañera Fidela. Los judiciales y todo el mundo llegaban a su puesto de

comida y ella escuchaba sus conversaciones y daba el pitazo de lo que iba a suceder.

La decisión de quién debía bajar, la tomó el padre *Chuy* con un democrático volado. Roberto lo ganó. El sacerdote le dio 60 pesos para que llegara hasta México. Simultáneamente, comenzó a prepararse una gran movilización comunitaria en la Sierra. Fernández salió de la región con la documentación legal para defender la causa de las comunidades en los tribunales. El dinero apenas y le alcanzó para llegar Guadalajara. Desafortunadamente, no encontró a ninguno de sus contactos. Y con 20 centavos en la bolsa, se comunicó con Manuel al DF.

—Necesitas estar aquí a medio día —le dijo el dirigente de la ACR.

—No traigo ni un peso parairme en camión —le respondió Roberto sin mucha suerte.

—Pues a ver cómo le haces, maestro —le ordenó Miguel.

De manera que en la terminal de Guadalajara, Roberto se conchavó con el chófer de un autobús que llegaba de Tijuana rumbo a la Ciudad de México, ofreciéndole pagar el boleto al llegar a la Central del Norte, y dejando sus valiosos documentos como garantía. Después de múltiples incidentes dignos de una novela de aventuras, al llegar a la capital, quedó con el operador de buscarlo para darle su dinero y se dirigió al CCH Vallejo a buscar apoyo. Allí, Enrique Aguilar Sánchez; que había sido del Comité de Lucha de Físico-Matemáticas del IPN en el 68, le dejó el dinero y lo llevó en su

*vochito* a pagarle al piloto y recuperar la documentación y otras prendas.

Milagrosamente, Roberto llegó a tiempo a casa de Miguel en Coyoacán, que era el cuartel general de la organización. De allí, salieron a realizar los trámites legales que las comunidades requerían. El activista le pasó toda la información al dirigente.

A los días, Miguel le propuso, aunque llevaba rato trabajando con ellos: “Necesitamos que te integres a Acción Popular”. Roberto lo puso a consulta con su colectivo. Recuerda: “Platicamos con María Teresa, con Gómez Ibarra, con el *Coreano*, con José Luis Chávez Luévano, con Rocío, con Elizabeth. En ese proceso, veíamos al ingeniero Fuentes, a través de María Teresa y de Gómez Ibarra. Finalmente, decidimos integrarnos, no en lo personal, sino como una expresión del maoísmo en México. Entablamos debates fuertes, profundos”.

Narra Roberto: “La AP-ML nació en la Cerrada de San Miguel, en el barrio de ese mismo nombre, en Coyoacán, Ciudad de México, en 1973. De allí eran Miguel Fernández, Alejandro Ampudia (de la Facultad de Ciencias). Entre sus militantes originales están: Jorge Calderón, Pedro León, Cholano, gente ligada al PPUA de Morelos, Jonathan González, Pedro Cortés de Oaxaca, Gabriel “El chino”, *Pancho* Segura, Benito Balám, Guadalupe, la compañera de Miguel. En 1976 tomó el acuerdo de integrarse al pueblo.

Luego, se sumaron las gentes del ingeniero Fuentes (que murió en 1990). Feliciano Ruiz, María Teresa Gómez Rivera, Jesús Gómez Ibarra. También, mi-

litantes de la Organización Comunista Cajeme (OCC) que no se fueron al PCM-ML.

La AP estaba dirigida por un comité central de entre 8 y 10 miembros. Nunca pudo realizar un congreso, aunque efectuó reuniones de comité central ampliadas y de regionales. A su interior, había un sector muy importante de normalistas rurales. Muy relevante, también, era la Comisión Permanente, en la que había gente de Comité Central, ya que era la instancia encargada de supervisarla.

La Permanente funcionaba de manera compartimentada, y resolvía, entre otras cosas, tareas de sus servicios de orden. Se estructuraba con columnas (algunas hasta de 100 personas) y escuadras (de 8 integrantes). Cuajó en regiones de Chiapas, Jalisco, Valle de México, Guanajuato y San Luis Potosí. Con peones acasillados guachichiles, formaron la Quinta Compañía Chichimeca.

La AP-ML decidió irse al campo en 1975-76. Su primera estación fue el Campamento Tierra y Libertad, en San Luis Potosí. En ese entonces, todavía está vivo Eusebio García. Su brazo agrario fue la Alianza Campesina Revolucionaria (ACR). Se fundó en San Fernando, Tamaulipas, donde había un expediente agrario cuya resolución, favorable a los campesinos, no había sido ejecutada.

Participó allí, quien será su primer dirigente nacional, Miguel Fernández Velázquez, el camarada Ostrogof, quien murió en un accidente de tránsito sospechoso en Tlaxcala, el 9 de abril de 1983. Nacido en Puebla, era de origen rural. Su papá transportaba pro-

ductos del campo. El aprendió a sembrar y conoció el sufrimiento de los labriegos. Estudió en la Facultad de Economía de la UNAM y militó en el FAEL, aunque no se metió al movimiento estudiantil. Fue viajando para ese negocio que se vinculó con grupos campesinos. Entró en contacto en la Huasteca con *Chebo* García, del Campamento Tierra y Libertad. Radical, llegó con el planteamiento a FAEL de entrar en una etapa de hacerse pueblo, y sentenció: “Quien no se funda con las masas, quien se quede en el aula, está perdiendo el tiempo”.

La relación de Miguel y Roberto se volvió estrechísima. Eran como hermanos. Durante más de dos años viajaron y organizaron movimientos rurales juntos. De hecho, Fernández dejó la ciudad y se replegó con Miguel hacia la zona sur del Estado de México.

También desempeñó un papel relevante en la construcción de la organización, Gabriel “El chino”. A él le decían *El Chiapas*. No sabían que se llamaba Gabriel. Él conocía a todos los dirigentes de las casas de estudiantes de provincia del estado que fuera: Tabasco, Chiapas o Sinaloa. Integrante de FAEL, fue clave en la implantación de la Alianza en el sureste. Entre otros proyectos, él fue el responsable de constituir la Coordinadora de Lucha Emiliano Zapata. Dirigente magisterial democrático, sigue siendo una figura de referencia en la CNTE.

Cuando comienzan a gestarse los embriones de la Alianza Campesina Revolucionaria, participan también compañeros de Campeche, formados por el muralista José Hernández Delgadillo, que publicaban el periódico *El Rebelde*, entre los que se encontraba

Francisco Segura Mey, también de FAEL y de la Casa de Estudiantes de Campeche.

Dentro de la organización había un debate acerca de la necesidad de privilegiar la formación de sindicatos de jornaleros agrícolas sobre la lucha por la tierra. Lo intentaron en Valle de Santiago, Irapuato. Sin embargo, se toparon con la realidad. Había allí expedientes agrarios sin ejecutar en Salamanca y Valle de Santiago. De manera que, amparados en ellos, organizaron las tomas de tierras. Destaca, la muy importante lucha en La Loma, del poblado de Valle de Santiago. Pedro León organizó el corredor de Acámbaro (5 municipios). En el norte del estado, Jonathan González se hizo cargo de la lucha en San Felipe Torres Mochas.

La ACR llegó a tener presencia en Chiapas, Oaxaca, Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Estado de México, Guanajuato, Tamaulipas, Jalisco y Michoacán. En Guanajuato organizaron lo que consideran fue una verdadera revuelta campesina. Llegaron a tener presencia en 23 municipios. Hicieron varias tomas de tierra en las ex haciendas más grandes del norte del estado, en San Felipe Torres Mochas, uno de los municipios más grandes.

Cuando comenzaron a luchar en el campo, algunos de ellos lo vieron como un medio para poder organizar una revolución agraria y bases militares. No era sólo la cuestión de recuperar la tierra y, luego, hacerse productivistas. Ciertamente, a su interior, había esa concepción. Pero, también, una intensa lucha ideológica. De manera que establecieron un fondo, al que

llamaban Fondo para la Creación de la Permanente, o sea, de un ejército popular. Así que, había parcelas de lucha “para poder mantener a uno o dos en el frente”.

Roberto fue un incansable promotor de la alianza de AP con la UOI de Juan Ortega Arenas. No a toda la militancia le pareció bien ese acercamiento. Según él, comenzaron a decir : ¿Cómo nos vamos a juntar con los neocharros? Era una crítica muy dura, muy severa. Pero, cuando vieron que se estaba dando un proceso de organización territorial con los compañeros, cayeron en cuenta de que no era una cuestión meramente gremialista, sino que se estaba avanzando en procesos de organización territorial entre obreros y campesinos, a nivel popular”. Incluso, la ACR estableció su local en el DF., en una vieja casona en la calle de Amado Nervo, perteneciente al Sindicato Nacional de Trabajadores de Aviación.

La Unión de Colonos Inquilinos y Solicitantes de la Vivienda (CISV) era la cara pública de la Acción Popular. Fueron fundamentales las Cooperativas de Poder Popular de Vivienda en Lomas de Tarango y Chimalhuacán, que eran, simultáneamente, centros educativos. Para el ingeniero Fuentes —explica Roberto— era un sueño darle vida a una academia militar. Se trataba de formar gente que comenzara a trabajar en la línea de fuego, supiera levantar paredes y tuviera condición física.

Permanentemente acosado, Roberto fue secuestrado y torturado por la policía por el asunto del asesinato de los policías de *La Jornada* por parte de un comando armado, en el que nada tuvo que ver. Quince

hombres golpearon a su mamá y se lo llevaron. Estuvo desaparecido 24 horas.

Incansable, Roberto, junto a su compañera Adriana, participa lo mismo en el movimiento de jubilados del SME, que en luchas por servicios en Matamoros, Tamaulipas, o en la organización de usuarios del servicio eléctrico contra el pago de altas tarifas. Su memoria es una enciclopedia viva de los maoísmos mexicanos menos conocidos. Si escribiera sus recuerdos podría publicar varios libros. A conservar esas experiencias dedica parte de su tiempo.

## ÍNDICE

|                    |   |
|--------------------|---|
| Introducción ..... | 7 |
|--------------------|---|

### CAPÍTULO I

#### La nueva Nao

|                                               |    |
|-----------------------------------------------|----|
| China, el gigante que avanza a zancadas ..... | 11 |
| Fernando Benítez y la China de Mao .....      | 15 |
| Paula Gómez Alonzo, la visionaria .....       | 19 |
| Miguel Covarrubias y el dragón .....          | 23 |
| Las andanzas del general Cárdenas .....       | 26 |

### CAPÍTULO II

#### La primera generación

|                                               |    |
|-----------------------------------------------|----|
| La mirada de Eduardo Galeano .....            | 31 |
| La jefa Esther Chapa Tijerina .....           | 35 |
| Enrique González Rojo, el tatuaje chino ..... | 39 |
| Camilo Chávez, el metalúrgico rojo .....      | 43 |
| Edelmiro Maldonado, el eslabón .....          | 47 |
| Salvador Infante, el puente .....             | 51 |
| Judith Reyes, mujer de fuego .....            | 55 |
| Juan Ortega Arenas, ave de tempestades .....  | 58 |

### CAPÍTULO III

#### El 68 y el paisaje

|                                                                                                 |    |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| La nueva <i>intelligentsia</i> , la nacionalización del marxismo y la<br>marcha al pueblo ..... | 69 |
| IPN, los estudiantes, el pueblo, la historia .....                                              | 74 |
| Domingos rojos .....                                                                            | 82 |

## CAPÍTULO IV

### Intermedio magisterial

|                                                          |     |
|----------------------------------------------------------|-----|
| Magisterio, buscar en las sombras .....                  | 87  |
| Amadeo Velasco Tobón y las aventuras del Corsario .....  | 91  |
| Rubelio Fernández, maestro de maestros .....             | 93  |
| Vicente Estrada, jaramillismo y pobrismo cabañista ..... | 98  |
| Plutarco Emilio García, la senda de Rubén .....          | 103 |
| El camarada Antonio .....                                | 107 |
| Joel Aquino, el sabio de la Sierra Norte .....           | 111 |

## CAPÍTULO V

### El florecimiento de los maoísmos

|                                                 |     |
|-------------------------------------------------|-----|
| El infatigable <i>Pancho Chema</i> .....        | 117 |
| El brindis de Teresa Franco .....               | 121 |
| Salvador Zarco, cuando el tren es la vida ..... | 125 |

## CAPÍTULO VI

### Cien flores se abren

|                                                         |     |
|---------------------------------------------------------|-----|
| El asalto al cielo de los Maos poblanos .....           | 135 |
| El asesinato de Meztli Sarabia .....                    | 140 |
| Benjamín González Suárez y las pugnas de la gleba ..... | 144 |
| Paco Ignacio Taibo II y los vientos del noroeste .....  | 148 |
| Santiago I. Flores, el <i>Rompecoches</i> .....         | 155 |
| Roberto Rico, la tenacidad de la convicción .....       | 159 |
| José Santos y Acción Popular-Marxista Leninista .....   | 175 |
| Jesús Vargas, el 68 y la ida al pueblo .....            | 179 |
| Severiano Sánchez y el 10 de junio .....                | 183 |
| Así se templó el acero de Francisco Linares .....       | 187 |
| Roberto Fernández, el guardián de la memoria .....      | 193 |

## LUIS HERNÁNDEZ NAVARRO

Luis Hernández Navarro (Ciudad de México, 1957) es periodista, escritor, analista político y uno de los más reconocidos estudiosos de los movimientos sociales contemporáneos en México. Durante décadas ha documentado las luchas campesinas, indígenas, magisteriales y populares, convirtiéndose en una referencia indispensable para comprender la historia reciente de las resistencias sociales en el país.

Ha sido coordinador de Opinión de *La Jornada* y colaborador permanente de ese diario, donde sus crónicas, reportajes y ensayos han abordado temas como el zapatismo, la educación pública, el sindicalismo democrático, los derechos de los pueblos indígenas y las transformaciones de la izquierda mexicana. Su trabajo se caracteriza por combinar el rigor periodístico con una profunda cercanía a los movimientos sociales y a sus protagonistas.

Autor de numerosos libros y ensayos, entre ellos *Los de abajo y los de arriba*, *La novena ola magisterial*, *No habrá recreo* y *Mentira histórica*, Hernández Navarro ha contribuido a rescatar la memoria de las luchas populares y a analizar críticamente los procesos políticos de México y América Latina. Es además uno de los autores más destacados de la Brigada

Para Leer en Libertad, iniciativa cultural dedicada a la promoción de la lectura y la difusión del pensamiento crítico.

Como parte de ese esfuerzo por democratizar el acceso al conocimiento, varias de sus obras pueden descargarse gratuitamente a través de **[www.paraleerenlibertad.com/libros](http://www.paraleerenlibertad.com/libros)** donde sus textos forman parte de un amplio catálogo puesto al alcance de lectoras y lectores de México y América Latina. Su trabajo constituye una herramienta fundamental para comprender las luchas sociales, los movimientos populares y las transformaciones políticas que han marcado la historia reciente de nuestro país.

## Catálogo de publicaciones de Para Leer en Libertad AC

1. Para Leer en Libertad. Antología literaria.
2. El cura Hidalgo, de Paco Ignacio Taibo II.
3. Jesús María Rangel y el magonismo armado, de José C. Valadés.
4. Se llamaba Emiliano, de Juan Hernández Luna.
5. Las Leyes de Reforma, de Pedro Salmerón.
6. San Ecatepec de los obreros, de Jorge Belarmino Fernández.
7. La educación francesa se disputa en las calles, de Santiago Flores.
8. Librado Rivera, de Paco Ignacio Taibo II.
9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán, de Armando Bartra.
10. La lucha contra los gringos: 1847, de Jorge Belarmino Fernández.
11. Ciudad quebrada, de Humberto Musacchio.
12. Testimonios del 68. Antología literaria.
13. De los cuates pa' la raza. Antología literaria.
14. Pancho Villa en Torreón, de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
15. Villa y Zapata, de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
16. Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo, de Fritz Glockner.
17. La oveja negra, de Armando Bartra.
18. El principio, de Francisco Pérez Arce.
19. Hijos del águila, de Gerardo de la Torre.
20. Morelos. El machete de la Nación, de varios autores.
21. No hay virtud en el servilismo, de Juan Hernández Luna.
22. Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español, de Paco Ignacio Taibo I.
23. Con el puño en alto, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
24. El viento me pertenece un poco (poemario), de Enrique González Rojo.
25. Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial, de Luis Hernández Navarro.
26. Las dos muertes de Juan Escudero, de Paco Ignacio Taibo II.
27. Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía. Varios autores.
28. Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México. Antología literaria.
29. De los cuates pa' la raza 2. Antología literaria.

30. El exilio rojo. Antología literaria.
31. Siembra de concreto, cosecha de ira, de Luis Hernández Navarro.
32. El Retorno, de Roberto Rico Ramírez.
33. Irapuato mi amor, de Paco Ignacio Taibo II.
34. López Obrador: los comienzos, de Paco Ignacio Taibo II.
35. Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto, de Emilio Carballido.
36. Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20, de Mario Gill.
37. ¿Por qué votar por AMLO?, de Guillermo Zamora.
38. El desafuero: la gran ignominia, de Héctor Díaz Polanco.
39. Las muertes de Aurora, de Gerardo de la Torre.
40. Si Villa viviera con López anduviera, de Paco Ignacio Taibo II.
41. Emiliano y Pancho, de Pedro Salmerón.
42. La chispa, de Pedro Moctezuma.
43. Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc. Antología literaria.
44. El bardo y el bandolero, de Jacinto Barrera Bassols.
45. Historia de una huelga, de Francisco Pérez Arce.
46. Antología Literaria I ADO. Varios autores.
47. Antología Literaria II ADO. Varios autores.
48. Antología Literaria III ADO. Varios autores.
49. Antología Literaria IV ADO. Varios autores.
50. Todos somos migrantes. Varios autores.
51. Guevara historia, de Carlos Soria Galvarro.
52. Vagando entre sombras y otras historias, de Guillermo Fabela.
53. Hablar en tiempos oscuros, de Bertold Brecht.
54. Fraude 2012. Antología varios autores.
55. Inquilinos del DF, de Paco Ignacio Taibo II.
56. Folleto contra la Reforma Laboral, de Jorge Fernández Souza.
57. México indómito, de Fabrizio Mejía Madrid.
58. 68: Gesta, fiesta y protesta, de Humberto Musacchio.
59. Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes. Varios autores.
60. 1968. El mayo de la revolución, de Armando Bartra.
61. Tres años leyendo en libertad. Antología literaria.
62. El viejo y el horno, de Eduardo Heras León.
63. El mundo en los ojos de un ciego, de Paco Ignacio Taibo II.
64. Más libros, más libres, de Huidobro (no descargable).
65. No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial), de Luis Hernández Navarro.
66. Sin novedad en el frente, de Erich Maria Remarque.

67. Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida, de Jorge Belarmino Fernández.
68. Los brazos de Morelos, de Francisco González.
69. La revolución de los pintos, de Jorge Belarmino Fernández.
70. Memorias de la lucha sandinista Tomo I, de Mónica Baltodano (no descargable).
71. Memorias de la lucha sandinista Tomo II, de Mónica Baltodano (no descargable).
72. Memorias de la lucha sandinista Tomo III, de Mónica Baltodano (no descargable).
73. Memorias de la lucha sandinista Tomo IV, de Mónica Baltodano (no descargable).
74. Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas, de Guillermo Cabrera Álvarez.
75. En recuerdo de Nezahualcóyotl, de Marco Antonio Campos.
76. Piedras rodantes, de Jorge F. Hernández.
77. Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX), de José C. Valadés.
78. El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano, de Martí Batres.
79. Rebeliones, de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.
80. Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013. Antología literaria.
81. Un transporte de aventuras. El Metro a través de la mirada de los niños. Antología.
82. Padrecito Stalin no vuelvas. Antología.
83. En un descuido de lo imposible, de Enrique González Rojo.
84. Tierra Negra. Cómic (no descargable).
85. Memorias Chilenas 1973, de Marc Cooper.
86. Ese cáncer que llamamos crimen organizado. Antología de relatos sobre el narcotráfico. Varios autores.
87. Lázaro Cárdenas: el poder moral, de José C. Valadés.
88. Canek, de Ermilo Abreu.
89. La línea dura, de Gerardo de la Torre.
90. San Isidro futbol, de Pino Cacucci.
91. Niña Mar, de Francisco Haghenbeck y Tony Sandoval.
92. Otras historias. Antología.
93. Tierra de Coyote. Antología.
94. El muro y el machete, de Paco Ignacio Taibo II.
95. Antología Literaria 2da feria en Neza. Varios autores.
96. Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana, de Pedro Salmerón.
97. Larisa, la mejor periodista roja del Siglo XX, de Paco Ignacio Taibo II.

98. Topolobampo, de José C. Valadés.
99. De golpe. Antología.
100. Sobre la luz. Poesía militante, de Óscar de Pablo.
101. Hermanos en armas. La hora de las policías comunitarias y las autodefensas, de Luis Hernández Navarro.
102. Teresa Urrea. La Santa de Cabora, de Mario Gill.
103. Memorias de Zapatilla, de Guillermo Prieto.
104. Práxedes Guerrero y la otra Revolución posible, de Jesús Vargas Valdés.
105. La correspondencia entre Benito Juárez y Margarita Maza, de Patricia Galeana.
106. Espartaco, de Howard Fast.
107. Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 1). Antología literaria.
108. Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 2). Antología literaria.
109. Los hombres de Panfilov, de Alejandro Bek.
110. Diez días que conmovieron al mundo, de John Reed.
111. Vietnam heroica. Varios autores.
112. Operación masacre, de Rodolfo Walsh (no descargable).
113. Cananea, de Arturo Cano.
114. Guerrero bronco, de Armando Bartra.
115. Misterios de seis a doce, de Rebeca Murga y Lorenzo Lunar.
116. La descendencia del mayor Julio Novoa, de Gerardo de la Torre.
117. Otras miradas. Varios autores.
118. Relatos de impunidad, de Lorena Amkie.
119. No sabe a mermelada, de Carlos Ímaz.
120. Conflicto en cuatro actos, el movimiento médico México 1964-1965, de Ricardo Pozas Horcasitas.
121. Ciudad Cenzontle, de José Alfonso Suárez del Real.
122. Regalos obscenos, lo que no pudo esconder el pacto contra México. Varios autores.
123. Con el corazón en su sitio. La historia de los hermanos Cerezo, de los Hermanos Cerezo.
124. El pueblo es inmortal, de Vassili Grossman.
125. Dos historias, de Horacio Altuna (no descargable).
126. Tierra negra 2. Cómic (no descargable).
127. El estilo Holtz, de Paco Ignacio Taibo II.
128. Julio César Mondragón. Varios autores.
129. Abrapalabra, de Luis Britto.
130. Los 43 de Ayotzinapa, de Federico Mastrogiovanni.

131. Anticipaciones: una mirada al futuro de Nuestramérica, de Armando Bartra.
132. Asesinato en la Cuesta de los millonarios, de Gisbert Haefs.
133. Terraza Marlowe, de Bruno Arpaia.
134. Juárez. La rebelión interminable, de Pedro Salmerón.
135. La gran marcha. Reminiscencias. Varios autores.
136. Taxco en lucha, de Aarón Álvarez.
137. El capitán sangrefría, de Óscar de Pablo.
138. Norman Bethune, de Eduardo Monteverde.
139. El poeta cautivo, de Alfonso Mateo-Sagasta.
140. El hombre de la leica, de Fermín Goñi.
141. La balada de Chicago, de Hans Magnus Enzensberger.
142. Defendiendo derechos y libertades de los y las capitalinas, de José Alfonso Suárez del Real.
143. Las ratas invaden la escena del cuádruple crimen, de Javier Sinay.
144. La marca del Zorro, de Sergio Ramírez.
145. ¿Qué hay que saber sobre la Reforma Educativa?
146. La novena ola magisterial, de Luis Hernández Navarro.
147. Banana Gold, de Carleton Beals.
148. Libertad es osadía, de Leonel Manzano.
149. La jungla, de Upton Sinclair.
150. La huelga que vivimos, de Francisco Pérez Arce.
151. Un dólar al día, de Giovanni Porzio.
152. Queremos todo, de Nanni Balestrini.
153. Pinturas de guerra, de Ángel de la Calle (no descargable).
154. La cara oculta del Vaticano, de Sanjuana Martínez (no descargable.)
155. Milpas de la ira, de Armando Bartra.
156. Una latinoamericana forma de morir. Varios autores (no descargable)
157. Una antología levemente odiosa, de Roque Dalton.
158. Biografía del Che, de Paco Ignacio Taibo II (no descargable).
159. Pesadilla de último momento, de Aarón Álvarez.
160. CEU, de Martí Batres.
161. Un corresponsal de guerra mexicano, de Guillermo Zamora.
162. Herón Proal, de Paco Ignacio Taibo II.
163. Manifiesto comunista, de Enrique González Rojo.
164. Más REVUELTAS. Cinco aproximaciones a la vida de Pepe. Varios autores.
165. Lo que no fue, de Kike Ferrari.
166. Damas del tiempo, de Pedro Miguel.

167. Mis gloriosos hermanos, de Howard Fast.
168. Iván, de Vladimir Bogomolov.
169. Antología de cuentos, de Raúl Argemí.
170. Benita, de Benita Galeana.
171. Antología de cuentos, de Juan M. Aguilera y Luis Britto.
172. La ciudad, la otra, de Raúl Bautista González, Super Barrio.
173. La otra revolución rusa, populismo y marxismo en las revueltas campesinas de los siglos XIX y XX, de Lorena Paz Peredes.
174. El mundo de Yarek, de Elia Barceló.
175. 1905, de León Trotsky.
176. Los once de la tribu, de Juan Villoro.
177. ¿Qué hacer antes y después del sismo?
178. Romper el silencio, varios autores.
179. Break the silence, varios autores.
180. Caramba y zamba la cosa, el 68 vuelto a contar, de Francisco Pérez Arce.
181. Los que deben morir, de F. Mond.
182. La muerte tiene permiso y más..., de Edmundo Valadés.
183. Para fechas vacías que veremos arder, de Roberto Fernández Retamar.
184. Allá en la nopalera, de Carlos Ímaz.
185. Historias sorprendentes. Varios autores.
186. La revolución magonista. Cronología narrativa, de Armando Bartra y Jacinto Barrera.
187. Las bolcheviques, de Óscar de Pablo.
188. Cartucho, de Nellie Campobello.
189. Cuadernos desde la cárcel, de Ho Chi Minh.
190. La frontera, de Patrick Bard.
191. La Gran Revolución Francesa (Tomo I), de Piotr Kropotkin.
192. La Gran Revolución Francesa (Tomo 2), de Piotr Kropotkin.
193. No digas que es prieto, di que está mal envuelto, de Fabrizio Mejía Madrid.
194. El voto fue unánime: estábamos por la utopía. Memorias del 68, de Tariq Ali.
195. Vidas exageradas, de José Manuel Fajardo.
194. La desaparición de la nieve, de Manuel Rivas.
195. Derrotas que hacen historia. La Comuna de París, de Armando Bartra.
196. Los nuevos herederos de Zapata, de Armando Bartra.
197. Aquí manda la escoba, de Óscar de Pablo.
198. Tony Guiteras, de Paco Ignacio Taibo II (no descargable).
199. En la guerra de España, de André Malraux.

200. Las nuevas luchas campesinas, de Armando Bartra.
201. Su hogar es el mundo entero, de Óscar de Pablo.
202. Nuestro Gato Culto, de Paco Ignacio Taibo I.
203. Tina Modotti, de Ángel de la Calle (no descargable).
204. El principio, los primeros cuatro meses, de Armando Bartra.
205. Una juventud en Alemania, de Ernst Toller.
206. Consuelo Uranga. La Roja, de Jesús Vargas.
207. Los peligros profesionales del poder, de Kristian Rakovsky.
208. Mujeres zapatistas. La otra cara de la Revolución, de Angélica Noemí Juárez Pérez y Miguel Á. Ramírez Jahuey.
209. Fátima, de Jürgen Alberts.
210. Entre amigos, antología literaria. Varios autores.
211. No hay nada más asombroso que la verdad. Varios autores.
212. La participación de Israel en la militarización de México. Varios autores.
213. Hacia una nueva cartilla ético-política, de Enrique Dussel.
214. Un año ya y la cuarta va, de Armando Bartra.
215. La conquista de México, de Vicente Riva Palacio y Manuel Payno.
216. Crónicas contra la indiferencia, de Giovanni Porzio.
217. Feminismo, socialismo y revolución, de Alexandra Kolontái.
218. La cruel pedagogía del virus, de Boaventura de Sousa Santos.
219. Coplas del encierro, de Leonel Manzano Sosa.
220. La Decena ilustrada. Novela gráfica, de Omar Martínez
221. Razones para ser anticapitalistas, de David Harvey.
222. Las sendas abiertas en América Latina.
223. Colosio: sospechosos y encubridores, de Cuauhtémoc Ruiz.
224. Marx, 200 años. Varios autores.
225. Hilo negro. Mujeres y revolución en el Partido Liberal Mexicano de Yelitza Ruiz.
226. Introducción a la economía marxista, de Óscar de Pablo.
227. Howard Fast en México y cuentos, de Howard Fast
228. Un útero es del tamaño de un puño, de Angélica Freitas.
229. Leona Vicario. Hasta el último suplicio, de Angélica Noemí Juárez.
230. Sterling Hayden. El largo camino del retorno, de Paco Ignacio Taibo.
231. Llegó El Coronavirus y mando parar todo, de Armando Bartra.
232. Docentes de a Pie. Enseñar en la pandemia, de Daliri Oropeza.
233. La guerra sucia en el magisterio. Biografía de Misael Núñez Acosta, de Luis Hernández Navarro.

234. La esperanza camina. Crónicas de la CUARTA TRANSFORMACIÓN en Veracruz. Antología .
235. Internacionalismo o extinción, de Noam Chomsky.
236. Los años de reparación, de Naomi Klein.
237. ¿Qué vendrá después del capitalismo?, de Yanis Varoufakis.
238. Detrás de la barricada, de Leonel Manzano Sosa.
239. Salvador Allende, 50 años del triunfo de la Unidad Popular. Varios autores.
240. Izquierdas del mundo ¡Unáanse!, de Bonaventura de Sousa Santos.
241. El martillo, de Bertold Brecht.
242. A medio camino, de Armando Bartra.
243. El bardo y el bandolero, de Jacinto Barrera Bassols.
244. Una huella, de Enrique González Rojo.
245. Antonio Helguera. Su obra en La Jornada (2010-2021), de Antonio Helguera.
246. Ayotzinapa en la memoria, de Lésther G. Pérez, Ortega y Pedro Ortiz Oropeza.
247. El arte y la vida social. Y otros ensayos, de Georgi Plejánov.
248. Épica. 2 de agosto, de Raúl Bautista González.
249. La vida sin nosotros, de Miguel Alejandro Rivera.
250. La reforma eléctrica, de Ángel Balderas.
251. Elena Poniatowska. Su Obra en La Jornada, de Elena Poniatowska.
252. Paz y rutina, de Gerardo H. Porcayo y Bernardo Fernández, Bep.
253. Las sendas abiertas en América Latina. Varios autores.
254. La revolución magonista, de Armando Bartra y Jacinto Barrera.
255. Guevara. Instantáneas, flashes, momentos, de Paco Ignacio Taibo II.
256. La política como disputa de las esperanzas, de Álvaro García Linera.
257. Las mujeres de la revolución, de Jules Michelette.
258. Mujeres, poder y política en América Latina. Varios autores.
259. El cactus y el olivo: las relaciones de México y España en el siglo XX, de Lorenzo Meyer.
260. El fin del principio. Hacia la segunda etapa de la 4T, de Armando Bartra.
261. ¿Todavía es útil el marxismo?, de Frei Betto.
262. Café, espías, amantes y nazis. Paco Ignacio Taibo II.
263. Democracia y revolución en Rosa Luxemburg. Ensayo introductorio, de Michael Lowy.
264. Rumbo al Sur. Ariel Dorfman.
265. Elena Garro. La pérdida del reino, de Emiliano Ruis Parra.

266. Sufragistas mexicanas: por el derecho a votar y ser votadas. Varios autores.
267. Tati Allende. Una revolucionaria olvidada, de Marco Álvarez Vergara.
268. La verdad que elegimos ver: Comunicación y poder en América Latina. Varios autores.
269. MORENA. Utopía, Nación, Líder, de Rubén Mújica Vélez.
270. El campo que queremos. Varios autores.
271. El lugar del trabajo doméstico y campesino en la acumulación del capital, de Karl Marx y Armando Bartra.
272. Pequeña antología ANTIFASCISTA. Varios autores.
273. Los movimientos de un partido. Varios autores.
274. Elena Poniatowska. Su obra en La Jornada (Volúmen II), de Elena Poniatowska.
275. PosVERDAD. PlusMENTIRA, de Fernando Buen Abad.
276. La vida de un muerto, de Óscar de la Borbolla.
278. La democracia como agravio, de Álvaro García Linera.
279. PALESTINA: lucha e identidad anticolonial. Varios autores.
280. 100 BULLETS. 100 BALAS Guía de lectura, de Norman Fernández y Pepe Galvez.
281. Venezuela, de Filip Ristic.
282. 40 Años De Narrativa Internacional. Varios autores.
283. Rosario Castellanos, de Felipe Ávila.
284. Un abrigo bordado de estrellas, de Samuel González.
285. Los colores de la vida: vámonos pa'l norte, de Catalina Sánchez Sánchez.
286. Siete años de muerte. El caso de Sacco y Vanzetti, de Amelia Rivaud Morayta.
287. Antología de cuentos de escritores ecatepenses. Varios autores.
288. Los recuerdos del agua. Antología. Varios autores.
289. Antología de cuentos fantásticos. Varios autores.
290. El balón y la palabra. Antología. Varios autores.
291. Eramos del mar, de Beatriz Novaro.
292. Leer en las alturas. Antología. Varios autores.

Descarga de manera gratuita en:  
[www.paraleerenlibertad.com](http://www.paraleerenlibertad.com)

Impreso en México.  
Prohibida su venta.

Nacido al calor de la solidaridad con la República Popular China y fortalecido tras la ruptura chino-soviética, el maoísmo mexicano se convirtió en una de las corrientes más singulares e influyentes de la izquierda nacional. Más que una historia de organizaciones y debates ideológicos, este libro reconstruye la huella que dejó en movimientos campesinos, estudiantiles, magisteriales, indígenas y populares que marcaron la vida política del país durante las últimas seis décadas. Su legado no se encuentra únicamente en sus dirigentes o publicaciones, sino en una práctica política basada en la línea de masas, el trabajo de base y la convicción de servir al pueblo.

**Estrella Roja sobre México** recorre las trayectorias de personajes, organizaciones y experiencias fundamentales para comprender esa historia. A través de retratos, paisajes y referencias bibliográficas poco conocidas, el autor ofrece una ventana a una constelación diversa, fragmentada y persistente de militantes y movimientos cuya influencia atraviesa la historia profunda de México. No pretende ser un mapa exhaustivo, sino una guía para descubrir una corriente política sin la cual resulta imposible entender buena parte de las insurgencias populares y las luchas sociales contemporáneas.



DESCARGA TODAS NUESTRAS PUBLICACIONES:  
[www.paraleerenlibertad.com](http://www.paraleerenlibertad.com)

 @BRIGADACULTURAL

 [paraleerenlibertad](https://www.youtube.com/paraleerenlibertad)

 Brigada Para  
Leer en Libertad

**Distribución gratuita. Prohibida su venta.**